

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

¡Cristo ha resucitado!



Sumario

EDITORIALES

Humildad y mansedumbre: la fuerza paradójica del Evangelio en página 3

VIAJE AL PRINCIPADO DE MÓNACO

El encuentro en el Palacio
Principesco en páginas 6-7

En la catedral con la comunidad
católica en páginas 8-9

Encuentro con los Jóvenes
y los Catecúmenos en páginas 10-12

Misa en el estadio Luis II en páginas 13-15

SEMANA SANTA CON EL PAPA

Domingo de Ramos en la Plaza
de San Pedro en páginas 17-18

La Misa Crismal presidida por León XIV en la
Basílica Vaticana en páginas 19-22

Misa de la Cena del Señor en páginas 23-24

En el Coliseo, el Vía Crucis
del Viernes Santo en página 25

En la Basílica Vaticana, la Vigilia presidida por
el Obispo de Roma en páginas 26-28

Domingo de Pascua de 2026: La homilía
del Papa en páginas 29-30

Mensaje "Urbi et Orbi" el sentido llamamiento
de León XIV en páginas 31-32

Las procesiones de Semana Santa vuelven a e
San Sebastián, en España
LORENA PACHO en páginas 33-35

REGRESAR AL CONCILIO VATICANO II

A propósito de las catequesis sobre la Lumen
Gentium Dios, su pueblo y el amor
ARTURO LÓPEZ en páginas 37-40

VIAJE DEL PAPA A ESPAÑA

España se prepara para recibir a León XIV
FRANCISCO OTERO en páginas 43-45

NOTICIAS VATICANO

Presentación en Roma de la plataforma
que da voz a los pueblos indígenas
ROCÍO LANCHO GARCÍA EN PÁGINAS 36-37



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

Humildad y mansedumbre: la fuerza paradójica del Evangelio

ANDREA MONDA

La paradoja que impregna cada página de los Evangelios culmina en la historia del Triduo Pascual. El Hijo de Dios, redentor del mundo, es rechazado por el mundo, condenado como blasfemo y subversivo del orden público. Y es asesinado fuera de las murallas de la ciudad, colgado en una cruz, “la tortura más horrenda y dolorosa”, como enfatizó el padre Francesco Patton en sus Meditaciones para el Rito del Via Crucis en el Coliseo, reservada a “esclavos, a los criminales irrecuperables y a los maldecidos por Dios”, un castigo ideado por los poderosos de la tierra para convertirse en “ejemplar”. Y es precisamente este camino de inversión absoluta el que Dios elige para la redención que el mundo necesita. Todo esto ocurre en la inconsciencia de los hombres que continúan su existencia cotidiana distraídamente, a menudo “sin saber lo que hacen”. Luego están los gobernantes del mundo, los líderes

de las naciones, que también “utilizan” este asunto para sus propios intereses, formando “amistades” como la que existió entre Herodes y Pilato, acostumbrados como están no a servir sino a sacar provecho de todo, a explotar cada oportunidad, a cada persona.

Las palabras de las crónicas que siempre han acompañado los acontecimientos humanos parecen cansadas, vacías, insuficientes.

El corazón humano no anhela estas palabras; en cambio, ansía lo infinito, buscando no palabras, sino una Palabra que es también presencia, una con quien la pronuncia. Y la Palabra de Dios, esa Palabra que es Dios, leída y pronunciada en las celebraciones del Triduo Pascual, se distingue claramente de la “clásica vieja historia del mundo”, porque la transforma radicalmente, mostrándonos otro “ejemplo”, el del Hijo del Hombre y su manera de vivir hasta el fin y morir, ofreciendo su vida en rescate para muchos.

En su homilía para la Misa de la Cena del Señor, el Papa León XIII habló de esta inversión, de este “desmantelamiento”: “Al asumir la condición de siervo, el Hijo revela la gloria del Padre,



desmontando los criterios mundanos que ensucian nuestra conciencia”. Hizo hincapié en su propia condición de siervo: “siempre estamos tentados a buscar un Dios que ‘nos sirva’, que nos haga ganar, que sea útil como el dinero y el poder. En cambio, no comprendemos que Dios, en efecto, nos sirve, sí, pero con el gesto gratuito y humilde de lavar los pies: he aquí la omnipotencia de Dios [...] Con su gesto Jesús no sólo purifica de las idolatrías y blasfemias que han mancillado la imagen que nos hemos hecho de Dios, sino que purifica también nuestra imagen del hombre, que se percibe poderoso cuando domina, que quiere vencer matando a quien es igual a él, que se considera grande cuando es temido”.

Un desmantelamiento que se convierte en el desenmascaramiento de la lógica ilusoria del poder humano, como subraya el padre Francesco Patton al comienzo de las Meditaciones: “En tu coloquio con Pilato, Señor Jesús, desenmascaras toda presunción humana de poder. También hoy algunos creen que han recibido una autoridad sin límites y piensan que pueden usarla y abusar de ella a su antojo”. El Vía Crucis es el camino paradójico que, al subvertir la lógica del mundo, lo redime, rompiendo las cadenas que los propios hombres tienden a construir.

León XIV lo dejó claro en su homilía durante la Misa Crismal del jueves por la mañana: “La cruz es parte de la misión; el envío se vuelve más amargo y atemorizante, pero también más gratuito y revolucionario. La ocupación imperialista del mundo se ve entonces interrumpida desde dentro, la violencia que hasta hoy se erige en ley queda desenmascarada. El Mesías pobre, prisionero, oprimido, se precipita en la oscuridad de la muerte, pero así saca a la luz una nueva creación”.

El Papa habla de imperialismo, una palabra que, lamentablemente, vuelve a estar de moda hoy en día. El antídoto a esta eterna tentación es el camino místico. El teólogo Rahner habló de un cristianismo del futuro que inevitable-

mente podría ser místico. Y Carlo Ossola, en su ensayo sobre el misticismo, “El fuego de la piedra”, observa que todos los místicos son esos “hombres justos inútiles” que permanecen como “una frontera opuesta a los reinos del lucro”. El cristiano se sitúa en la frontera del mundo y ya vislumbra la semilla de una nueva creación en la que busca, con todas sus limitaciones, participar activamente. Esta nueva creación se produce, sorprendentemente y a diario, a menudo en secreto, cuando una persona realiza un acto de misericordia, desarmándose de su propia agresividad, siempre que, dice el Papa, “no pretendemos dominar los tiempos de Dios, sino que confiamos en el Espíritu Santo”, y entonces sucede que podemos experimentar muchas, muchísimas “resurrecciones”, “cuando, liberados de una actitud defensiva, nos entregamos al servicio como una semilla en la tierra”.

Se suele decir que vivimos en tiempos de gran agresividad, y es cierto, pero esto no parece sorprendernos; el mal nunca lo hace. La sorpresa reside en el bien y en la posibilidad de una respuesta diferente, aquella a la que están llamados los cristianos, siguiendo el ejemplo del Hijo de Dios que se hizo siervo, como recordó el padre Roberto Pasolini en su homilía del Viernes Santo: “Todos nos vemos constantemente tentados a recurrir a la agresividad, a la violencia, pensando que sin estos medios las cosas nunca se resolverán.

El Siervo del Señor no puede ceder a este instinto: debe conservar la mansedumbre como única fortaleza para afrontar la oscuridad del mal”.

El camino de la humildad, el camino de la mansedumbre, son caminos paradójicos que van contracorriente y encaminan al mundo hacia su destino, impulsándolo hacia adelante y hacia arriba, no hacia atrás y en una espiral cada vez más profunda. Humildad y mansedumbre son las palabras que brotan del Verbo, que es Cristo, manso y humilde de corazón, el Verbo por el cual el alma de todo ser viviente aún tiene sed hoy.

Viaje del Papa al Principado de Mónaco



El viaje apostólico de León XIV al Principado de Mónaco,
el encuentro en el Palacio Príncipesco

Los pequeños hacen la historia, no la lógica de la fuerza

León XIV llegó la mañana del sábado 28 de marzo, al Principado de Mónaco, destino del segundo viaje apostólico de su pontificado. A su llegada al helipuerto monegasco, el Papa fue recibido por el Príncipe Alberto II y la Princesa Charlene. Tras una salva de 21 cañonazos, la Guardia de Honor y la presentación de sus respectivas delegaciones, el Pontífice se dirigió al Palacio del Príncipe, donde tuvo lugar la ceremonia de bienvenida y la visita de cortesía al Jefe de Estado. Posteriormente, Alberto II y León XIV aparecieron en el balcón del Palacio. Publicamos, a continuación, el saludo del Papa al pueblo y demás presentes.



Alteza Serenísima,

queridos hermanos y hermanas:

Estoy contento de poder vivir esta jornada junto con ustedes y ser, así, el primero entre los Sucesores del Apóstol Pedro en visitar el Principado de Mónaco en tiempos modernos, una ciudad-estado que se distingue por el vínculo profundo que la une a la Iglesia de Roma y a la fe católica.

Su tierra, asomada al Mediterráneo y ubicada entre los países fundadores de la unidad europea, posee en su independencia una vocación al encuentro y al cuidado de la amistad social, hoy amenazados por un ambiente generalizado de cerrazón y autosuficiencia. El don de la pequeñez y una herencia espiritual viva comprometen su riqueza al servicio del derecho y de la justicia, especialmente en un momento histórico en el que la ostentación de la fuerza y la lógica de la prevaricación perjudican al mundo y amenazan la paz. En la Biblia, como saben, los pequeños marcan la historia. Las au-

ténticas espiritualidades mantienen viva esta conciencia. Es necesario confiar en la providencia de Dios aun cuando predomina el sentido de impotencia o de insuficiencia, porque nosotros creemos que el Reino de Dios es semejante a una semilla minúscula que se convierte en árbol (cf. Mt 13,31-32). Naturalmente, esta fe sólo cambia el mundo si no evadimos nuestras responsabilidades históricas.

La composición plural de su comunidad hace de este país un microcosmos, a cuyo bienestar contribuye una minoría vivaz de personas locales y una mayoría de ciudadanos procedentes de otros países del mundo. Entre ellos, no pocos ocupan cargos de considerable influencia en el ámbito económico y financiero, muchos otros llevan adelante tareas de servicio, y numerosos son también los visitantes y turistas. Habitar aquí representa para algunos un privilegio y, para todos, una llamada es-

pecífica a interrogarse sobre su lugar en el mundo.

A los ojos de Dios, nada se recibe en vano. Como Jesús sugiere en la parábola de los talentos, cuanto nos ha sido confiado no debe enterrarse, sino que debe ponerse en circulación y multiplicarse en el horizonte del Reino de Dios. Dicho horizonte es más amplio que el horizonte privado y no se refiere a un mundo utópico: el Reino de Dios, al que Jesús ha consagrado su vida, está cerca, porque está en medio de nosotros y sacude las configuraciones injustas del poder, las estructuras de pecado que excavan abismos entre pobres y ricos, entre privilegiados y descartados, entre amigos y enemigos. Cada talento, cada oportunidad, cada bien depo-



sitado en nuestras manos tiene un destino universal, una exigencia intrínseca de no ser retenido, sino redistribuido, para que la vida de todos sea mejor. Por eso Jesús nos enseñó a rezar: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mt 6,11); y al mismo tiempo nos dice: «Busquen primero el Reino y su justicia» (Mt 6,33). Esta lógica de libertad y de compartir está en el fundamento de la parábola del juicio universal, que tiene a los pobres en el centro: el Cristo juez, que se sienta en el trono, se identifica con cada uno de ellos (cf. Mt 25,31-46).

La fe católica —ustedes son de los pocos países del mundo que la tienen como religión de estado— nos sitúa ante la soberanía de Jesús, que compromete a los cristianos a ser en el mundo un reino de herma-

nos y hermanas, una presencia que no aplasta, sino que libera; que no separa, sino que une; dispuesta a proteger siempre con amor toda vida humana, en cualquier momento y condición, para que nadie sea excluido jamás de la mesa de la fraternidad. Es la perspectiva de la ecología integral, que sé que es muy importante para ustedes. Encomiendo al Principado de Mónaco, por el vínculo tan profundo que lo une a la Iglesia de Roma, el compromiso especial de profundizar en la Doctrina Social de la Iglesia y elaborar buenas prácticas locales e internacionales que manifiesten su fuerza transformadora. Incluso en una cultura poco religiosa, muy secularizada, el modo de abordar los problemas típicos del Magisterio social puede revelar a nuestro

tiempo —un tiempo en el cual a muchas personas les resulta difícil esperar— la gran luz que viene del Evangelio.

Gracias a una fe antigua serán, así, expertos en las cosas nuevas; no tanto persiguiendo los bienes que pasan, a menudo novedades que envejecen en una temporada, cuanto hallándose preparados de frente a desafíos sin precedentes, que sólo se afrontan con un corazón libre y con una inteligencia iluminada. «Ustedes comprenden muy bien —decía san Pablo

VI en el 75° aniversario de la *Rerum novarum*— que para caminar se necesita la luz, para promover un progreso social se necesita una doctrina [...]; es el pensamiento el que guía la vida; y si el pensamiento refleja la verdad —la verdad sobre el hombre, sobre el mundo, sobre la historia, sobre las cosas—, entonces el camino se puede continuar de manera directa y ágil; de lo contrario, el camino se hace lento, incierto, duro o aberrante». [1] ¡Son palabras muy actuales! Por eso, invoquemos a María, Trono de la Sabiduría y Causa de nuestra alegría, para que siempre nos conduzca con la mente, el corazón y las decisiones hacia Cristo, Príncipe de la paz.

Pax vobis! ¡Que la paz esté con ustedes!

En la catedral con la comunidad católica. La homilía del Papa durante la celebración de la Oración del Mediodía.

Comunión y proclamación del Evangelio en defensa del hombre

Al salir del Palacio del Príncipe, a última hora de la mañana del sábado 28 de marzo, León XIV se dirigió en papamóvil a la cercana Catedral de Mónaco, dedicada a la Inmaculada Concepción, donde presidió la celebración de la Oración del Mediodía con la comunidad católica de la archidiócesis monegasca, en presencia del Príncipe Alberto II y la Princesa Charlene. Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Papa tras la proclamación de los Salmos 118 y 33 y la lectura de la Primera Carta de Juan (2:1-2).

Queridos hermanos y hermanas:

Ante Dios y en presencia de Dios tenemos un abogado: Jesucristo, el justo (cf. 1 Jn 2,1-2). Con estas palabras, el apóstol Juan nos ayuda a captar el misterio de la salvación. En nuestra fragilidad, cargados con el peso del pecado que marca nuestra humanidad, incapaces de abrazar con nuestras solas fuerzas la plenitud de la vida y de la felicidad, hemos sido alcanzados por Dios mismo por medio de su Hijo Jesucristo. Él —afirma el Apóstol—, como víctima de expiación, cargó sobre sí el mal del hombre y del mundo, lo llevó con nosotros y por nosotros, pasó por él transformándolo y liberándonos para siempre.

Cristo es el centro dinámico, el corazón de nuestra fe, y es a partir de esta centralidad que quisiera dirigirme a ustedes, mientras saludo cordialmente a Su Alteza el Príncipe Alberto, a Su Excelencia Mons. Dominique-Marie David, a los sacerdotes y a los religiosos y religiosas presentes, expresando a todos ustedes la alegría de estar aquí y de compartir su camino eclesial. Contemplando a Cristo como “abogado”, en referencia a la lectura que hemos escuchado, quisiera ofrecerles algunas reflexiones. La primera se refiere al don de la comunión. Jesucristo, el justo, intercediendo por la humanidad ante el Padre, nos reconcilia

con Él y entre nosotros. Él no viene para realizar un juicio condenatorio, sino para ofrecer a todos su misericordia que purifica, sana, transforma y nos hace parte de la única familia de Dios. Su talante compasivo y misericordioso lo convierte en “abogado” para defensa de los pobres y de los pecadores, ciertamente no para secundar el mal, sino para liberarlos de la opresión y de la esclavitud y hacerlos hijos de Dios y hermanos entre sí. No es casualidad que los gestos realizados por Jesús no se limiten a la curación física



o espiritual de la persona, sino que también comprendan una importante dimensión social y política; la persona sanada es reintegrada, con toda su dignidad, a la comunidad humana y religiosa de la cual, a menudo precisamente por su condición de enfermedad o de pecado, había sido excluida.

Esta comunión es el signo por excelencia de la Iglesia, llamada a ser en el mundo reflejo del amor de Dios que no hace acepción de personas (cf. Hch 10,34). En este sentido, quisiera decir que la Iglesia, aquí en el Principado de Mónaco, posee una gran riqueza: ser un lugar, una realidad en la que todos encuentran acogida y hospitalidad, en esa mezcla social y cultural que es un rasgo típico de ustedes. El Principado de Mónaco, en efecto, es un pequeño estado ha-

bitado, sin embargo, de manera variada por monegascos, franceses, italianos y personas de muchas otras nacionalidades. Un pequeño estado cosmopolita, en el que a la variedad de procedencias se asocian también otras diferencias de tipo socioeconómico. En la Iglesia, tales diferencias nunca se convierten en ocasión de división en clases sociales; al contrario, todos son acogidos en cuanto personas e hijos de Dios, y todos son destinatarios de un don de gracia que impulsa la comunión, la fraternidad y el amor recíproco. Este es el don que proviene de Cristo, nuestro abogado ante el Padre. En efecto, todos hemos sido bautizados en Él y, por eso, afirma san Pablo, «ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28).

No obstante, me parece necesario subrayar un segundo aspecto: el anuncio del Evangelio en defensa del hombre. Deseando que todos acojan la buena noticia del amor del Padre, Jesús se coloca como “abogado” principalmente para defensa de aquellos que

eran considerados abandonados por Dios y que son juzgados como olvidados y marginados, haciéndose voz y rostro del Dios misericordioso que «otorga el derecho a los oprimidos» (Sal 103,6).

Pienso entonces en una Iglesia llamada a hacerse “abogada”, es decir, a defender al hombre: al hombre en su integridad y a todos los seres humanos. Se trata de un camino de discernimiento crítico y profético orientado a promover un “desarrollo integral” de la humanidad, que respete su dignidad e identidad auténticas, así como su fin último, el cual remite a un misterio de comunión plena con el Dios Trinidad y entre nosotros» (Comisión Teológica Internacional, *Quo vadis, humanitas?*, 22).

Este es el primer servicio que el anuncio del Evangelio debe prestar: iluminar a la persona humana y a la sociedad para que, a la luz de Cristo y de su Palabra, descubran su propia identidad, el significado de la vida humana, el valor de las relaciones y de la solidaridad social, el fin último de la existencia y el destino

de la historia. A este respecto, deseo animarlos a prestar un servicio apasionado y generoso en la evangelización. Anuncien el Evangelio de la vida, de la esperanza y del amor; lleven a todos la luz del Evangelio para que sea defendida y promovida la vida de todo hombre y de toda mujer desde su concepción hasta su fin natural; ofrezcan nuevos mapas de orientación capaces de frenar aquellos impulsos del secularismo que corren el riesgo de reducir al hombre al individualismo y de fundar la vida social sobre la producción de la riqueza. Es importante que el anuncio del Evangelio y las formas de la fe, tan arraigadas en la identidad y sociedad de ustedes, se preserven del riesgo de reducirse a costumbre, aunque sea buena. Una

fe viva es siempre profética, capaz de suscitar preguntas y ofrecer provocaciones: ¿estamos realmente defendiendo al ser humano? ¿Estamos protegiendo la dignidad de la persona en la protección de la vida en todas sus fases? ¿Es realmente justo y está inspirado en la solidaridad el modelo económico y social vigente? ¿Ese modelo está habitado por la ética de la responsabili-

dad, que nos ayuda a ir más allá de la «lógica del intercambio de cosas equivalentes y del lucro como fin en sí mismo» (Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 38), para construir una sociedad más justa?

Queridos amigos, mantener la mirada fija en Jesucristo, nuestro abogado ante el Padre, genera una fe arraigada en la relación personal con Él, una fe que se hace testimonio, capaz de transformar la vida y renovar la sociedad. Esta fe necesita ser anunciada con instrumentos y lenguajes nuevos, también digitales, y todos deben ser introducidos y formados en ella con continuidad y creatividad. Esto vale en particular para aquellos que se están abriendo al encuentro con Dios –los catecúmenos– y para los que vuelven a comenzar, hacia quienes les pido tener una atención particular.

Que su santa patrona, la virgen y mártir Devota, los inspire con su ejemplo, y que María Santísima, Virgen Inmaculada, interceda por ustedes y los guíe siempre a lo largo de este camino.



Encuentro con los Jóvenes y los Catecúmenos Laboratorio de solidaridad y ventana de esperanza



Desde la Catedral de la Inmaculada Concepción, a última hora de la mañana del sábado 28 de marzo, León XIV se trasladó en papamóvil a la Iglesia de Santa Devota. En la plaza exterior, el Pontífice se reunió con jóvenes y catecúmenos, pronunciando el discurso que publicamos a continuación en una traducción del francés.

Queridos hermanos y hermanas,
queridos jóvenes,
queridos amigos, ¡buenos días!

Estoy feliz de estar aquí con ustedes, y los saludo cordialmente. Agradezco al Arzobispo las palabras que me ha dirigido.

Como se ha señalado, la iglesia en la que nos encontramos está dedicada a santa Devota, patrona del Principado de Mónaco; una joven valiente que supo dar testimonio de su fe frente a la violencia de sus perseguidores, hasta llegar al martirio. Su cuerpo, procedente de Córcega, llegó providencialmente hasta aquí, a lo que hoy es la costa monegasca. Querían aniquilarla, borrar todo recuerdo suyo y, en cambio, su sacrificio llevó aún más lejos el mensaje de paz y amor del Evangelio. Esto nos ayuda a reflexio-

nar sobre el hecho de que el bien es más fuerte que el mal, incluso cuando, en ocasiones, parece que por el momento vaya perdiendo. No sólo eso, también nos recuerda que el testimonio de la fe es una semilla que puede alcanzar y fecundar corazones y lugares lejanos, mucho más allá de nuestras expectativas y posibilidades.

Recientemente, en esta iglesia, dedicada a la memoria de la santa mártir Devota se ha sumado la de san Carlo Acutis, otro joven enamorado de Jesús, fiel a su amistad con Cristo hasta el final, aunque en tiempos y modalidades completamente diferentes: en la caridad, en el apostolado en internet –del cual lo veneramos como patrono– y, por último, en la enfermedad.

Queridos jóvenes, estos dos santos nos animan y nos impulsan a imitarlos. De hecho, también hoy, como se ha recordado, la fe se enfrenta a desafíos y obstáculos, pero nada puede empañar su belleza y su verdad. Prueba de ello son los numerosos hombres y mujeres de todas las edades que, cada vez en mayor número, desean conocer al Señor y piden el Bautismo.

En sus testimonios han hablado de todo esto. Benja-

min, a quien agradezco lo que ha compartido, pregunta cómo hacer para no alejarse de sí mismo, de los demás y de Dios por las distracciones de un mundo —el nuestro— en constante cambio. Su pregunta es importante y se refiere a un aspecto fundamental de la vida cristiana: la vitalidad de la relación con Cristo y, en ella, el sentido de unidad que se crea en nosotros mismos y con los demás. Al respecto, un gran formador de jóvenes dijo que “la raíz de la unidad de vida está en el corazón, [...] es un hecho del corazón, es un don de Dios, que hay que pedir con humildad” (cf. C.M. Martini, *Da Betlemme al cuore dell'uomo*, 2013).

Las épocas moderna y posmoderna nos han enriquecido con muchas cosas buenas, que nos ofrecen estímulos y posibilidades antes desconocidas y en muchos ámbitos: desde el cultural hasta el médico y de la salud, desde el técnico hasta el de la comunicación. Sin embargo, también nos plantean importantes desafíos que no podemos ignorar y que debemos afrontar con lucidez y conciencia. Como dijo Benjamin, vivimos en un mundo que parece ir siempre de prisa, ávido de novedades, amante de una fluidez sin vínculos, marcado por una necesidad casi compulsiva de cambios continuos: en las modas, en la apariencia, en las relaciones, en las ideas e incluso en dimensiones constitutivas de la identidad de la persona.

Pero lo que da solidez a la vida es el amor; la experiencia fundamental del amor de Dios, ante todo, y luego, por extensión, la experiencia iluminadora y sagrada del amor mutuo. Y amarse recíprocamente, si por un lado requiere estar abiertos a crecer y, por lo tanto, a cambiar, por otro exige fidelidad, constancia y disposición al sacrificio en la vida cotidiana. Sólo así la inquietud encuentra paz nosotros también anhelamos la paz y se llena el vacío interior del que hablaba Andreia, no con cosas mate-

riales y pasajeras, ni siquiera con el reconocimiento de miles de “me gusta”, o con afiliaciones condicionantes, artificiales, a veces incluso violentas. Hay que despejar la puerta del corazón de estas cosas, para que el aire sano y oxigenante de la gracia pueda volver a refrescar y revitalizar sus habitaciones, y para que el fuerte viento del Espíritu Santo pueda volver a henchir las velas de nuestra existencia, impulsándola hacia la verdadera felicidad.

Todo esto, queridos amigos, requiere oración, momentos de silencio y de escucha, para acallar el frenesí del hacer y del decir, de los mensajes, los reels y los chats, y para profundizar y saborear la belleza de estar juntos de verdad y de manera concreta. San Carlo Acutis, a este respecto, hablaba de la Eucaristía como la “autopista hacia el Cielo” y de la Adoración eucarística como de un baño de sol, capaz de broncear el alma.

Quizás esta podría ser también una respuesta a la pregunta de Ethan sobre la preparación para recibir el Bautismo la noche de Pascua: es necesario vivir la Semana Santa en la contemplación de los misterios de la Pasión, en un clima propicio para escuchar la voz del Espíritu y lo que ocurre en el propio corazón, convirtiéndola en una ocasión para una serena y profunda revisión de la propia vida, pasada y presente. Y si esto es importante para la vida espiritual y la oración, lo mismo vale para el ejercicio de la caridad. Ethan preguntaba cómo podemos dar testimonio del don de la vida que recibimos en Cristo; y Sophie se preguntaba cómo ser testigos de esperanza para quienes, marcados por el sufrimiento, corren el riesgo de perder la luz y el consuelo de la fe. Ante los desa-

sfíos, Jesús nos recomendó:

«Cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar o qué van a decir [...]. No serán ustedes los que hablarán, sino que el Espíritu de su Padre hablará en uste-



des» (Mt 10,19-20). Se refería a las persecuciones sufridas por el Evangelio, pero podemos aplicar sus palabras a cualquier circunstancia en la que la caridad nos pida afrontar una prueba importante para nosotros y para los demás. Las palabras y los gestos del testimonio y de la esperanza no se improvisan ni proceden de nosotros mismos: nacen de una relación profunda con Dios, en la que nosotros mismos encontramos las respuestas fundamentales de la vida. Si el canal de su acción en nosotros está abierto, y si también lo está el intercambio recíproco, con el cual hacemos de esa relación de amor un don común y

jando un sendero de luz incluso en el mundo del ciberespacio. Queridos jóvenes, no tengan miedo de entregarlo todo —su tiempo, sus energías— a Dios y a los hermanos, de entregarse por completo al Señor y a los demás. Sólo así encontrarán un gozo siempre nuevo y un sentido cada vez más profundo en la vida. El mundo necesita de su testimonio para superar las derivas de nuestro tiempo y afrontar sus desafíos, y sobre todo para redescubrir el buen sabor del amor a Dios y al prójimo.

A ustedes, jóvenes catecúmenos que se preparan para el Bautismo, y a ustedes que ya han recibido ese



compartido, podemos confiar en que las palabras adecuadas y la fuerza necesaria para actuar vendrán en el momento oportuno. En este sentido, podríamos interpretar también la hermosa, aunque a veces malinterpretada, frase de san Agustín: «Ama y haz lo que quieras» (Homilía séptima sobre la primera carta de san Juan a los partos, 7, 8). Ama, es decir, sé un don gratuito para Dios y para los demás; sé cercano, no te alejes, incluso cuando no puedas resolver todos los problemas ni arreglar todas las dificultades. Permanece allí, con amor y con fe. Mónaco es un país hermoso, pero la verdadera belleza la llevas dentro de ti, cuando sabes mirar a los ojos a quien sufre o a quien se siente invisible entre las luces de la ciudad. Así fue como santa Devota encontró la fuerza para entregar su vida por completo, y así fue como san Carlo Acutis vivió su camino hacia la santidad, de-

don de la gracia, les confío mi más cordial deseo: que puedan vivir en Cristo una vida plena y auténtica; que puedan ser, por el bien de todos, en la fe, la esperanza, la justicia y la caridad; constructores de paz. Ustedes son el rostro joven de esta Iglesia y de este Estado. Mónaco es un país pequeño, pero puede ser un gran taller de solidaridad, una ventana a la esperanza. Lleven el Evangelio a las decisiones de su trabajo, a su compromiso social y político, para dar voz a quienes no la tienen, difundiendo la cultura del cuidado. Hagan que todo sea un don de ustedes para Dios y vívanlo todo como una misión, que los quiere a los unos y a los otros como amigos en Cristo y fieles compañeros de camino.

Los encomiendo a la intercesión de María, nuestra Madre, de santa Devota y de san Carlo Acutis. Y les imparto de todo corazón mi bendición.



Misa en el estadio Luis II

Las guerras que ensangrientan el mundo son el resultado de la idolatría del poder y del dinero

En la tarde del sábado 28 de marzo, León XIV viajó en papamóvil desde el Arzobispado de Mónaco hasta el Estadio Luis II, destino final de su visita apostólica de un día al Principado. A su llegada, recorrió el lugar entre los fieles en un carrito de golfy, tras vestir sus ornamentos litúrgicos, presidió la Eucaristía. Posteriormente, se dirigió al helipuerto de Mónaco, desde donde partió hacia la Ciudad del Vaticano. Publicamos, a continuación, una traducción de la homilía pronunciada en francés por el Pontífice durante la Misa.

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio que hemos escuchado (cf. Jn 11,45-57) presenta una sentencia cruel contra Jesús. Nos relata, en efecto, sobre el día en el que los miembros del sanedrín «resolvieron que debían matarlo» (v. 53). ¿Por qué le sucede esto? Porque resucitó a Lázaro de la muerte; porque devolvió la vida a su amigo, ante cuya tumba lloró, uniéndose al dolor de Marta y María. Precisamente Jesús, que vino al mundo para liberarnos de la condena de la muerte, fue condenado a muerte. No se trata

de una fatalidad, sino de una voluntad precisa y ponderada.

El veredicto de Caifás y del sanedrín nace de un cálculo político, que tiene como base el miedo: si Jesús continuase dando esperanza, transformando el dolor del pueblo en alegría, “los romanos vendrían y destruirían” el país (cf. v. 48). En vez de reconocer en el Nazareno al Mesías, es decir, al Cristo tan esperado, los jefes religiosos ven en Él una amenaza. Su mirada está distorsionada, hasta el punto de que son precisamente los doctores de la Ley quienes la infringen. Olvidando la promesa de Dios a su pueblo, ellos quieren matar al inocente, porque detrás de su miedo está el apego al poder. Pero si los hombres se olvidan de la Ley que ordena no matar, Dios no se olvida de la promesa que prepara al mundo para la salvación. Su providencia hace de ese veredicto homicida el modo de manifestar un supremo designio de amor; aunque malvado, Caifás profetizó «que Jesús iba a morir por la nación» (v. 51).

Somos, entonces, testigos de dos movimientos opuestos: por una parte, la revelación de Dios, que muestra su rostro como Señor omnipotente y salvador; por otra, la acción oculta de autoridades poderosas, dispuestas a matar sin escrúpulos. ¿No es lo que ocurre hoy? En su encrucijada está el signo de Jesús: dar la vida. Es un signo que encuentra en el resucitado Lázaro su anticipación, la profecía más cercana de lo que a Cristo le sucederá en su pasión, muerte y resurrección. En esa Pascua, el Hijo llevará a cumplimiento la obra del Padre con el poder del Espíritu Santo. Así como al principio de los tiempos Dios dio vida al ser des-

Es la misericordia la que salva al mundo; se hace cargo de toda existencia humana, en cada una de sus fragilidades, desde que es concebida en el seno materno hasta que envejece. Como nos ha enseñado el Papa Francisco, la cultura de la misericordia rechaza la cultura del descarte.

La voz de los profetas, que hemos escuchado, atestigua cómo Dios realiza su plan de salvación. En la primera lectura, Ezequiel anuncia que la obra divina empieza como liberación (Ez 37,23) y se cumple como santificación del pueblo (cf. v. 28). Es un itinerario de conversión, justamente como el que estamos viviendo durante la Cuares-



de la nada, así en la plenitud de los tiempos rescata toda vida de la muerte que destruye la creación.

De esta redención derivan la alegría de la fe y la fuerza de nuestro testimonio, en todo lugar y en todo tiempo. En la historia de Jesús se resume la historia de todos nosotros, empezando por los más pequeños y oprimidos. Aún hoy, ¡cuántos cálculos se hacen en el mundo para matar inocentes; cuántas falsas razones se esgrimen para quitarlos del medio! Sin embargo, frente a la persistencia del mal, está la eterna justicia de Dios, que siempre nos rescata de nuestros sepulcros, como hizo con Lázaro, y nos da vida nueva. El Señor libera del dolor infundiendo esperanza, convierte la dureza del corazón transformando el poder en servicio, precisamente mientras manifiesta el verdadero nombre de su omnipotencia: misericordia.

ma. Se trata de una iniciativa que nos involucra, no privada ni individual, que transforma nuestras relaciones con Dios y con el prójimo.

La liberación asume principalmente la forma de una purificación de los “ídolos inmundos” (cf. v. 23). ¿Qué son? Con este término, el profeta indica todo aquello que esclaviza el corazón, que lo compra y lo corrompe. La palabra ídolo significa “pequeña idea”, es decir, una visión reducida, que empequeñece no sólo la gloria del Omnipotente, transformándolo en un objeto, sino también la mente del hombre. Los ídólatras son, pues, personas cortas de vista; miran lo que cautiva sus ojos, obnubilándolos. Y de ese modo, incluso las cosas grandes y buenas de esta tierra se convierten en ídolos, transformándose en formas de esclavitud no para el que no las tiene, sino para el que se atiborra de ellas, dejando al prójimo en la miseria y

en la tristeza. La emancipación de los ídolos es entonces liberación de un poder que se ha hecho predominio, de la riqueza que degrada en codicia, de la belleza maquillada de vanidad.

Dios no nos abandona en estas tentaciones, sino que socorre al hombre débil y triste, que cree que los ídolos del mundo son los que pueden salvarle la vida. Como enseña san Agustín, «se libra el hombre por la fe en Aquel que para levantarlo le dio ejemplo de tan gran humildad» (De civitate Dei, VII, 33). Este ejemplo es la misma vida de Jesús, Dios hecho hombre para nuestra salvación. Más que castigarnos, Él destruye el mal con su amor, cumpliendo una solemne promesa: «Los purificaré: ellos serán mi Pueblo y yo seré su Dios» (Ez 37,23). El Señor cambia la historia del mundo llamándonos de la idolatría a la fe verdadera, de la muerte a la vida.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, frente a las numerosas injusticias que destruyen a los pueblos y a la guerra que azota a las naciones, se eleva constantemente la voz del profeta Jeremías, proclamada hoy como salmo: «Yo cambiaré su duelo en alegría, los alegraré y consolaré de su aflicción» (Jer 31,13). La purificación de la idolatría, que hace a los hombres esclavos de otros hombres, se realiza como santificación, don de gracia que hace a los hombres hijos de Dios, hermanos y hermanas entre sí. Este don ilumina nuestro presente, porque las guerras que lo ensangrientan son fruto de la idolatría del poder y del dinero. Cada vida truncada es una herida al cuerpo de



Cristo. ¡No nos acostumbremos al estruendo de las armas ni a las imágenes de guerra! La paz no es un mero equilibrio de fuerzas; es obra de corazones purificados, de quienes ven en el otro a un hermano al que cuidar, no a un enemigo al que abatir.

La Iglesia en Mónaco está llamada a dar testimonio viviendo en la paz y en la bendición de Dios. Por tanto, queridos hermanos, hagan felices a muchos con su fe, manifestando la alegría auténtica, que no se obtiene como un premio, sino que se comparte con la caridad. Fuente de esta alegría es el amor de Dios: amor por la vida naciente y frágil, que ha de acogerse y cuidarse siempre; amor por la vida joven y anciana, que hay que animar en las pruebas de cada etapa; amor por la vida sana y enferma, a veces sola, siempre necesitada de ser acompañada con esmero. Que la Virgen María, su Patrona, los

ayude a ser lugar de acogida, de dignidad para los pequeños y los pobres, de desarrollo integral e inclusivo.

En la larga Cuaresma del mundo, mientras el mal arrasa y la idolatría vuelve indiferentes los corazones, el Señor prepara su Pascua. El signo de este acontecimiento es el hombre; es Lázaro, llamado desde el sepulcro; somos nosotros, pecadores perdonados; es el Crucificado Resucitado, autor de la salvación. Él es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6), que sostiene nuestro peregrinar y la misión de la Iglesia en el mundo: dar la vida de Dios. Tarea sublime e imposible, sin dar nuestra vida al prójimo. Tarea apasionante y fecunda, cuando el Evangelio ilumina nuestros pasos.

SEMANA SANTA CON EL PAPA LEÓN XIV



Domingo de Ramos en la Plaza de San Pedro. Homilía de León XIV durante la celebración de la Misa

Nadie puede usar a Dios para justificar la guerra

«Este es nuestro Dios: Jesús, Rey de la paz. Un Dios que rechaza la guerra, al que nadie puede utilizar para justificar el enfrentamiento, que no escucha la oración de quienes hacen la guerra y la rechaza diciendo: ‘Por más que multipliquen las plegarias, yo no escucho: ¡las manos de ustedes están llenas de sangre!’». León XIV enfatizó esto durante la Misa del Domingo de Ramos y la Pasión del Señor, que presidió la mañana del 29 de marzo, en la Plaza de San Pedro. El rito comenzó con la tradicional procesión al obelisco, que conmemora la entrada del Señor en Jerusalén. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas:
Mientras Jesús recorre el camino de la cruz, nos ponemos detrás de Él y seguimos sus pasos. Y al caminar con Él, contemplamos su pasión por la humanidad, su corazón que se rompe, su vida que se convierte en un regalo de amor. Miremos a Jesús, que se presenta como Rey de la paz, mientras a su alrededor se prepara la guerra. Él, que perma-



necesario firme en la mansedumbre, mientras los demás se agitan en la violencia. Él, que se ofrece como una caricia para la humanidad, mientras los otros empuñan espadas y palos. Él, que es la luz del mundo, mientras las tinieblas están a punto de cubrir la tierra. Él, que vino a traer vida, mientras se lleva a cabo el plan para condenarlo a muerte. Como Rey de la paz, Jesús quiere reconciliar al mundo en el abrazo del Padre y derribar todos los muros que nos separan de Dios y del prójimo, porque Él «es nuestra paz»

(Ef 2,14). Como Rey de la paz, entra en Jerusalén montado en un asno, no en un caballo, cumpliendo así la antigua profecía que invitaba a regocijarse por la llegada del Mesías: «Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está

montado sobre un asno, sobre la cría de una asna. Él suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será suprimido y proclamará la paz a las naciones» (Za 9,9-10).

Como Rey de la paz, cuando uno de sus discípulos desenvaina la espada para defenderse





lo y hiera al siervo del sumo sacerdote, Él lo detiene de inmediato diciendo: «Guarda tu espada, porque el que a hierro mata a hierro muere» (Mt 26,52).

Como Rey de la paz, mientras cargaba con nuestros sufrimientos y era traspasado por nuestras culpas, Él «se humillaba y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca» (Is 53,7). No se armó, no se defendió, no libró ninguna guerra. Mostró el rostro manso de Dios, que siempre rechaza la violencia y en lugar de salvarse a sí mismo, se dejó clavar en la cruz, para abrazar todas las cruces erigidas en todos los tiempos y lugares de la historia de la humanidad.

Hermanos y hermanas, este es nuestro Dios: Jesús, Rey de la paz. Un Dios que rechaza la

guerra, al que nadie puede utilizar para justificar el enfrentamiento, que no escucha la oración de quienes hacen la guerra y la rechaza diciendo: «Por más que multipliquen las plegarias, yo no escucho: ¡las manos de ustedes están llenas de sangre!» (Is 1,15).

Al mirarlo a Él, que fue crucificado por nosotros, vemos a los crucificados de la humanidad. En sus llagas vemos las heridas de tantos hombres y mujeres de hoy. En su último grito dirigido al Padre escuchamos el llanto de quienes están abatidos, de quienes carecen de esperanza, de quienes están enfermos, de quienes están solos. Y, sobre todo, escuchamos el gemido de dolor de cada uno de los que están oprimidos por la violencia y de cada víctima de la guerra.

Cristo, Rey de la paz, sigue clamando desde su cruz:

¡Dios es amor! ¡Tengan piedad! ¡Depongan las armas, recuerden que son hermanos!

Con las palabras del siervo de Dios, el obispo Tonino Bello, quisiera confiar este clamor a María Santísima, que está bajo la cruz de su Hijo y llora también a los pies de los crucificados de hoy:

“Santa María, mujer del tercer día, danos la certeza de que, a pesar de todo, la muerte ya no tendrá poder sobre nosotros. Que los días de las injusticias de los pueblos están contados. Que los destellos de las guerras se están reduciendo a luces crepusculares. Que los sufrimientos de los pobres han llegado a sus últimos estertores. [...] Y que, por fin, las lágrimas de todas las víctimas de la violencia y el dolor pronto se secarán, como la escarcha bajo el sol de la primavera” (cf. Maria, donna dei nostri giorni).

La Misa Crismal presidida por León XIV en la Basílica Vaticana

En esta hora oscura de la historia, renovemos el “sí” a Cristo, que pide unidad y trae la paz

“En esta hora oscura de la historia, Dios ha querido enviarnos a difundir el perfume de Cristo donde reina el olor de la muerte. Renovemos nuestro “sí” a esta misión que nos pide unidad y que trae la paz”. Esta fue la invitación de León XIV en la Misa Crismal que presidió en la Basílica Vaticana la mañana del 2 de abril, Jueves Santo. El Pontífice también recordó a San Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, asesinado en el altar en 1980 y canonizado en 2018. Durante la celebración, precedida por la Tercia, los sacerdotes presentes renovaron las promesas que hicieron en su ordenación; luego tuvo lugar la bendición del Óleo de los Enfermos, el Óleo de los Catecúmenos y el Crisma. Publicamos, a continuación, la homilía del Papa.



Queridos hermanos y hermanas:

Nos encontramos ya en el umbral del Triduo Pascual. Una vez más, el Señor nos llevará a la cumbre de su misión, para que su pasión, muerte y resu-

rección se conviertan en el corazón de nuestra misión. Lo que estamos a punto de revivir, de hecho, tiene en sí la fuerza de transformar aquello que el orgullo humano tiende generalmente a endurecer: nuestra identidad, nuestro lugar en el mundo. La libertad de Jesús cambia el corazón, sana las heridas, perfuma y hace brillar nuestros rostros, reconcilia y reúne, perdona y resucita. En este primer año en el que presido la Misa Crismal como Obispo de Roma, deseo refle-

xionar con ustedes sobre la misión a la que Dios nos consagra como su pueblo. Es la misión cristiana, la misma de Jesús, no otra. En ella participa cada uno según su propia vocación y en una obediencia muy personal a la voz del Espíritu, ¡pero nunca sin los demás, nunca descuidando o rompiendo la comunión! Obispos y presbíteros, al renovar nuestras promesas,

estamos al servicio de un pueblo misionero. Somos, junto con todos los bautizados, el Cuerpo de Cristo, ungidos por su Espíritu de libertad y de consuelo, Espíritu de profecía y de unidad.

Lo que Jesús vive en los momentos culminantes de su misión ya se anticipa en el pasaje de Isaías, que Él mismo señaló en la sinagoga de Nazaret como la Palabra que «hoy» se cumple (cf. Lc 4,21). En la hora de la Pascua, de hecho, queda definitivamente claro que Dios consa-

gra para enviar. Él «me envió» (Lc 4,18), dice Jesús, describiendo ese movimiento que une su Cuerpo a los pobres, a los prisioneros, a quienes caminan a tientas en la oscuridad y a quienes se encuentran oprimidos. Y nosotros, miembros de su Cuerpo, llamamos «apostólica» a una Iglesia enviada, no estática, impulsada más allá de sí misma, consagrada a Dios en el servicio a sus criaturas: «Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes» (Jn 20,21).

Sabemos que ser enviados implica, en primer lugar, un desprendimiento, es decir, el riesgo de dejar lo que es familiar y seguro, para adentrarse en lo nuevo. Es interesante que «con el poder del Espíritu» (Lc 4,14), descendido sobre Él después del Bautismo en el Jordán, Jesús regrese a Galilea y vaya «a Nazaret, donde se había criado» (v. 16). Es el lugar que ahora debe abandonar. Se mueve «como de costumbre» (ibíd.), pero para inaugurar un tiempo nuevo. Ahora deberá partir definitivamente de aquel pueblo, para que madure lo que allí ha germinado, sábado tras sábado, en la escucha fiel de la Palabra de Dios. Del mismo modo, llamará a otros a partir, a arriesgarse, para que ningún lugar se convierta en una celda, ninguna identidad en una guarida.

Queridos hermanos, nosotros seguimos a Jesús, quien «no consideró la igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo» (Flp 2,6-

7). Toda misión comienza con ese tipo de vaciamiento en el que todo renace. Nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios no nos puede ser quitada, ni se puede perder, pero tampoco pueden borrarse los afectos, los lugares y las experiencias que están en el origen de nuestra vida. Somos herederos de tanto bien y, al mismo tiempo, de los límites de una historia en la que el Evangelio debe llevar luz y salvación, perdón y sanación. Así, la misión comienza por la

se experimenta una sola vez, sino en cada nuevo comienzo, en cada ulterior envío.

El camino de Jesús nos revela que la disponibilidad para perder, para vaciarse, no es un fin en sí misma, sino una condición para el encuentro y la intimidad. El amor sólo es verdadero si está desarmado, necesita pocas cosas, ninguna ostentación, y custodia con delicadeza la debilidad y la desnudez. Nos cuesta lanzarnos a una misión tan expuesta, y sin embargo no



reconciliación con nuestros orígenes, con los dones y los límites de la formación recibida; al mismo tiempo, no hay paz sin el valor de partir, no hay conciencia sin la audacia del desprendimiento, no hay alegría sin arriesgar. Somos el Cuerpo de Cristo si nos ponemos en movimiento, saliendo de nosotros mismos, haciendo las paces con el pasado sin quedarnos prisioneros de él: todo se recupera y se multiplica si primero se deja ir, sin miedo. Es un primer secreto de la misión. Y no

hay «buena nueva para los pobres» (cf. Lc 4,18) si acudimos a ellos con signos de poder, ni hay auténtica liberación si no nos liberamos de la posesión. Aquí tocamos un segundo secreto de la misión cristiana. Tras el desprendimiento está la ley del encuentro. Sabemos que, a lo largo de la historia, la misión ha sido no pocas veces trastocada por lógicas de dominio, totalmente ajenas al camino de Jesucristo. San Juan Pablo II tuvo la lucidez y el valor de reconocer que «por el vínculo que une



a unos y otros en el Cuerpo místico, y aún sin tener responsabilidad personal ni eludir el juicio de Dios, el único que conoce los corazones, somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido». [1]

Por consiguiente, es ahora prioritario recordar que ni en el ámbito pastoral, ni en el ámbito social y político, el bien puede provenir de la prepotencia. Los grandes misioneros son testigos de acercamientos cuidadosos, cuyo método consiste en compartir la vida, el servicio desinteresado, la renuncia a cualquier estrategia calculadora, el diálogo y el respeto. Es el camino de la encarnación, que siempre y de nuevo toma la forma de la inculturación. La salvación, de hecho, sólo puede ser acogida por cada uno en su lengua materna. «¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua?» (Hch 2,8). La sorpre-

sa de Pentecostés se repite cuando no pretendemos dominar los tiempos de Dios, sino que confiamos en el Espíritu Santo, que “está presente también hoy, como en tiempos de Jesús y de los apóstoles, está presente y actuante, llega antes que nosotros, trabaja más y mejor que nosotros; a nosotros no nos corresponde ni sembrarlo ni despertarlo, sino ante todo reconocerlo, acogerlo, seguirlo, abrirle camino e ir tras él. Está ahí y nunca ha perdido la esperanza respecto a nuestro tiempo; por el contrario, sonríe, baila, penetra, envuelve, llega incluso allí donde nunca hubiéramos imaginado”. [2]

Para establecer esta sintonía con lo invisible, es necesario llegar con sencillez al lugar al que se nos envía, honrando el misterio que cada persona y cada comunidad lleva consigo: una sacralidad que nos trasciende por todas partes y que se vulnera

cuando nos comportamos como dueños de los lugares y de la vida ajena. Somos huéspedes: lo somos como obispos, como sacerdotes, como religiosas y religiosos, como cristianos. De hecho, para acoger debemos aprender a dejarnos acoger. Incluso los lugares donde la secularización parece más avanzada no son tierra de conquista, ni de reconquista: «Nuevas culturas continúan gestándose en estas enormes geografías humanas en las que el cristiano ya no suele ser promotor o generador de sentido, sino que recibe de ellas otros lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el Evangelio de Jesús [...]. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades». [3] Esto sólo ocurre si en la Iglesia caminamos juntos, si la misión no es una aventura heroica de alguien, sino el testimonio vivo de un Cuerpo con muchos miembros.

Existe además una tercera dimensión, quizá la más radical, de la misión cristiana. Ya en la violenta reacción de los habitantes de Nazaret ante las palabras de Jesús se manifiesta la dramática posibilidad de la incompreensión y del rechazo: «Al oír estas palabras, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron y, levantándose, lo empujaron fuera de la ciudad, hasta un lugar escarpado de la co-

lina sobre la que se levantaba la ciudad, con intención de despearlo» (Lc 4,28-29). Aunque la lectura litúrgica haya omitido esta parte, lo que nos disponemos a celebrar a partir de esta tarde nos compromete a no huir, sino a “pasar en medio” de la prueba, como Jesús, quien, arrastrado por la gente hasta el borde del precipicio, «pasando en medio de ellos, continuó su camino» (Lc 4,30). La cruz es parte de la misión; el envío se vuelve más amargo y atemorizante, pero también más gratuito y revolucionario. La ocupación imperialista del mundo se ve entonces interrumpida desde dentro, la violencia que hasta hoy se erige en ley queda desmascarada. El Mesías pobre, prisionero, oprimido, se precipita en la oscuridad de la muerte, pero así saca a la luz una nueva creación.



¡De cuántas resurrecciones somos testigos también nosotros, cuando, liberados de una actitud defensiva, nos entregamos

al servicio como una semilla en la tierra! Podemos atravesar en nuestra vida situaciones en las que parece que todo ha terminado. Entonces nos preguntamos si la misión ha sido inútil. Es cierto, a diferencia de Jesús, nosotros también vivimos fracasos que dependen de nuestra insuficiencia o de la de los demás, a menudo de una maraña de responsabilidades, de luces y sombras. Pero podemos hacer nuestra la esperanza de muchos testigos. Recuerdo uno, a quien

estimo particularmente. Un mes antes de su muerte, en el cuaderno de los Ejercicios espirituales, el santo obispo Óscar Romero escribía: «El Sr. Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana. [...] Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. Él asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle mi último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y

vivir para él. [...] Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en él está mi vida y mi muerte que, a pesar de mis pecados, en él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria».

Queridas hermanas y hermanos, los santos hacen la historia. Este es el mensaje del Apocalipsis. «La gracia y la paz de parte [...] de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primero que resucitó de entre los muertos, el Rey de los reyes de la tierra» (Ap 1,4-5). Este saludo resume el camino de Jesús en un mundo en conflicto entre potencias que lo devastan. En su interior se gesta un pueblo nuevo, no de víctimas, sino de testigos. En esta hora oscura de la historia, Dios ha querido enviarnos a difundir el perfume de Cristo donde reina el olor de la muerte. Renovemos nuestro “sí” a esta misión que nos pide unidad y que trae la paz. ¡Sí, aquí estamos! ¡Superemos el sentimiento de impotencia y de miedo! Nosotros anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, en la espera de tu venida.

[1] S. Juan Pablo II, Bula de convocación del Gran Jubileo del año 2000 *Incarnationis mysterium* (29 noviembre 1998), 11.

[2] C.M. Martini, *Tre racconti dello Spirito*, Milán 1997, 11.

[3] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 73-74.

En Letrán, León XIV presidió la Misa
de la Cena del Señor

Jesús purifica al hombre del deseo de dominar y matar

Al lavar los pies de los apóstoles, Jesús purifica tanto la imagen de Dios “de las idolatrías y blasfemias que la han mancillado” como la nuestra imagen del hombre, que se percibe poderoso cuando domina, que quiere vencer matando a quien es igual a él, que se considera grande cuando es temido”. León XIV lo enfatizó la tarde del 2 de abril, Jueves Santo, durante la Misa de la Cena del Señor presidida en la Basílica de San Juan de Letrán. En esta ocasión, el Pontífice, al iniciar las celebraciones del Triduo Pascual, realizó el rito del “Lavatorio de los Pies”, postrándose ante doce sacerdotes de la diócesis de Roma. Publicamos, a continuación, la homilía que pronunció tras la proclamación del Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas: La solemne liturgia de esta tarde nos introduce en el Triduo Santo de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Cruzamos este umbral no como espectadores, ni por inercia, sino involucrados de manera especial por el mismo Jesús; como invitados a la Cena en la que el pan y el vino se convierten para nosotros en Sacramento de salvación. Participamos, en efecto, en un banquete durante el cual Cristo, «que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó has-

ta el fin» (Jn 13,1). Su amor se convierte en gesto y alimento para todos, revelando la justicia de Dios. En el mundo, precisamente allí donde prevalece el mal, Jesús ama definitivamente, para siempre, con todo su ser.

Durante esta última Cena, Él lava los pies a sus apóstoles, diciendo: «Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes» (Jn 13,15). El gesto del Señor forma una sola cosa con la mesa a la que nos ha invitado. Es un ejemplo del sacramento; a la vez que confirma su sentido, nos confía una tarea que queremos asumir como alimento para nuestra vida. El evangelista Juan elige la palabra griega *upódeigma* para relatar el acontecimiento del que fue testigo; significa “lo que se muestra ante los propios ojos”. Lo que el Señor nos muestra, tomando el agua, la palangana y el delantal, es mucho más que un modelo moral. De hecho, nos entrega su propia forma de vida; lavar los pies es un gesto que resume la revelación de Dios, un signo ejemplar del Verbo hecho carne, su memoria inconfundible. Al asumir la condición de siervo, el Hijo revela la gloria del Padre, desmontando los criterios mun-



danos que ensucian nuestra conciencia.

Junto con la muda sorpresa de sus discípulos, incluso el orgullo humano nos hace abrir los ojos a lo que está sucediendo. Al igual que Pedro, que al principio se resiste a la iniciativa de Jesús, también nosotros debemos «aprender continuamente que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; [...] porque sistemáticamente deseamos un Dios de éxito y no de pasión» (Homilía de la Misa in Coena Domini, 20 marzo 2008). Estas palabras del Papa Benedicto XVI reconocen con lucidez que siempre estamos tentados a buscar un Dios que “nos sirva”, que nos haga ganar, que sea útil como el dinero y el poder. En cambio, no comprendemos que Dios, en efecto, nos sirve, sí, pero con el gesto gratuito y humilde de lavar los pies: he aquí la omnipotencia de Dios. Así se cumple la voluntad de dedicar la vida a quien, sin este don, no puede existir. El Señor se arrodilla para lavar al hombre, por amor a él. Y el don divino nos transforma.

Con su gesto Jesús no sólo puri-

fica de las idolatrías y blasfemias que han mancillado la imagen que nos hemos hecho de Dios, sino que purifica también nuestra imagen del hombre, que se percibe poderoso cuando domina, que quiere vencer matando a quien es igual a él, que se considera grande cuando es temido. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos da, en cambio, un ejemplo de entrega, de servicio y de amor. Necesitamos su ejemplo para aprender a amar, no porque seamos incapaces de ello, sino precisamente para educarnos a nosotros mismos y a los demás en el verdadero amor. Aprender a actuar como Jesús, Signo que Dios imprime en la historia del mundo, es la tarea de toda una vida.

Él es el criterio auténtico, el «Maestro y Señor» (Jn 13,13) que despoja de todas sus máscaras tanto a lo divino como a lo humano. No ofrece su ejemplo cuando todos están felices y lo aprecian, sino en la noche en que fue traicionado, en la oscuridad de la incompreensión y la violencia, para que quede bien claro que el Señor no nos ama porque seamos buenos y puros; nos ama, y por eso nos perdona y nos purifica. El Señor no nos ama si nos dejamos lavar por su misericordia; nos ama, y por eso nos lava, para que podamos corresponder a su amor.

Aprendamos de Jesús este servicio recíproco. De hecho, Él no nos pide que se lo devolvamos, sino que lo compartamos entre nosotros: «Ustedes también deben lavarse los pies unos a otros»

(Jn 13,14). Así lo comentaba el Papa Francisco: «Es un deber que viene del corazón: lo amo. Amo esto y amo hacerlo porque el Señor así me lo ha enseñado» (Homilía de la Misa in Coena Domini, 28 marzo 2013). Él no hablaba de un imperativo abstracto, ni de una orden formal y vacía, sino que expresaba su fervor obediente por la caridad de Cristo, fuente y ejemplo de nuestra caridad. El ejemplo dado por Jesús, en efecto, no puede ser imitado por conveniencia, de mala gana o con hipocresía, sino sólo por amor.

Dejarnos servir por el Señor es, por tanto, condición para servir como Él lo hizo. «Si yo no te lavo», le dijo Jesús a Pedro, «no podrás compartir mi suerte» (Jn 13,8); si no me acoges como siervo, no puedes creer en mí ni seguirme como Señor. Al lavar nuestra carne, Jesús purifica nuestra alma. En Él, Dios ha dado ejemplo no de cómo se domina, sino de cómo se libera; de cómo se da la vida, no de cómo se destruye.

Entonces, ante una humanidad abatida por tantos ejemplos de brutalidad, postrémonos también nosotros como hermanos y hermanas de los oprimidos. Así es como queremos seguir el ejemplo del Señor, haciendo realidad lo que hemos escuchado en el libro del Éxodo: «Este será para ustedes un día memorable» (Ex 12,14). Sí, toda la historia bíblica converge en Jesús, el verdadero Cordero pascual. A través de Él, las figuras antiguas encuentran su pleno significado,

porque Cristo, el Salvador, celebra la Pascua de la humanidad, abriendo para todos el paso del pecado al perdón, de la muerte a la vida eterna: «Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía» (1 Co 11,24).

Al renovar los gestos y las palabras del Señor, esta misma tarde recordamos la institución de la Eucaristía y del Orden sagrado. El vínculo intrínseco entre los dos sacramentos representa la entrega perfecta de Jesús, Sumo Sacerdote y Eucaristía viva por los siglos. En el pan y el vino consagrados se encuentra, en efecto, el «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (Conc. Vat. II, Const. dogm. Sacrosanctum Concilium, 47). En los obispos y en los presbíteros, constituidos «sacerdotes del Nuevo Testamento» según el mandato del Señor (Conc. de Trento, De Missae Sacrificio, 1), reside el signo de su caridad hacia todo el Pueblo de Dios, al que estamos llamados a servir, amados hermanos, con todo nuestro ser.

El Jueves Santo es, por tanto, un día de ardiente gratitud y de auténtica fraternidad. Que la adoración eucarística de esta noche, en cada parroquia y comunidad, sea un momento para contemplar el gesto de Jesús, arrodillándonos como Él lo hizo, y pidiendo la fuerza para imitarlo en el servicio con el mismo amor.

En el Coliseo, el Vía Crucis del Viernes Santo

Caminando con Cristo para seguir siendo humanos



“Danos más lágrimas, Señor, para que nuestras conciencias no se disuelvan en la niebla de la indiferencia y permanezcan humanas”: esta es una de las oraciones que marcan las meditaciones escritas por el padre Francesco Patton, un sacerdote franciscano que fue custodio de Tierra Santa durante casi diez años, para el Vía Crucis de León XIV celebrado la noche del Viernes Santo en el Coliseo. A las 21:15, el Pontífice se dirigió al Anfiteatro Flavio para renovar la piadosa práctica del Viernes Santo, llevando personalmente la cruz por las catorce estaciones, como lo hizo San Juan Pablo II mientras sus fuerzas se lo permitieron. Al confiar la composición de los textos al fraile menor que fue Custodio de Tierra Santa durante unos diez años, hasta junio pasado, el Papa Prevost quiso destacar la importancia de la figura de San Francisco de Asís, cuyo tránsito se conmemora en su octavo centenario, y ofrecer una muestra de especial atención a los pueblos de Oriente Medio víctimas de la guerra.

Mientras la violencia de las guerras se intensifica y llena el mundo de estruendo, León XIV elige el silencio y señala el

camino a seguir. Durante el Vía Crucis del Viernes Santo en el Coliseo no se pronunciaron discursos: solo el paso lento y solemne, recorriendo las catorce estaciones en la oscuridad de la noche romana, llevando personalmente la gran cruz de madera siguiendo los pasos de Cristo. Un gesto elocuente con el que el Papa guía el camino de una Iglesia que no observa desde lejos, sino que asume concretamente el sufrimiento de la humanidad junto a los demás, capaz en silencio de transmitir su mensaje más esencial: el de la paz que proviene de Jesús crucificado. En esa peregrinación silenciosa, a través de las meditaciones y oraciones escritas por el fraile menor Francesco Patton, custodio durante muchos años de Tierra Santa, el obispo de Roma da voz a la esperanza más tenaz. Es allí, cuando todo el ruido finalmente cesa, donde la paz vuelve a ser posible.

A primera hora de la tarde, a partir de las 17:00 horas, el Pontífice presidió la celebración de la Pasión del Señor en la Basílica de San Pedro, durante la cual pronunció la homilía el predicador de la Casa Pontificia, el padre Roberto Pasolini, un capuchino.

En la Basílica Vaticana se celebró la Vigilia presidida por el Obispo de Roma

La fuerza del Resucitado para dar vida a un nuevo mundo de paz y unidad

“Llevar a todos la buena noticia de que Jesús ha resucitado y que, con su fuerza, resucitados con Él, también nosotros podemos dar vida a un mundo nuevo, de paz y de unidad”: esta es la misión que León XIV encomendó al pueblo cristiano durante la Vigilia Pascual de la Noche Santa, celebrada el sábado 4 de abril por la noche en la Basílica Vaticana. Durante el rito —que comenzó en el atrio con la bendición del fuego y la preparación del cirio pascual y continuó con la procesión al Altar de la Confesión y el canto del Exsultet— el Pontífice administró los sacramentos de la iniciación cristiana a diez catecúmenos de diversas nacionalidades. Publicamos, a continuación, el texto de su homilía.

«Esta noche santa [...] expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos» (Pregón pascual).

Así, queridos hermanos y hermanas, el diácono, al comienzo de esta celebración, ha alabado la luz de Cristo Resucitado, simbolizada en el Cirio pascual. De este único Cirio



todos hemos encendido nuestras luces y, llevando cada uno una pequeña llama tomada del mismo fuego, hemos iluminado esta gran basílica. Es el signo de la luz pascual, que nos une en la Iglesia como lámparas para el mundo. Al anuncio del diácono hemos respondido “amén”, afirmando nuestro compromiso de abrazar esta misión, y dentro

de poco repetiremos nuestro “sí” renovando las promesas bautismales.

Queridos hermanos, esta es una Vigilia llena de luz, la más antigua de la tradición cristiana, llamada “madre de todas las vigilia”. En ella revivimos el memorial de la victoria del Señor de la vida sobre la muerte y el infierno. Lo hacemos después de haber recorrido, en los últimos días, como en una única gran celebración, los misterios de la Pasión del Dios hecho para nosotros «varón de dolores» (Is 53,3), «despreciado y desechado por los hombres» (ibíd.), torturado y

crucificado.

¿Hay una caridad más grande, una gratuidad más total? El Resucitado es el mismo Creador del universo que, así como en los albores de la historia nos dio la existencia de la nada, así también en la cruz, para mostrarnos su amor sin límites, nos ha dado la vida.

Así nos lo ha recordado la

primera lectura, con el relato de los orígenes. En el principio, Dios creó el cielo y la tierra (cf. Gn 1,1), sacando del caos el cosmos, del desorden la armonía, y confiándonos a nosotros, hechos a su imagen y semejanza, la tarea de ser sus custodios. Y también cuando, con el pecado, el hombre no correspondió a ese proyecto, el Señor no lo abandonó, sino que le reveló de un modo aún más sorprendente,

puesto a sacrificar a su hijo Isaac, para indicarnos que no quiere nuestra muerte, sino más bien que nos consagremos a ser, en sus manos, miembros vivos de una descendencia de salvados (cf. Gn 22,11-12.15-18). Así mismo, nos ha invitado a reflexionar sobre cómo el Señor liberó a los israelitas de la esclavitud de Egipto, haciendo del mar, lugar de muerte y obstáculo insuperable, la puerta de entra-

la historia de la salvación hemos visto cómo Dios, ante la dureza del pecado que divide y mata, responde con el poder del amor que une y devuelve la vida. Los hemos evocado juntos, intercalando el relato con salmos y oraciones, para recordarnos que, por la Pascua de Cristo, «sepultados con él en la muerte [...] también nosotros llevemos una Vida nueva [...] muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6,4-11), consagrados en el Bautismo al amor del Padre, unidos en la comunión de los santos, hechos por gracia piedras vivas para la construcción de su Reino (cf. 1 P 2,4-5).

A la luz de todo esto leemos el relato de la Resurrección, que hemos escuchado en el Evangelio según san Mateo. La mañana de Pascua, las mujeres,

venciendo el dolor y el miedo, se pusieron en camino. Querían ir al sepulcro de Jesús. Esperaban encontrarlo sellado, con una gran piedra en la entrada y soldados haciendo guardia. Esto es el pecado: una barrera muy pesada que nos encierra y nos separa de Dios, tratando de hacer morir en nosotros sus palabras de esperanza. María de Magdala y la otra María, sin embargo, no se dejaron intimidar. Fueron al sepulcro y, gracias a su



en el perdón, su rostro misericordioso.

Esta «noche santa», entonces, hunde sus raíces también allí donde se consumó el primer fracaso de la humanidad, y se extiende a lo largo de los siglos como camino de reconciliación y de gracia.

De ese camino, la liturgia nos ha propuesto algunas etapas a través de los textos sagrados que hemos escuchado. Nos ha recordado cómo Dios detuvo la mano de Abraham, dis-

ta para el comienzo de una vida nueva y libre. Y el mismo mensaje ha resonado como un eco en las palabras de los profetas, en las que hemos escuchado las alabanzas del Señor como esposo que llama y reúne (cf. Is 54,5-7), fuente que sacia, agua que fecunda (cf. Is 55,1.10), luz que muestra el camino de la paz (cf. Ba 3,14), Espíritu que transforma y renueva el corazón (Ez 36,26).

En todos estos momentos de



manos, es hoy nuestro mensaje al mundo, el encuentro del que queremos dar testimonio, con las palabras de la fe y con las obras de la caridad, cantando con la vida el “aleluya” que proclamamos con los labios (cf. San Agustín, Sermón 256, 1). Al igual que las mujeres, que corrieron a anunciarlo a los hermanos, también nosotros queremos partir esta noche, desde esta basílica, para llevar a todos la buena noticia de que Jesús ha resucitado y que, con su fuerza, resucitados con Él, también nosotros podemos dar vida a un mundo nuevo, de

fe y a su amor, fueron las primeras testigos de la Resurrección. En el terremoto y en el ángel, sentado sobre la roca volcada, vieron la potencia del amor de Dios, más fuerte que cualquier poder del mal, capaz de “expulsar el odio” y de “doblegar a los poderosos”. El hombre puede matar el cuerpo, pero la vida del Dios del amor es vida eterna, va más allá de la muerte y ningún sepulcro la puede aprisionar. Así, el Crucificado reinó desde la cruz, el ángel se sentó sobre la piedra y Jesús vivo se presentó ante ellas diciendo: «Alégrense» (Mt 28,9). También este, queridos her-

paz y de unidad, como «muchos hombres y un hombre solo; muchos cristianos y un solo Cristo» (S. Agustín, Comentarios a los Salmos 127,3).

A esta misión se consagran los hermanos y hermanas que, aquí presentes, procedentes de diversas partes del mundo, recibirán en breve el Bautismo. Tras el largo camino del catecumenado, hoy renacen en Cristo para ser criaturas nuevas (cf. 2 Co 5,17), testigos del Evangelio. Por ellos, y por todos nosotros, repetimos lo que san Agustín decía a los cristianos de su tiempo: «Anuncia a Cristo; siembra

[...]. Esparce el Evangelio; lo que has concebido en tu corazón» (Sermón 116, 7).

Hermanas y hermanos, tampoco faltan en nuestros días sepulcros que abrir, y a menudo las piedras que los cierran son tan pesadas y están tan bien vigiladas que parecen inamovibles. Algunas oprimen el corazón del hombre, como la desconfianza, el miedo, el egoísmo y el rencor; otras, consecuencia de las primeras, rompen los lazos entre nosotros, como la guerra, la injusticia y el aislamiento entre pueblos y naciones. ¡No dejemos que nos paralicen! Muchos hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, con la ayuda de Dios, las han removido, quizá con mucho esfuerzo, a veces a costa de la vida, pero con frutos de bien de los que aún hoy nos beneficiamos. No son personajes inalcanzables, sino personas como nosotros que, fortalecidas por la gracia del Resucitado, en la caridad y en la verdad, tuvieron el valor de hablar, como dice el apóstol Pedro, con «palabras de Dios» (1 P 4,11) y de actuar «como quien recibe de Dios ese poder, para que Dios sea glorificado en todas las cosas» (ibíd.).

Dejémonos inspirar por su ejemplo y, en esta Noche Santa, hagamos nuestro su compromiso, para que en todas partes y siempre, en el mundo, crezcan y florezcan los dones pascuales de la concordia y la paz.

Domingo de Pascua de 2026: La homilía del Papa durante la misa del día en la Plaza de San Pedro

La guerra mata y destruye, pero Cristo vence a la muerte para siempre



Ante la “violencia de la guerra que mata y destruye”, la Pascua “nos invita a levantar la mirada y a ensanchar el corazón”. León XIV lo enfatizó al presidir la Misa del día en la Plaza de San Pedro el Domingo de la Resurrección del Señor. A la celebración, que comenzó con el rito del “Resurrexit”, asistieron sesenta mil fieles romanos y peregrinos de todo el mundo para las celebraciones pascuales. Publicamos, a continuación, la homilía del Papa después de la proclamación del Evangelio en latín y griego.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy toda la creación resplandece con una luz nueva, desde la tierra se eleva un canto de alabanza y nuestro corazón

exulta de alegría: ¡Cristo ha resucitado de entre los muertos y, con Él, también nosotros resucitamos a una vida nueva!

Este anuncio pascual abraza el misterio de nuestra vida y el destino de la historia, y nos alcanza hasta en los abismos de la muerte, por los cuales nos sentimos amenazados y a veces abrumados. Nos abre a la esperanza que no desfallece, a la luz que no se apaga, a esa plenitud de alegría que nada puede borrar: ¡la muerte ha sido vencida para siempre, la muerte ya no tiene poder sobre nosotros!

Este es un mensaje que no siempre es fácil de acoger, una promesa que nos cuesta acep-

tar, porque el poder de la muerte nos amenaza siempre, dentro y fuera.

Dentro de nosotros, cuando el lastre de nuestros pecados nos impide alzar el vuelo; cuando las decepciones o la soledad que experimentamos agotan nuestras esperanzas; cuando las preocupaciones o los resentimientos sofocan la alegría de vivir; cuando sentimos tristeza o cansancio; cuando nos sentimos traicionados o rechazados; cuando tenemos que hacer frente a nuestra debilidad, al sufrimiento, al cansancio de cada día, entonces nos parece haber caído en un túnel del que no vemos la salida.

Pero también fuera de noso-



tros, la muerte siempre acecha. La vemos presente en las injusticias, en los egoísmos partidistas, en la opresión de los pobres, en la escasa atención hacia los más frágiles. La vemos en la violencia, en las heridas del mundo, en el grito de dolor que se eleva por todas partes a causa de los abusos que aplastan a los más débiles, ante la idolatría del lucro que saquea los recursos de la tierra, ante la violencia de la guerra que mata y destruye.

En esta realidad, la Pascua del Señor nos invita a levantar la mirada y a ensanchar el corazón. Ella sigue alimentando en nuestro espíritu y en el camino de la historia la semilla de la victoria prometida. Nos pone en movimiento como a María Magdalena y como a los Apóstoles, para hacernos descubrir que el sepulcro de Jesús está vacío, y, por tanto, en cada muerte que experimentamos hay también espacio para una nueva vida que surge. El Señor está vivo y

permanece con nosotros. A través de resquicios de resurrección que se abren paso en la oscuridad, Él entrega nuestro corazón a la esperanza que nos sostiene: el poder de la muerte no es el destino último de nuestra vida. Estamos orientados de una vez y para siempre hacia la plenitud, porque en Cristo resucitado también nosotros hemos resucitado.

Así nos lo recordaba con palabras conmovedoras el Papa Francisco, en su primera Exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, afirmando que la resurrección de Cristo «no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad

siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto» (n. 276).

Hermanos y hermanas, la Pascua del Señor nos da esta esperanza, recordándonos que en Cristo resucitado una nueva creación es posible cada día. Así nos lo dice el Evangelio proclamado hoy, que sitúa el acontecimiento de la resurrección de manera precisa: «El primer día de la semana» (Jn 20,1). El día de la resurrección de Cristo nos remite así a la creación, a aquel primer día en el que Dios creó el mundo, y nos anuncia, al mismo tiempo, que una vida nueva, más fuerte que la muerte, está ahora brotando para la humanidad.

La Pascua es la nueva creación obrada por el Señor Resucitado, es un nuevo comienzo, es la vida finalmente hecha eterna por la victoria de Dios sobre el antiguo adversario.

Hoy necesitamos este canto de esperanza. Y somos nosotros, resucitados con Cristo, quienes debemos llevarlo por las calles del mundo. Corramos, pues, como María Magdalena, anunciémoslo a todos; llevemos con nuestra vida la alegría de la resurrección, para que allí donde aún se cierne el espectro de la muerte, pueda resplandecer la luz de la vida.

Que Cristo, nuestra Pascua, nos bendiga y conceda su paz al mundo entero.



En el mensaje "Urbi et Orbi" el sentido llamamiento de León XIV

¡Quien tenga armas en sus manos, que las deponga!

«A la luz de la Pascua, ¡dejémonos sorprender por Cristo! ¡Dejemos que su inmenso amor por nosotros nos transforme el corazón! ¡Que quienes tienen armas en sus manos las abandonen! ¡Que quienes tienen el poder de desatar guerras, elijan la paz!» El sentido llamamiento de León XIV fue elevado desde la logia central de la Basílica Vaticana durante la tradicional bendición a la ciudad y al mundo el Domingo de Pascua. En esta ocasión, el Papa anunció una vigilia de oración por la paz en la propia Basílica para el próximo sábado 11 de abril. Al mediodía del domingo 5 de abril, el Pontífice se dirigió a los fieles presentes en la Plaza de San Pedro y a quienes lo escuchaban por radio y televisión con el mensaje y los saludos de Pascua que publicamos a continuación

Hermanos y hermanas,
¡Cristo ha resucitado! ¡Felices pascuas!

Desde hace siglos, la Iglesia canta con júbilo el acontecimiento que es el origen y el fundamento de su fe: «Muerto el que es la vida, triunfante se levanta. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Rey vencedor, apiádate de la miseria humana» (Secuencia de Pascua).

La Pascua es una victoria: de la vida sobre la muerte, de la luz sobre las tinieblas, del amor sobre el odio. Una victoria que ha tenido un precio altísimo: Cristo, el Hijo

del Dios vivo (cf. Mt 16,16), tuvo que morir, y morir en una cruz, tras sufrir una condena injusta, ser escarnecido y torturado, y haber derramado toda su sangre. Como verdadero Cordero inmolado, tomó sobre sí el pecado del mundo (cf. Jn 1,29; 1 P 1,18-19) y así nos liberó a todos, y con nosotros también a toda la creación, del dominio del mal.

Pero, ¿cómo venció Jesús? ¿Cuál es la fuerza con la que derrotó de una vez por todas al antiguo Adversario, al Príncipe de este mundo (cf. Jn 12,31)? ¿Cuál es el poder con el que resucitó de entre los

muertos, sin volver a la vida anterior, sino entrando en la vida eterna y abriendo así, en su propia carne, el paso de este mundo al Padre?

Esta fuerza, este poder, es Dios mismo, Amor que crea y engendra, Amor fiel hasta el final, Amor que perdona y redime.

Cristo, nuestro «Rey vencedor», combatió y ganó su batalla mediante la entrega confiada a la voluntad del Padre, a su plan de salvación (cf. Mt 26,42). De este modo recorrió hasta el final el camino del diálogo, no sólo con las palabras, sino con los hechos: para encontrarnos a nosotros, los perdidos, se hizo carne; para liberarnos a nosotros, los esclavos, se hizo esclavo; para darnos vida a nosotros, los mortales, se dejó morir a manos de sus verdugos en la cruz.

La fuerza con la que Cristo resucitó no es violenta. Es semejante a la de un grano de trigo que, al marchitarse en la tierra, crece, se



abre paso entre los terrones, brota y se convierte en una espiga dorada. Es aún más parecida a la de un corazón humano que, lastimado por una ofensa, rechaza el instinto de venganza y, lleno de bondad, reza por quien le ha ofendido.

Hermanos y hermanas, esta es la verdadera fuerza que trae la paz a la humanidad, porque genera relaciones respetuosas a todos los niveles: entre las personas, las familias, los grupos sociales y las naciones. No busca el interés particular, sino el bien común; no pretende imponer su propio plan, sino contribuir a diseñarlo y a ponerlo en práctica junto con los demás.

Sí, la resurrección de Cristo es el comienzo de la nueva humanidad, es la entrada a la verdadera tierra prometida, donde reinan la justicia, la libertad y la paz, donde todos se reconocen como hermanos y hermanas, hijos del mismo Padre que es Amor, Vida y Luz.

Hermanos y hermanas, el Señor, con su resurrección nos enfrenta con mayor intensidad aún al drama de nuestra libertad. Frente al sepulcro vacío podemos

llenarnos de esperanza y asombrarnos, como los discípulos, o de miedo, como los guardias y los fariseos, obligados a recurrir a la mentira y al engaño para no reconocer que aquel que había sido condenado verdaderamente ha resucitado (cf. Mt 28,11-15).

A la luz de la Pascua, ¡dejémonos sorprender por Cristo! ¡Dejemos que su inmenso amor por nosotros nos transforme el corazón! ¡Que quienes tienen armas en sus manos las abandonen! ¡Que quienes tienen el poder de desatar guerras, elijan la paz! No una paz impuesta por la fuerza, sino mediante el diálogo. No con la voluntad de dominar al otro, sino de encontrarlo.

Nos estamos acostumbrando a la violencia, nos resignamos a ella y nos volvemos indiferentes. Indiferentes ante la muerte de miles de personas. Indiferentes ante las secuelas de odio y división que siembran los conflictos. Indiferentes ante las consecuencias económicas y sociales que estos desencadenan y que, sin embargo, todos percibimos. Existe una "globalización de la indiferencia" cada vez más marcada, por retomar una expresión muy querida por el Papa Francisco, quien hace justo un año, desde esta logia, dirigió al mundo sus últimas palabras, recordándonos: «Cuánta voluntad de muerte vemos cada día en los numerosos conflictos que afectan a diferentes partes del mundo» (Mensaje Urbi et Orbi, 20 abril 2025).

La cruz de Cristo nos recuerda siempre el sufrimiento y el dolor que rodean a la muerte, así como

la angustia que esta conlleva. Todos tenemos miedo a la muerte y, por miedo, volteamos hacia otro lado, preferimos no mirar. ¡No podemos seguir siendo indiferentes! ¡No podemos resignarnos al mal! San Agustín enseña: «Si el morir te causa espanto, ama la resurrección» (Sermón 124,4). Amemos también nosotros la resurrección, que nos recuerda que el mal no tiene la última palabra, porque ha sido vencido por el Resucitado.

Él atravesó la muerte para darnos vida y paz: «Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!» (Jn 14,27). La paz que Jesús nos entrega no es aquella que se limita a silenciar las armas, sino la que toca y transforma el corazón de cada uno de nosotros. ¡Convirtámonos a esa paz de Cristo! ¡Hagamos oír el grito de paz que brota del corazón! Por eso, invito a todos a unirnos en la vigilia de oración por la paz que celebraremos aquí, en la Basílica de San Pedro el próximo sábado 11 de abril.

En este día de fiesta, dejemos a un lado toda voluntad de disputa, de dominio y de poder, e imploramos al Señor que conceda su paz al mundo asolado por las guerras y marcado por el odio y la indiferencia, que nos hacen sentir impotentes ante el mal. Al Señor encomendamos todos los corazones que sufren y esperan la verdadera paz que sólo Él puede dar. ¡Confíemos en Él y abrámosle nuestro corazón! Sólo Él hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

¡Felices pascuas!

Las procesiones de Semana Santa vuelven a la ciudad de San Sebastián, en España

“Los católicos deseamos manifestar nuestra fe públicamente”

LORENA PACHO

Después de más de medio siglo de ausencia, las procesiones de Semana Santa han regresado a la ciudad española de San Sebastián, a orillas del mar Cantábrico. Esta localidad de la región norteña del País Vasco, que durante décadas ha vivido las celebraciones de Pascua sin imágenes de la Pasión ni cofradías en las calles, ha retomado este año una de sus tradiciones más antiguas, que forma parte de su patrimonio cultural y espiritual.

Este Viernes Santo, el sonido de los tambores y las esculturas religiosas en procesión, con su caminar lento y característico, han vuelto a integrarse en el paisaje urbano donostiarra. Tres esculturas salieron de la catedral del Buen Pastor y recorrieron la ciudad: Jesús Nazareno, Cristo yacente y Nuestra Señora de la Soledad.

La tradición española ha llevado históricamente, desde hace al menos cinco siglos, la fe a las calles y la celebración pública de la Semana Santa - especialmente a través de las procesiones, en las que se da una mezcla única de espiritualidad, arte y arraigo - está profundamente integrada en la cultura popular de todo el país.

Para San Sebastián, que hasta ahora era la única gran ciudad española que no tenía procesiones,



este no es solo el regreso de un acto simbólico, sino también el reencuentro con una expresión cultural y religiosa que durante años estuvo en pausa.

La Cofradía de Jesús Nazareno, que se creó en 1927 y a finales de la década de los sesenta del siglo pasado quedó suspendida, ha vuelto a ponerse en marcha, impulsada por un grupo de laicos, con el apoyo del párroco de la catedral del Buen Pastor, que ha conseguido reunir a más de 400 participantes, incluidos un gran número de jóvenes.

Santiago Reyes, de 34 años y originario de Irún, en Guipúzcoa, cuya capital es San Sebastián, trabaja como notario en la diócesis de San Sebastián. Es miembro de la junta directiva de la cofradía donostiarra y uno de los promotores de la iniciativa que ha devuelto las procesiones a la ciudad. En conversación con L'Osserva-

tore Romano señala que el objetivo de retomar la tradición es “hacer visible la religiosidad en las calles de San Sebastián”. “Nuestra ciudad es plural y los católicos deseamos manifestar nuestra fe públicamente. No lo hacemos inventando nada nuevo, sino recuperando una proce-

sión penitencial en Semana Santa como las que existen en toda España y que en nuestra tierra vasca se celebraron igualmente durante siglos con unas notas características según nuestra propia idiosincrasia”, apunta Reyes, estudioso de la religiosidad popular y autor de varios libros sobre el asunto. Confiesa que a lo largo de los últimos meses dedicados a los preparativos para la procesión y a la restauración de las esculturas ha visto “mucha ilusión” a su alrededor, “no solo de personas que viven la fe de forma intensa, también de bautizados más alejados de la vida de piedad para los que las procesiones son precisamente una forma de acercamiento al misterio de Dios”.


D. Jon Molina, párroco de la Catedral del Buen Pastor, explica que la iniciativa ha sido “100 % laical”: “Vinieron a la parroquia y su intuición fue acogida favora-

blemente por mí que estoy convencido de la conveniencia de favorecer estas manifestaciones de religiosidad popular”, apunta el sacerdote. Y señala: “No ha sido algo excesivamente planificado. Se han dado las circunstancias favorables y hemos tratado de interpretar los signos de los tiempos. Supongo que muchos cristianos echaban de menos estas manifestaciones de piedad popular porque nada más publicitar la iniciativa, la acogida ha sido entusiasta”.

La celebración de la Semana Santa, la festividad más importante para los cristianos, transmite también un mensaje para quienes no profesan la fe: “Quien nos vea y no crea en Dios quisiera que entendiera que nuestra fe se fundamenta en el amor, amor fraterno y amor de Dios hacia nosotros”, señala Santiago Reyes.

La fe ha vuelto a abrirse camino, de forma espontánea, con un mensaje de amor y fraternidad, en una tierra que en las últimas décadas ha conocido de cerca el sufrimiento, las divisiones y la violencia del terrorismo que marcó al país durante décadas, y lo ha hecho en buena parte impulsada por las nuevas generaciones.

“La procesión hará visible que en San Sebastián existen católicos dispuestos a mostrarse como tal en la calle. Especialmente jóvenes”, explica Reyes. Y subraya que, a pesar de la tendencia a la secularización de los últimos tiempos, existe en la sociedad un renacido interés por la religiosidad popular: “Creo que entre los jóvenes católicos este tipo de ini-



La celebración de la Semana Santa, la festividad más importante para los cristianos, transmite también un mensaje para quienes no profesan la fe: “Quien nos vea y no crea en Dios quisiera que entendiera que nuestra fe se fundamenta en el amor, amor fraterno y amor de Dios hacia nosotros

ciativas despierta un gran fervor. Es comprensible: cuanto más en minoría se siente uno, más necesita reafirmar sus creencias, y una procesión constituye una ocasión ideal para hacerlo”. También resalta: “En Guipúzcoa se están dando casos muy significativos de jóvenes de en torno a 20 años procedentes de familias no creyentes que se acercan a la Iglesia. En la cofradía que organiza la procesión tenemos casos de estos, incluso el de un no bautizado que ha pedido este sacramento”.

“Es un fenómeno que no deja de sorprendernos y de alegrarnos. Jóvenes, además, muy diversos entre sí. Algunos con una conciencia y vivencia de la fe muy clara; otros no tanto. Pero todos coinciden en un gran entusiasmo e ilusión por poder sacar a la calle

la fe (pequeña o grande) que guardan en su corazón”, considera D. Jon Molina. Y agrega: “Queremos manifestar que la Iglesia también está presente en la ciudad. Para que el que busque pueda hallar; para que los indecisos den el paso a acercarse a la comunidad cristiana; para que los que viven su fe de forma individual no se sientan solos... para que todos sepan que en la comunidad cristiana todos pueden encontrar el hogar espiritual que buscan”.

La desaparición de las procesiones a finales de los años sesenta coincidió con un profundo cambio social, político y también religioso que, en el País Vasco, se vio además marcado por la violencia terrorista que surgió en aquellos años. Hoy, su regreso se enmarca en un contexto de creciente interés por la espiritualidad, y por el aumento de la conciencia de fe, especialmente entre los más jóvenes, un fenómeno que ha quedado reflejado en numerosos estudios académicos. Según el informe “Jóvenes: expectativas, ideales, creencias”, realizado por el grupo Footprint de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz con encuestas a 5000 jóvenes de ocho países, la mayoría de chicos y chicas cree en Dios y tiene una percepción positiva de la Iglesia, vista como guía espiritual y no como institución político-temporal. Además, para la mitad de los encuestados la espiritualidad está más presente en sus vidas que hace cinco años.

“En países como España, llama la atención la existencia de un gru-



consideran que el auge de la espiritualidad se debe a la búsqueda de sentido, que el materialismo o el consumismo no pueden saciar. En los estudios se pone de manifiesto que este interés actual no se limita a la religión institucional, sino que responde a factores existenciales y de bienestar”.

El regreso de las procesiones a San Sebastián no solo refleja un renovado interés por la espiritualidad y la conciencia de fe, sino también el compromiso de quienes

las viven en primera persona y buscan convertirlas en una oportunidad para vivir la fe en comunidad y transmitir valores espirituales a las nuevas generaciones. “La procesión nos recordará que caminamos a hombros de gigantes, porque la fe católica en nuestra tierra fue algo inseparable de nuestra identidad. Un lapso de 50 años sin hacer procesiones es insignificante desde la perspectiva histórica”, apunta Santiago Reyes. Y resalta las virtudes de la religiosidad popular, “la religiosidad de los sencillos”, en sus palabras: “Nuestra sociedad ha cambiado tanto que hoy vuelve a ser conveniente fomentar las procesiones en Semana Santa”, puntualiza. “Que los cristianos participemos con nuestras expresiones propias como un colectivo más de la ciudad puede enriquecer la convivencia ciudadana”, opina D. Jon Molina.

En este momento, en España las procesiones de Semana Santa están experimentando un nuevo auge. En ciudades con fuerte tradición, como Sevilla, Zamora o Valladolid, la participación sigue siendo masiva, mientras que en otras regiones como Madrid o Cataluña se está observando un creciente interés por la espiritualidad y la vida comunitaria, que ha revitalizado cofradías y la implicación de los jóvenes.

“Además de narrar el relato de la Pasión, la procesión nos hace sentir que nuestro Dios es cercano al dolor, hasta el punto de que él mismo lo ha padecido. Orar en una procesión, contemplando la Pasión, supone un aliento frente a las dificultades y sufrimientos de todo tipo que afligen a nuestros corazones”, opina Reyes.

D. Jon Molina también resalta el valor de las procesiones como “primer anuncio del Evangelio”, ya que “personas que de otra manera difícilmente se acercarían a la Iglesia, se acercan; personas que desconocen el amor de Dios pueden empezar a barruntarlo”. Luego, “esa primera semilla del Evangelio habrá que cuidarla; alimentarla con la predicación de la Palabra y la vivencia de los sacramentos; regarla con la vida comunitaria y el compromiso cristiano”, indica el sacerdote. “Pero primero hay que plantarla. Y la religiosidad popular, sin duda, ayuda en la siembra” destaca el párroco. Y agrega: “Para muchos fieles puede ser un acicate para dejar de lado ciertos complejos y miedos a la hora de mostrarse públicamente como cristianos”.

po reducido pero significativo de jóvenes católicos que viven con intensidad, coherencia y compromiso su fe, con asistencia frecuente a misa y a otros sacramentos y que muestran su fe abiertamente”, explica la profesora universitaria Gema Bellido, una de las responsables del estudio. Y resalta que las procesiones, peregrinaciones y los grandes eventos eclesiales “refuerzan el sentido de comunidad que los jóvenes valoran para evitar el aislamiento social”. La catedrática de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz resalta que otro cuestionario reciente, más centrado en “trabajo, compromiso social y religiosidad”, revela un vínculo marcado entre religiosidad y felicidad: “Los jóvenes creyentes reportan niveles de felicidad y satisfacción vital más altos (promedio de 7.1 sobre 10) que los no creyentes (6.3)”, apunta Bellido. Y recalca: “Muchos

REGRESAR AL CONCILIO VATICANO II



A propósito de las catequesis sobre la *Lumen Gentium*
Dios, su pueblo y el amor



ARTURO LÓPEZ

Las catequesis del 11, 18, 25 de marzo, junto con la del primero de abril, ofrecen un marco muy rico de la visión del Pueblo de Dios. Comentando el Documento *Lumen Gentium* el Papa continúa profundizando sobre la misión de los consagrados, ministros y laicos dentro de la Iglesia. Todo con un común denominador: La misión de la unidad de la Iglesia en su misión misionera y en su vocación a la santidad.

No obstante la lluvia, el mensaje del Papa León XIV en su catequesis del miércoles 11 de marzo continúa a resonar profético: Dios piensa siempre en su creatura, dejando en su interior los mecanismos para que pueda regresar a él, su fuente originaria, y lo pueda hacer desde una libertad auténtica y verdadera iluminada por el don de la Fe. Se trata de la unidad del Pueblo de Dios. Realidad que todo hombre tiene que afrontar después de la caída por el pecado original.

En su catequesis del 11 de marzo, el Papa resalta la visión del «Pueblo de Dios» (segundo capítulo de la LG). Sin olvidar, sin embargo, que «Dios creó el mundo y la humanidad», vuelve insistente la presencia de Dios y su deseo por «salvar a todos los hombres», así su «obra de salvación», comenta el Papa, y lo hace de dos maneras: «eligiendo un pueblo con-

creto y habitando en él». Elegir un Pueblo. Esto es un hecho que se realiza la liturgia, y deja, incluso su huella en el arte religioso, en la arquitectura religiosa. En los adornos cosmatescos de muchas iglesias en Roma a lo largo de la nave central, se puede apreciar en el típico *opus musivum*, dos líneas paralelas que forman círculos desde el ingreso en el recinto sagrado y se van entrelazando a lo largo de la nave repitiendo estos movimientos, representando así el tiempo. Y es que el sacerdote que se encamina para celebrar la misa, en el rito de ingreso, atraviesa solemnemente vestido esa nave. En esa marcha queda esculpida la promesa de Dios de acompañar a su creatura hasta el fin de los tiempos; y esta promesa se realiza en quien en esa misa que está por celebrarse actuará *in persona Christi*, precisamente porque «Dios eligió un pueblo concreto». Y mientras dure el tiempo esa presencia seguirá ahí avanzando en las épocas de la historia humana.

Afirmar que Dios creó el mundo y la humanidad, significa que pensó en ellos, que proyectó en ellos un plan, les dotó de sentido y orientación. Y a este respecto no se puede no evocar a la memoria aquel pasaje escrito por Pico de la Mirandola, y que los estudiosos determinan que fue el texto que inició el periodo del Renacimiento: el «Oratio de homine dignitate»: «Así pues, tomó al hombre, su obra aún con una imagen sin plasmar y así lo puso e medio del creado y así le habló: “Ni una cierta sede, ni una propia faz, ni un don particular te hemos dado, Oh Adán, y esto, para que tú mismo una sede, una faz, y los atributos que deseas por ti mismo, los tengas y poseas conforme a tu voluntad, según tu decisión¹». Y es que Pico, coincide con esta visión del Papa en cuanto que el deseo de Dios no sólo de crearlo sino también de su futura redención después del pecado original es anterior a cualquier determinación lingüística o cultural. Dios pensó en su creatura antes de que esta obra de sus manos decidiera, hiciera o iniciara a desear. Y es así que el Creador después de ver alejarse a su creatura intenta que sea ella la que regrese a la casa del Padre: «Su principio unificador», comentaba León XIV en su catequesis del miércoles 11 de marzo, «no es una lengua, una cultura, una etnia, sino la fe en Cristo: la Iglesia es, por lo tanto, - según una espléndida expresión del Concilio - «una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz» (LG, 9)». De modo que, dejando claro que los bautizados forman parte del Pueblo de Dios, el Pontífice en su catequesis posterior del 18 de marzo lleva su reflexión a un nivel más elevado: «El pueblo mesiánico», dice el Pontífice, «recibe de Cristo la participación a la obra sacerdotal, profética y real en la que se lle-



Y es que Pico, coincide con esta visión del Papa en cuanto que el deseo de Dios no sólo de crearlo sino también de su futura redención después del pecado original es anterior a cualquier determinación lingüística o cultural. Dios pensó en su creatura antes de que esta obra de sus manos decidiera, hiciera o iniciara a desear



*Basilica de santa María
en Cosmedin, en Roma,
pavimento cosmatesco*

va a cabo su misión salvífica». Sacramentos y virtudes teologales se conjugan aquí de un modo cohesivo y armónico. «Este sacerdocio común de los fieles», comenta el Papa, «es donado con el Bautismo». Misión sacerdotal. «A través del sacramento de la Confirmación», sigue en su catequesis, «todos los bautizados «se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras». Misión profética. Y finalmente, «el ejercicio del sacerdocio real tiene lugar de muchas maneras, todas ellas encaminadas a nuestra santificación, sobre todo, participando en la ofrenda de la Eucaristía». Fe, recibida en el Bautismo, esperanza porque la visión del cristiano se sedimenta en la patria definitiva que va más allá de este valle de lágrimas y encuentre en el amor, la paz, la plena realización de su alma, felicidad a la que fue llamado desde que Dios le miró con amor creándolo. San Agustín lo dijo con voz clara y bella: «Y dado que lo que se ama, se transforma necesariamente en lo que ama. Así lo amado se vuelve

eterno y configura el alma con la eternidad. En definitiva, la vida beata es la vida eterna. ¿Y qué bien eterno existe que vuelva el alma eterna si no es Dios? El amor, pues, de las cosas que se deben amar se llama caridad o mejor, dilección. Por ello, de entre todos los pensamientos que hay que considerar atentamente es el sano precepto: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente²».

En la catequesis del 25 de marzo, León XIV presenta, la forma jerárquica de la Iglesia: su fundamento, « los apóstoles, que Cristo quiso como columnas vivas de su Cuerpo místico»; y esta dimensión jerárquica obra «al servicio de la unidad, de la

misión y de la santificación de todos sus miembros». El Papa, en resumen, comentando el capítulo tres de la Constitución dogmática profundiza «en esta sucesión apostólica fundada en el Evangelio y en la Tradición», y aclaraba que no se trata de «una construcción humana que sirve para la organización interna de la Iglesia como cuerpo social (cfr. *LG*, 8)», sino que «es una institución divina que tiene como finalidad perpetuar hasta el final de los tiempos la misión que Cristo dio a los apóstoles».

El cuarto capítulo de la *LG*, la afrontó el Pontífice en su catequesis del 1 de abril, hablando sobre la «naturaleza y la misión de los laicos», su existencia «afirma la igualdad de todos los bautizados» y citando la *LG*, especifica que están «incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo», y también «ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde (*LG* 31)». Lo particular de los laicos es que el «campo del apostolado laical no se limita al espacio de la Iglesia, sino que se amplía al mundo» abarca «ambientes de trabajo, en la sociedad civil y en todas las relaciones humanas, allá donde ellos, con sus elecciones».

Si se trata de una «una Iglesia encarnada en la historia», de una «Iglesia en camino», entonces los adornos cosmatescos continuarán a recordarnos, no sólo que Dios nos pensó desde el origen de los tiempos, siendo «una imagen sin plasmar», y amando su creatura mientras la creaba, sino nos seguirá acompañándonos hasta el fin de los tiempos, porque decidió poner su tienda entre nosotros.

Notas

¹Aquí el texto original: *Igitur hominem accepit indiscretæ opus imaginis atque in mundi positum meditullio sic est alloquutus: «Nec certam sedem, nec propriam faciem, nec munus ullum peculiare tibi dedimus, o Adam, ut quam sedem, quam faciem, quæ munera tute optaveris, ea, pro voto, pro tua sententia, habeas et possideas.*

²*Et quoniam id quod amatur, afficiat ex se amantem necesse est; fit ut sic amatum quod æternum est, æternitate animum afficiat. Quocirca ea demum vita beata quæ æterna est. Quid vero æternum est quod æternitate afficiat animum nisi Deus? Amor autem rerum amandarum caritas vel dilectio melius dicitur. Quare omnibus cogitationis viribus considerandum est saluberrimum illud præceptum: Diliges Dominum Deum tuum in toto corde tuo et in tota anima tua et in tota mente tua.*



*Si se trata de una
«una Iglesia encarnada en
la historia», de una
«Iglesia en camino»,
entonces los adornos
cosmatescos continuarán
a recordarnos, no sólo que
Dios nos pensó desde el
origen de los tiempos*

Próximo viaje apostólico del Papa a España

Acogiendo la invitación del Jefe de Estado y de las Autoridades eclesíásticas del país, el Santo Padre León XIV realizará un Viaje Apostólico a España del 6 al 12 de junio de 2026. El programa del viaje se dará a conocer a su debido tiempo.

(Declaraciones del Director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni)



Publicado el logo y lema de la visita de León XIV a España: “Alzad la mirada”

La cita bíblica: “Alzad la mirada” (Jn 4,35), es el lema de la visita del Papa a España, publicada junto a su logo por la Sala de Prensa de la Santa Se

La Sala de Prensa de la Santa Sede ha publicado el logo y el lema de la visita del Papa León XIV a España que se efectuará del 6 al 12 de junio de 2026. El lema de este viaje apostólico será la cita bíblica “Alzad la mirada” (Jn 4,35), y el logo es una composición de figuras humanas, y que coloca una silueta de la Virgen en el centro, guiando la mirada de todos hacia el cielo.

El logotipo de la Visita del Santo Padre a España está compuesto



por un círculo abierto en movimiento, formado por figuras humanas unidas entre sí y orientadas hacia arriba. Esta composición expresa comunidad, encuentro y apoyo mutuo: no se trata solo de estar juntos, sino de avanzar juntos hacia una meta común. La Virgen María, situada en el centro, actúa como corazón del movimiento; es una presencia materna que acoge y orienta las miradas hacia Dios, signo de unidad y esperanza para todo el pueblo.

El lema elegido, “Alzad la mirada” (Jn 4,35), es una invitación a ver más allá de las preocupaciones cotidianas para descubrir la presencia de Dios y abrirse a los demás. Es una llamada a la esperanza y a la contemplación, que anima a salir de uno mismo y redescubrir la unidad, la belleza y la caridad como signos concretos de una vida compartida. En este gesto de alzar la mirada se expresa también la actitud con la que la Iglesia en España acoge la visita del Santo Padre: con el corazón abierto y dispuesto a caminar juntos.

España se prepara para recibir a León XIV



«Lo principal es lo pastoral; lo que el Papa viene a decirnos, a enseñarnos. Todo lo demás no es que sea accesorio, pero sí como una tramoya: tiene que funcionar para que lo central sea lo protagonista», afirma uno de los coordinadores nacionales

FRANCISCO OTERO*

Recuerda Yago de la Cierva, uno de los coordinadores nacionales del viaje apostólico de León XIV a España, que organizar una visita de un Papa tiene dos facetas. La más importante, que los católicos y todos los que lo deseen se preparen y movilicen para estar en los actos y saquen provecho; y una secundaria, aunque imprescindible: que el encuentro tenga lugar con orden, comodidad, seguridad y «gastando solo lo necesario para que sea digno, pero austero».

Por ello, desde la Iglesia española se crearon –cuando el viaje era solo una posibilidad, aunque muy real, por la voluntad mostrada por el Papa– varios comités de trabajo, conscientes de que el tiempo apremiaba y que organizar un viaje de este tipo en apenas unos meses sería todo un reto.

En cualquier caso, no se parte de cero, pues el de León XIV será el noveno viaje que un Pontífice realiza a España, tras los cinco de san Juan Pablo II (1982, 1984, 1989, 1993 y 2003) y los tres de Be-

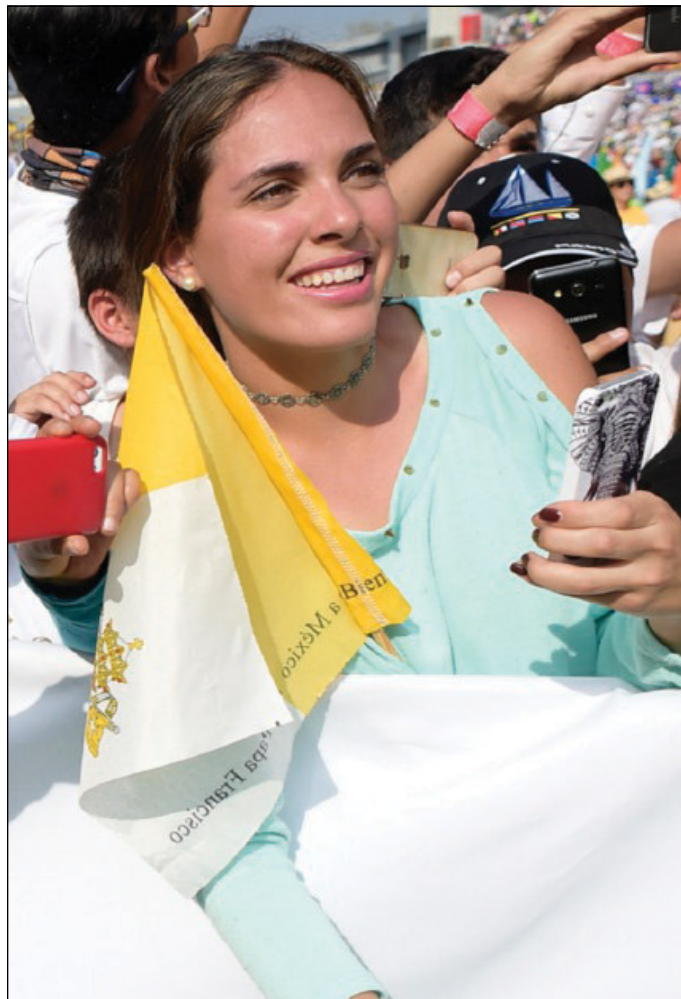
nedicto XVI (2006, 2010 y 2011).

Así, desde hace ya un tiempo trabajan conjuntamente varios comités, uno de coordinación nacional, con presencia importante de técnicos de la Conferencia Episcopal Española, y otros cuatro de cada una de las diócesis que va a pisar León XIV (Madrid, Barcelona, Canarias y Tenerife). En estos equipos, personas de toda competencia trabajan en los aspectos fundamentales, desde la pastoral hasta la liturgia, pasando por la economía, la comunicación, la logística o el protocolo. Fernando Giménez Barriocanal, actual vicesecretario de Asuntos Económicos de la Conferencia Episcopal Española, sabe lo que supone organizar un viaje de esta magnitud. Estuvo en la organización de la visita de san Juan Pablo II a Madrid en 2003 y de la Jornada Mundial de la Juventud, también en Madrid, en 2011, con Benedicto XIV. En esta ocasión, es uno de los coordinadores nacionales, junto con Yago de la Cierva.

Explica en entrevista con L'Osservatore Romano que las diferencias con las anteriores visitas son varias. Primero, el Papa, porque «cada pontífice tiene su estilo». Pero también el tipo de visita: «Una JMJ es un viaje muy concreto, organizado por una diócesis y circunscrito a una iniciativa apostólica concreta. Aquí hablamos de un viaje con varias diócesis-sede, que supone un esfuerzo adicional de coordinación». En la parte económico-financiera, explica, la diferencia es el tiempo. En 2011 se preparó en dos años y ahora, en apenas cuatro meses.

Lo que está claro es que todo lo que se está preparando a nivel logístico –en el Portal de Transparencia del viaje se pueden consultar los distintos concursos para la licitación de servicio, como las pantallas gigantes, torres de sonorización, acreditaciones o sanitarios– está supeditado a lo pastoral. «Más allá de los protocolos y de la escenografía, lo decisivo será la actitud interior que nos disponga a escuchar lo que el Espíritu quiere decirnos a través del Papa y del encuentro con la vida de la Iglesia», escribe el cardenal José Cobo, arzobispo de Madrid, en la carta pastoral con motivo de la visita.

«Lo principal es lo pastoral; lo que el Papa viene a decirnos, a enseñarnos. Todo lo demás no es que sea accesorio, pero sí como una tramoya: tiene que funcionar para que lo central sea lo protagonista. «La logística habrá sido un éxito si ha contribuido a que el Papa haya podido encontrarse con todas las personas; la seguridad,



igual, si todo resulta sin incidentes; y la comunicación, otro tanto. Nuestro deber es que la voz del Papa se escuche en todo el mundo», subraya Giménez Barriocanal.

A falta de la confirmación del programa, ya se conoce el lema –Alzad la mirada– y el logo, que subrayan las claves de cada sede: unidad (Madrid), belleza (Barcelona) y caridad (Canarias).

De hecho, la parte pastoral se está trabajando de forma paralela,

con materiales catequéticos y formativos para que los fieles puedan prepararse a nivel espiritual para acoger al Papa en nuestra casa y para escuchar aquello que el Espíritu quiera decirnos a través de él. Todo ello, insertado en la vida ordinaria de parroquias y grupos.

«Confiamos en los frutos de esta visita. Sabemos que los encuentros con el Papa han abierto el corazón a personas de todas las edades para dar un sí más generoso a Jesús», afirma Enric Puig Jofra, SJ, coordinador diocesano de la visita de León XIV a Barcelona.

En Madrid, junto con las catequesis preparatorias, hay un itinerario específico para jóvenes y formación para los voluntarios. Y se están llevando a cabo una serie de encuentros con distintos ámbitos de la sociedad civil –universidad, empresa, trabajo– para definir cuales son los retos de Madrid y presentárselos al Papa.

Como dice Laura Moreno, directora de Pastoral del comité de la archidiócesis de Madrid, este viaje apostólico no es solo un momento o una serie de actos, sino «un camino para encontrarse, reconocerse y, después, seguir caminando».

Porque de la visita no quedarán solo recuerdos, sino vidas transformadas y también proyectos caritativos. En Tenerife, según explica Antonio Pérez Morales, el coordinador, se pondrá en marcha un proyecto para personas sin hogar que, probablemente, lleve el nombre de León XIV. En Madrid, se abrirán cinco nuevos comedores, se creará un fondo de becas y se realizará una gran recogida de alimentos.

Concluye el obispo auxiliar de Canarias, Cristóbal Déniz: «Recibir al Papa es una gran responsabilidad y, al mismo tiempo, un gran regalo para la Iglesia y, en nuestro caso, para la sociedad canaria. Queremos ser instrumento para que el anuncio del Evangelio siga calando. Deseamos transmitir la alegría de la fe y un mensaje humanizador que ayude a construir sociedad y familia, a generar actitudes de paz y solidaridad en nuestro entorno».

**Director Revista Ecclesia*





Presentación en Roma de la plataforma que da voz a los pueblos indígenas

Desinvertir en minería para invertir en derechos humanos

ROCÍO LANCHO GARCÍA

“Desde hace mucho tiempo la opción preferencial por la gente empobrecida, por la gente marginada, ha sido siempre el signo de una Iglesia fiel a Jesucristo. En la medida en la que esta opción no la vivamos, estamos traicionando al Señor Jesús. Está claro el capítulo 25 de San Mateo, cuando el Señor se hace presente en la gente que sufre. No hay alternativa. Si queremos ser auténticamente cristianos no podemos ser de otra manera”. Está convencido de ello el cardenal Álvaro Ramazzini, obispo de Huehuetenango, Guatemala, conocido por su defensa de los derechos humanos, de los pueblos indígenas, de los migrantes y de la justicia social. El purpurado ha viajado a Roma para participar en el primer encuentro internacional de la Plataforma por la Desinversión en Minería.

En entrevista con L'Osservatore Romano, antes de la rueda de prensa de presentación que tuvo lugar en la sala de prensa del Vaticano el 20 de marzo, el purpurado explica que el lanzamiento de esta plataforma “es el resultado de un proceso, y también la intención que tenemos de unir fuerzas porque esto es como David y Goliat”. David - explica - son las compañías mineras, las asociaciones que se unen a ellos. “Y nosotros somos pequeños Davides que que-

remos hacer conciencia de que esta actividad extractiva tienen mucho más daño que beneficios”, precisa el cardenal. Al mismo tiempo que reconoce que “indudablemente la óptica y el punto de vista que domina en todo esto es el dinero, para eso se explota el oro o los metales que sean, para

ciones que han sufrido injusticias”. Desde el Papa hasta el último de los animadores de la fe en las aldeas más remotas y comunidades más lejanas, “estamos tratando de hacer lo que el Evangelio nos pide: defender la vida y reconocer que al final no se puede servir a Dios y al dinero”, asegura



ganar dinero”.

Haciendo referencia a importantes documentos pontificios como *Laudato si'* y *Querida Amazonía*, el cardenal subraya la importancia y lo imprescindible que es “tener la presencia y la voz del Sucesor de Pedro y que es también el principio de unidad de la Iglesia”. En ese sentido, “las declaraciones del Papa Francisco han reafirmado lo que obispos, catequistas y agentes de pastoral siempre han hecho: defender las poblaciones marginadas, y pobla-

el purpurado guatemalteco. Y a la vez lamenta que “los que se involucran en las actividades extractivas lo que buscan es dinero”. A propósito, advierte sobre la vulneración de derechos humanos en la actividad minera. Aunque reconoce que es un tema sobre el que se está creando conciencia y va tomando relevancia poco a poco, “todavía estamos muy lejos de lograr lo que quisiéramos: una real y efectiva defensa de los derechos de las poblaciones. Sobre todo, de estas poblaciones más margi-



nadas, estoy pensando en los pueblos originarios y comunidades muy pobres”. Añade el cardenal que es necesario “explicitar con toda claridad lo que significa la explotación minera, esto implica señalar los daños que hace y señalar la desproporción que hay entre los beneficios económicos que se busca con este tipo de industria extractiva con lo que realmente beneficia a las comunidades”.

Recuerda un caso en concreto que vivieron en Guatemala con una compañía minera. “Llegaron, crearon puestos de trabajo, hubo un cierto periodo de bonanza porque pagaban buenos sueldos, pero luego se marcharon y todo ha seguido como antes. No se resolvió el problema estructural de la pobreza”, recuerda. Cuando está compañía dejó el lugar quedaron daños ambientales y la pobreza se mantuvo. “Porque al fi-

nal todo el oro y la plata entró en las cuentas de los accionistas de la compañía”, afirma el cardenal.

Asimismo, apoya la resistencia pacífica continuada de estas poblaciones que sufren por la actividad minera que se realiza en sus tierras. “Hay que hacer entender a los legisladores que las leyes, no por ser leyes, son siempre justas. Debe haber un valor justicia que exprese y que concretice en la ley. Tenemos que seguir haciendo eso. Y en Guatemala, por ejemplo, una ley reformada sobre la minería y las industrias extractivas no hemos logrado todavía. Porque hay legisladores que no ven el problema como lo ve la mayoría de la población que está viviendo la situación de una explotación minera”, explica. Por esta razón, observa el cardenal Ramazzini, “hacer conciencia es nuestra misión, con análisis obje-

tivo, con hechos que demuestren lo que estamos diciendo. La minería no va a resolver el problema de la pobreza. Va a enriquecer a unos y va a empobrecer mucho más a otros”.

Yolanda Flores es líder del pueblo aymara en Perú. Conoce de primera mano la problemática de la actividad minera porque ellos viven la contaminación de sus tierras, sus aguas y lagos. Y ahora los pueblos originarios, quechuas y aymaras, se encuentran en un momento de “conversación y reflexión”. La gran pregunta que surge, asegura Flores, es “¿quién financia todo esto?”. “Queremos saber. En algún momento se podría conversar, que vengan a nuestros territorios y que vean cuánto nos daña a nosotros, a nuestra Madre tierra”, pide Yolanda. Son pueblos que viven de la ganadería, la agricultura y la artesanía. Y esta es su gran preocupación: el daño y el maltrato que están sufriendo sus recursos naturales, sin consentimiento, sin su permiso. Lamenta que la explotación minera se ubica también en las cabeceras de cuencas, que para ellos son sus “apus”. Los apus, explica la líder del pueblo ayмара, son como sus farmacias, su botica. Flores también se pregunta “¿por qué tenemos que seguir viviendo en la resistencia?”, y asegura que quieren “vivir con plenitud, en confianza y armonía en Nuestra Casa grande, como hermanos y hermanas”.

En este camino dan gracias a Dios por contar con el acompañamiento de los padres y las hermanas Maryknoll. Aunque lamenta que

no todos los religiosos se involucran como haría falta. “Todos somos iglesia, queremos obispos y sacerdotes que estén con su pueblo, y construir juntos nuevos caminos, que nos visibilicen”, añade la líder aymara. Queremos a nuestros pastores - prosigue - que estén cerca orientando y reflexionando a la luz del Evangelio. Desde su posición lanzan una reflexión para la sociedad en general: “les invitamos a sentarse y preguntarse dónde están invirtiendo su dinero, cómo lo están haciendo. Ese dinero que aportan, invierten, a dónde va. En qué empresas están. Reflexionar si se invierte para matar y envenenar a estas poblaciones”.

Finalmente, Yolanda valora mucho las redes donde se están articulando, y plataformas como esta que ha sido lanzada este mes de marzo en Roma: “siento que son espacios donde se nos convoca a todos, tenemos voz. Queremos dar nuestro mensaje, la voz de nuestros territorios. Es una esperanza porque no todo está perdido. He conocido, obispos, sacerdotes, pastores, muy comprometidos con su pueblo. ‘Me bajo el sombrero’ para saludarlos.” La cultura aymara en Perú es una de las civilizaciones andinas más antiguas, asentada principalmente en el Altiplano de Puno, cerca del Lago Titicaca.

Monseñor Vicente Ferreira, obis-

po de Livramento de Nossa Senhora, en Brasil, es consejero de la red Iglesias y Minería. Presente también en Roma para la presentación, explica que la plataforma de Desinversión en Minería, de la red Iglesias y Minería, comprende varios organismos de la Iglesia y ecuménica e interreligiosa. La propuesta que ellos lanzan es “invertir donde está la vida, la pro-



Créditos: Marta Isabel González Álvarez

yección de la naturaleza de los pueblos originarios. Caminar junto a ellos para la protección de la creación”. Es decir, “desinvertir para invertir en derechos humanos y derechos de la naturaleza, Madre Tierra”. Con el grito de los pueblos y la tierra por el cambio climático - explica el prelado - es necesaria una nueva conciencia que nace de la *Laudato si'* y *Laudato Deum*.

El obispo brasileño afirma que estos años de trabajo de la Red Iglesia y Minería, “han dado fruto”. Porque “esta lucha no se puede hacer solitos”, sino “reforzar la red es muy importante”. Destaca la importancia del diálogo entre sur global con el norte global,

“para que crezca la conciencia de que todos debemos asumir este papel de defensores de la naturaleza”.

En muchas situaciones es la Iglesia la única opción de diálogo con las comunidades, abandonadas por el poder público, Estado, políticos... “La Iglesia permanece y tienen una autoridad en los territorios”, afirma el prelado.

Finalmente, subraya que esto es una responsabilidad porque “tenemos que hacer un discernimiento, saber de qué lado estamos”. Reconoce que muchos dicen que la Iglesia debe tener una posición de neutralidad, pero en su opinión esto “no es posible”. *Laudato si'* “nos pide una opción verdadera por las comunidades y los pobres, ellos tienen la solución. Lo que nosotros buscamos con tecnología, estudios y demás - concluye el obispo - las comunidades tienen una sabiduría, otras cosmovisiones que tenemos que aprender. Tienen mucho para enseñarnos sobre todo sobre la naturaleza como organismo vivo, todo está interconectado.

La intención de oración del Papa para el mes de abril

Por los sacerdotes en crisis

El vídeo que recoge la intención de León XIV para el mes de abril, publicado a través de la campaña multimedia “Reza con el Papa”, promovida por su Red Mundial de Oración en colaboración con el Dicasterio para la Comunicación, está dedicado a los sacerdotes en crisis.

La elección no es casual: el cuarto domingo de Pascua, conocido como el Domingo del Buen Pastor, que cae el 26 del mes, marcará la 63ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. En esta ocasión, el Pontífice presidirá la Misa de ordenaciones sacerdotales en la Basílica Vaticana.

En el vídeo publicado el 31 de marzo, según un comunicado de prensa de la red, el objetivo es destacar “el acompañamiento humano y espiritual de los sacerdotes que atraviesan momentos difíciles”. En concreto, el Papa invita a los fieles y a las personas de buena voluntad a “detenerse un momento en oración, a reconocer y profundizar en la conciencia de que detrás de cada ministerio hay una vida que también necesita cercanía y alguien que la escuche”.

Al mismo tiempo, hace una profunda súplica por los sacerdotes que atraviesan momentos difíciles, encomendándolos a Jesús, “Buen Pastor y compañero de camino”, cuando “la sole-



dad pese, las dudas oscurezcan el corazón y el cansancio parezca más fuerte que la esperanza”

El obispo de Roma recuerda también que los sacerdotes “no son funcionarios ni héroes solitarios, sino hijos amados, discípulos humildes y queridos, y pastores sostenidos por la oración de su pueblo”. Por ello, nos exhorta a redescubrir la dimensión comunitaria del ministerio sacerdotal, invitando a los fieles a “a escucharlos sin juzgar, a agradecer sin exigir perfección, a compartir con ellos la misión bautismal de anunciar el Reino con gestos y palabras, y a acompañarlos con cercanía y oración sincera”. En efecto, el cuidado de los sacerdotes es una responsabilidad compartida por todo el pueblo de Dios.

Finalmente, León XIV pide que los sacerdotes puedan contar con “amistades sanas, redes de apoyo fraterno, sentido del humor cuando las cosas no salen como esperaban, y la gracia de redescubrir siempre la belleza de su vocación”, sin perder jamás la “confianza” en el Señor, ni “el gozo de servir a tu Iglesia con corazón humilde y generoso”.

Por su parte, el director internacional de la Red Mundial de Oración del Papa, el jesuita Cristóbal Fones, subraya “la

importancia del acompañamiento humano, la amistad sincera y, sobre todo, el apoyo en la oración”, ya que “los sacerdotes necesitan saber que no están solos”. La fraternidad sacerdotal, la vida compartida y la oración del pueblo de Dios se presentan así como “fuentes esenciales de gracia, capaces de renovar su vocación y sostenerlos en su misión diaria”.

Desde esta perspectiva, la Red subraya que la intención de oración para el mes de abril “no es solo una invitación a orar, sino también a actuar: a promover espacios para escuchar, fomentar comunidades acogedoras, evitar las críticas destructivas y fortalecer los lazos comunitarios”.

La Red Mundial de Oración del Papa, obra pontificia confiada a la Compañía de Jesús, está presente en más de noventa países y reúne a una comunidad espiritual de más de 22 millones de personas, comprome-

tidas cada día a colaborar voluntariamente en la misión de Cristo.

Oración

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Señor Jesús,
Buen Pastor y compañero de camino,
hoy ponemos en tus manos a todos los sacerdotes, especialmente a quienes atraviesan momentos de crisis, cuando la soledad pesa, las dudas oscurecen el corazón y el cansancio parece más fuerte que la esperanza.

Tú que conoces sus luchas y heridas,
renueva en ellos la certeza de tu amor incondicional.

Hazles sentir que no son funcionarios ni héroes solitarios, sino hijos amados, discípulos humildes y queridos, y pastores sostenidos por la oración de su pueblo.

Padre bueno,

enséñanos como comunidad a cuidar de nuestros presbíteros: a escucharlos sin juzgar, a agradecer sin exigir perfección,

a compartir con ellos la misión bautismal de anunciar el Reino con gestos y palabras, y a acompañarlos con cercanía y oración sincera.

Que sepamos sostener a quienes tantas veces nos sostienen. Espíritu Santo, aviva en nuestros sacerdotes la alegría del Evangelio.

Concédeles amistades sanas, redes de apoyo fraterno, sentido del humor cuando las cosas no salen como esperaban, y la gracia de redescubrir siempre la belleza de su vocación.

Que nunca pierdan la confianza en Ti, ni el gozo de servir a tu Iglesia con corazón humilde y generoso.

Amén.



Sínodo: informes sobre la pobreza, el ambiente y la poligamia

La Secretaría General del Sínodo divulga, este martes 24 de marzo, el Informe Final del Grupo de Estudio N.º 2, «Escuchar el clamor de los pobres y de la tierra», así como el de la Comisión del SECAM (Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar) sobre «el desafío pastoral de la poligamia».

La Secretaría General del Sínodo publicó, este martes 24 de marzo de 2026, el Informe Final del Grupo de Estudio N.º 2 sobre «Escuchar el clamor de los pobres y de la tierra», así como el de la Comisión del Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar (SECAM) sobre «El desafío pastoral de la poligamia».

Ambos Informes, en su diversidad temática, dan testimonio del camino sinodal de la Iglesia: una Iglesia que escucha, discierne y acompaña y que, arraigada en el Evangelio, no deja de acercarse a cada hombre y mujer, respondiendo a los desafíos de nuestro tiempo.

Los Informes Finales y un breve resumen en cinco idiomas están disponibles en el sitio web de la Secretaría General del Sínodo: www.synod.va.

El Papa León XIV ha dispuesto la publicación de estos Informes Finales para compartir



La pregunta que guía el trabajo del Grupo es, por tanto: ¿cómo puede la Iglesia escuchar mejor estos dos clamores interconectados, consciente de que responder al clamor de los pobres significa también responder al clamor de la tierra, y viceversa?

con todo el Pueblo de Dios los frutos de la reflexión y el discernimiento llevados a cabo durante el Sínodo, en un espíritu de transparencia y responsabilidad. Se consideran documentos de trabajo. Con la entrega de los Informes Finales a la Secretaría General del Sínodo, los Grupos de Estudio que los han elaborado concluyen el mandato que les fue confiado y, por tanto, deben considerarse disueltos.

Informe Final del Grupo de Estudio N.º 2

El Informe Final del Grupo de Estudio N.º 2 está estructurado en varias secciones. Precedido por una reflexión del

cardenal Michael Czerny, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, el Informe busca responder a las cinco preguntas fundamentales encomendadas al Grupo sobre cómo la Iglesia puede escuchar mejor el clamor de los pobres y de la tierra.

El documento parte de la convicción teológica de que escuchar a los pobres y a la tierra no es una opción pastoral, sino un acto de fe constitutivo de la misión de la Iglesia, arraigado en el doble mandamiento del amor y en el ejemplo del Buen Samaritano. Como recuerda el cardenal Czerny en su prefacio, el término «escucha» denota un proceso integral que incluye encuentro, comprensión del problema, acción, evaluación y acompañamiento espiritual, y concierne a todo cristiano, incluidos aquellos que se sienten pobres. La pregunta que guía el trabajo del Grupo es, por tanto: ¿cómo puede la Iglesia escuchar mejor estos dos clamores interconectados, consciente de que responder al clamor de los pobres significa también responder al clamor de la tierra, y viceversa?

El Informe describe los métodos de trabajo adoptados, las limitaciones encontradas y las lecciones aprendidas.

Felipe VI de España toma posesión del título de Protocanónigo de la basílica de Santa María la Mayor

LORENA PACHO

En la ceremonia, celebrada al mediodía del viernes 20 de marzo, el Cardenal Rolandas Makrickas, Arcipreste de la Basílica Papal y el monarca han resaltado los vínculos que unen al pueblo español con este templo

El Rey de España, Felipe VI ha tomado este viernes posesión del título de Protocanónigo del Cabildo de la Basílica Papal de Santa María la Mayor, un honor reservado exclusivamente al jefe de Estado español y que refuerza la histórica relación que el país ha mantenido con este templo romano a lo largo de los siglos.

La ceremonia se ha desarrollado siguiendo el protocolo para esta singular ocasión: el Cardenal Rolandas Makrickas, Arcipreste de la Basílica Papal recibió a los Reyes españoles en la puerta del templo, ubicado en el centro de Roma. A continuación, el monarca accedió al interior de manera solemne.

Tras una lectura de la Biblia, el Cardenal Makrickas pronunció una alocución en la que destacó que el mantenimiento del título de Protocanónigo por parte de los reyes de España a lo largo de más de tres siglos “renueva el vínculo singular que une a la nación española, a su Corona y a este venerable templo mariano, el



más antiguo de Occidente dedicado a la Santísima Madre de Dios”. El purpurado subrayó que “la tradición auténtica no es inmovilismo ni repetición inerte, sino transmisión viva de un don que atraviesa el tiempo y se renueva en cada generación, ofreciendo así un anuncio creíble. Es memoria agradecida, responsabilidad presente y apertura confiada al futuro”.

Seguidamente, Felipe VI tomó la palabra. Y agradeció al Cardenal Rolandas Makrickas y a los miembros del Cabildo su hospitalidad y la dedicación con la que custodian “este tesoro de la cristiandad y de la cultura universal”.

El monarca español repasó la historia de este templo romano y recordó aquella “nevicata miracolosa”, es decir la nevada estival que, según la leyenda,

se produjo en agosto del año 358 señalando el sitio exacto donde debía levantarse la iglesia sobre el monte Esquilino. También ensalzó la capilla Paulina, donde se encuentra la ‘Salus Populi Romani’, Nuestra Señora de las Nieves. “A su protección se encomendaba el Papa Francisco al comienzo y al término de cada viaje apostólico, y a su amparo quiso que su cuerpo hallara el lugar del último descanso”, evocó el monarca español. Y continuó: “El día en que falleció el Papa Francisco, resalté que su pontificado había sido un faro ético para la humanidad; una referencia para creyentes y no creyentes, por su cercanía, sabiduría, y compasión, en particular hacia los más necesitados”. El Rey Felipe VI, que este viernes, antes de la ceremonia, fue recibido en audiencia

por el Papa León XIV, señaló que la reina Letizia y él habían percibido “esa misma sensibilidad” en el sucesor de Francisco. “Hemos hablado del tiempo que nos toca vivir; de estos días en los que tanta claridad necesitamos; claridad de obra y de palabra; claridad de corazón y de conciencia” ilustró el monarca.

Y alentó a buscar el bien común: “Mantengamos la esperanza, por encima de la realidad que nos asalta cada día, de que todos, cada uno en nuestras respectivas circunstancias y responsabilidades, sepamos ser, para los demás, un pequeño faro de concordia, generosidad y entrega a la causa del bien común”, dijo el rey y lanzó un mensaje de fraternidad, “contra el egoísmo y la indiferencia”.

Posteriormente se leyó un fragmento de la bula papal ‘Hispaniarum fidelitas’, promulgada por el Papa Pío XII el 5 de agosto de 1953 y que hace referencia al título de Protocanónigo honorario, y se invitó a su majestad a sentarse entre el resto de los canónigos, en un lugar de honor.

Al finalizar la ceremonia, los monarcas protagonizaron un momento de recogimiento ante la tumba de Francisco, que eligió esta basílica para ser enterrado.

Un vínculo histórico entre la monarquía española y la basílica

Como señala en entrevista con

los Medios Vaticanos P. José Jaime Brosel Gavilá, Rector de la Iglesia nacional española en Roma y Canónigo de la Basílica de Santa María la Mayor, este templo refleja el extenso vínculo entre España y la Iglesia católica a lo largo de los siglos. Los lazos entre el país ibérico y el templo romano se remontan a la época de los Reyes Católicos, que contribuyeron con parte del oro procedente de América para ornamentar el emblemático artesonado, que aún se conserva. El Cardenal Rodrigo de Borja, que más tarde se convertiría en el papa Alejandro VI fue arcepreste de esta basílica durante la construcción del artesonado.

Otra figura destacada, como apunta José Jaime Brosel, es Margarita de Austria, esposa de Felipe III, quien donó el primer gran relicario del templo, el de la Santa Cuna. Asimismo, san Ignacio de Loyola celebró allí su primera misa, la Navidad de 1538, reforzando el vínculo espiritual con España.

En los orígenes de la Opera Pía de España

En 1603 el Cabildo de la basílica solicitó la protección del rey español Felipe III. Más adelante, en 1647, Felipe IV instituyó una renta anual conocida como “Opera Pía de España”, una fundación permanente a favor de la basílica y como agradecimiento, el Cabildo encargó una estatua del monarca realizada en bronce

por el artista Gian Lorenzo Bernini, que aún hoy se encuentra en el pórtico del templo. “Esta relación quedó reafirmada con la bula ‘Hispaniarum fidelitas’, promulgada por el papa Pío XII en 1953”, destaca Brosel, y pone de relieve este documento papal donde se subrayan los lazos históricos de devoción entre España y la basílica.

El título de Protocanónigo corresponde automáticamente al rey de España desde su acceso al trono, detalla Brosel, aunque en este caso Felipe VI no haya tomado posesión formal hasta ahora.

Tres misas solemnes anuales por España

Además, el sacerdote español explica que la basílica celebra cada año tres misas solemnes por la prosperidad del pueblo español y de su jefe de Estado: el 30 de mayo, día de San Fernando; el 15 de agosto, cuando se celebra la Asunción; y el 8 de diciembre, celebración de la Inmaculada Concepción.

La basílica dedicada a la Virgen María más antigua de Occidente

La Basílica de Santa María la Mayor es considerada la basílica dedicada a la Virgen María más antigua de Occidente. Fue construida en el siglo V, poco después del Concilio de Éfeso del año 431, en el que se proclamó oficialmente a María como Madre de Dios (Theotokos).

Se publica el programa del viaje apostólico

León XIV peregrino en África

Se ha publicado hoy el programa oficial, así como los lemas y logotipos de la peregrinación internacional que el Papa realizará del 13 al 23 de abril próximos en Argelia, Camerún, Angola y Guinea Ecuatorial.

SALVATORE CERNUZIO

Diez días, cuatro países, once ciudades, unas 25 entre discursos, saludos y homilías, vuelos internos diarios y, en algunos casos, incluso dos en el mismo día. Se perfila como un viaje rico, intenso y sin duda fascinante el que el Papa León XIV se dispone a realizar del 13 al 23 de abril próximos en África.

Argelia, Camerún, Angola y Guinea Ecuatorial son las etapas de este viaje que, de alguna manera, el propio León ya había anunciado en el vuelo de regreso de Beirut cuando dijo que quería visitar pronto el continente africano, comenzando por Argelia, tierra de San Agustín.

En Argelia, tras las huellas de San Agustín

Y desde la capital, Argel, comenzará la larga peregrinación internacional del Pontífice —la tercera tras Turquía y el Líbano (27 de noviembre – 2 de diciembre de 2025) y el Principado de Mónaco (28 de marzo)—, cuyo programa oficial se ha publicado hoy, 16

de marzo.

El Papa partirá a las 8 de Roma-Fiumicino con destino a la ciudad norteafricana. El aterrizaje está previsto una hora más tarde en el Aeropuerto Internacional de Argel



«Houari Boumediène», donde tendrá lugar la ceremonia de bienvenida. A las 9.45, el Papa visitará el Monumento a los Mártires Maqam Echahid, el memorial inaugurado en 1982 con motivo del 20.º aniversario de la independencia de Argelia de Francia, que

rinde homenaje a los caídos en la guerra de liberación. Allí, León XIV pronunciará un saludo. A continuación, tendrán lugar todos los encuentros institucionales, es decir, la visita al presidente de la República, Abdelmadjid Tebboune, en el Palacio Presidencial, y el encuentro, en el Centro de Convenciones «Djamaa el Djazair», con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático, a quienes dirigirá el primer discurso del viaje.

Por la tarde, a las 15.15, el Papa hará una parada en la Gran Mezquita de Argel, en Mohamma-dia, en las afueras de la capital, uno de los lugares de culto islámicos más grandes del mundo, con capacidad para acoger a 120.000 fieles. Inmediatamente después

se trasladará a las hermanas agustinas misioneras en Bab El Oued para visitar el centro de acogida y amistad que las religiosas dirigen desde hace años. La visita será privada, mientras que será público el encuentro, a las 16.40, con la comunidad argelina en la Ba-

sílica de Nuestra Señora de África. También en esta ocasión está previsto un discurso.

Desde Argel, al día siguiente, 14 de abril, el Papa León XIV se desplazará a Annaba, la antigua Hipona, de la que san Agustín fue obispo. El Papa visitará el yacimiento arqueológico y la casa de acogida para personas mayores de las Pequeñas Hermanas de los Pobres. Siguiendo una costumbre iniciada por el Papa Francisco en sus viajes apostólicos, en los que siempre reservaba un encuentro con los hermanos jesuitas, también León XIV se reunirá en privado con los miembros de la Orden Agustina en la Casa de la comunidad, a las 12.10. El programa se reanudará luego por la tarde, a las 15.30, con la misa en la basílica dedicada al padre de su orden religiosa. Una vez finalizada la celebración, el Papa regresará a Argel. Salida a las 18:00, llegada a las 19:10.

Tres etapas en Camerún

Desde la capital argelina, el Pontífice se despedirá a la mañana siguiente, 15 de abril, con una ceremonia en el aeropuerto a las 9.40 y la salida a las 10.10. Destino: Yaundé, Camerún. El Papa llegará allí a las 15.20, dando así inicio a la gira por el África negra. En Yaundé, León XIV visitará al presidente Paul Biya en el Palacio Presidencial, se reunirá con las autoridades y el cuerpo diplomático en el Palacio

de Congresos (está previsto un discurso) y, a las 17.45, se dirigirá al orfanato Ngul Zamba, donde saludará a los huéspedes y al personal del centro. La jornada concluirá a las 18.25 con un encuentro privado con los obispos de Camerún en la sede de la Conferencia Episcopal.

El itinerario por Camerún continúa en Bamenda, ciudad situada en la parte occidental del país y capital del departamento de Mezam. La llegada del Papa está prevista para las 10.05 horas del jueves 16 de abril; inmediatamente después, a las 11.30 horas, el Pontífice participará en el Encuentro por la Paz con la comunidad local en la Catedral de San José y pronunciará un discurso. Por la tarde, a las 15.15, celebrará la misa en el Aeropuerto Internacional, desde donde partirá para regresar –en un vuelo de una hora– a Yaundé.

Y desde Yaundé, León XIV se dirigirá, el 17 de abril, a la tercera ciudad de Camerún prevista en el programa: Duala, capital de la región del Litoral en el golfo de Guinea, una de las mayores aglomeraciones urbanas y considerada la capital comercial del país. El trayecto será breve, 55 minutos de vuelo. Breve también será la propia etapa en Douala, donde está prevista la misa a las 11:00 h en el Japoma Stadium, y a las 13:20 h la visita privada al Hospital Católico Saint Paul. A las 14:10

h ya partirá de vuelta a Yaundé, donde por la tarde tendrá lugar el encuentro con el mundo universitario en la Universidad Católica de África Central.

Viaje a Angola

El Papa se despedirá de Camerún el sábado 18 de abril, celebrando la misa a las 9.30 h en el aeropuerto de Yaundé-Ville. A continuación, tendrá lugar la ceremonia de despedida, pero en el Aeropuerto Internacional de Yaundé-Nsimalen.

El Papa partirá a las 12.30 y, tras dos horas y media, llegará a Angola, tercera etapa del viaje apostólico. En el Aeropuerto Internacional de Luanda «4 de Fevereiro», el Papa será recibido por los representantes del país del sur de África; según el programa, mantendrá diversos encuentros institucionales, luego la visita de cortesía al presidente João Manuel Gonçalves Lourenço en el Palacio Presidencial y el encuentro con las autoridades, ante las cuales pronunciará un discurso. Todo ello está previsto para media tarde; por la noche, en cambio, tendrá lugar el encuentro privado con los obispos angoleños.

Al igual que en Camerún, también en Angola el Papa León no se limitará solo a la capital, sino que visitará otras ciudades. Así, el domingo 19 de abril se desplazará a Muxima, en la provincia de Bengo, conocida por sus bellezas naturales y sede del santuario

mariano «Mama Muxima». Antes de la partida, el Papa, aún en Luanda, celebrará la misa en el barrio de Kilamba a las 10. Será la única cita de la mañana. Por la tarde, a las 15.40, el Pontífice se desplazará en helicóptero a Muxima. Llegará allí tras media hora de trayecto y se dirigirá inmediatamente a la explanada situada frente al santuario para rezar el rosario con los fieles y pronunciar un discurso. Ya a las 17.45 está previsto el regreso, de nuevo en helicóptero, a Luanda.

La tercera y última etapa en Angola será Saurimo, en Lunda Sur, ciudad que ha experimentado un crecimiento exponencial de la población debido a los numerosos migrantes que han huido de las zonas de guerra. León XIV llegará a Saurimo el 20 de abril a las 9.20 en avión y, como primera cita, se dirigirá a la residencia de ancianos, a diez minutos del aeropuerto Deolinda Rodrigues. Tras unos minutos de descanso, el Pontífice celebrará la misa en la explanada de Saurimo. Inmediatamente después del almuerzo, a las 13.45, abandonará la ciudad para regresar a Luanda. Y allí, en la capital, a donde llegará a las 15.15, se reunirá con obispos, sacerdotes, consagrados y consagradas, y agentes pastorales en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima. En esta ocasión, está previsto un discurso. Esta será la última cita de la visita



a Angola, tierra de la que León se despedirá el martes 21 de abril para volar hacia Guinea Ecuatorial.

En Guinea Ecuatorial

El vuelo de Luanda a Malabo, antigua capital del país situada en la costa norte de la isla de Bioko, dura unas dos horas y media. Por la mañana, visita de cortesía al presidente Teodoro Obiang Nguema Mbasogo y encuentro con las autoridades (todo ello en el Palacio Presidencial); por la tarde, a las 16:00, encuentro con el mundo de la cultura en un campus universitario que lleva su nombre, «León XIV», de la Universidad Nacional.

Una vez finalizadas las citas institucionales, el Pontífice, esa misma tarde, a las 17.15, se desplazará a un lugar de sufrimiento y cura como es el Hospital psiquiátrico «Jean Pierre Olie», conocido psiquiatra francés considerado «amigo» de Guinea Ecuatorial. En este centro, inaugurado el pasado diciembre tras casi diez años de espera y considerado un centro de asistencia psiquiátrica de relevan-

cia nacional e internacional, León XIV saludará al personal y a los pacientes y les dirigirá unas palabras. Por el contrario, el encuentro con los obispos guineanos, previsto para las 19:00 horas, será privado.

El día más intenso de la gira africana del Papa León será probablemente el miércoles 22 de abril, con dos desplazamientos en el mismo día. A las 8.10 h, desde Malabo, el Papa se trasladará a Mongomo, donde aterrizará en el Aeropuerto Internacional de Mengomeyén «Presidente Obiang Nguema» y celebrará la misa en la Basílica de la Inmaculada Concepción. A las 12.30 visitará la «Escuela Tecnológica Papa Francisco», proyecto dedicado al pontífice argentino.

A las 15.10, León XIV volverá a subir al avión para dirigirse a Bata, capital política de la nación. León XIV vivirá allí tres momentos, todos de gran impacto: en primer lugar, la visita a la prisión, donde está previsto un saludo; luego, el momento de oración ante el

Monumento conmemorativo a las víctimas de la explosión de un arsenal, el 7 de marzo de 2021, que causó 20 muertos y unos 500 heridos; por último, el encuentro en el estadio con jóvenes y familias, a quienes dirigirá un discurso. Una vez finalizado el programa, el Papa partirá de Bata a las 19.40 h y regresará a Malabo.

Y Malabo será el escenario del acto de clausura del viaje papal a África. La misa en el estadio la mañana del 23 de abril, a las 10:00, será la última cita del Pontífice, quien, a las 12:45, se despedirá del país y subirá al avión que lo llevará a Roma. La llegada está prevista para las 19:55.

Lemas y logotipos

Además del programa, la Sala de Prensa de la Santa Sede ha difundido hoy los logotipos y lemas de las cuatro etapas africanas del viaje del Papa León. El logotipo de Argelia, inspirado en un antiguo bajo-relieve, presenta dos palomas que beben de la misma copa, símbolo de paz y comunión, y el Chi Rho, emblema cristiano, unidos al mapa de Argelia. Los colores verde, rojo y blanco recuerdan la bandera argelina, mientras que el amarillo hace referencia al Vaticano. En el centro y en la parte inferior, el lema en árabe, amazigh y francés: «La paz sea con vosotros», traducido al árabe con el saludo «Assalamu Alaykom». Representa el diálogo y el encuentro en-

tre cristianos y musulmanes y es una invitación universal a vivir la paz, la fraternidad y la convivencia armoniosa.

El logotipo del viaje a Camerún presenta, por su parte, una Biblia abierta, fundamento de la vida cristiana, sobre la que descansa la silueta del país, coloreada con las franjas verde, roja y amarilla de la bandera nacional. De la franja izquierda se eleva el Crucifijo, signo del anuncio del Evangelio, mientras que, debajo de él, aparece el monograma mariano. En el centro, una paloma dorada irradia rayos luminosos que representan la acción del Espíritu Santo y la difusión de la Buena Nueva por todo el territorio. A la derecha aparece representado el Papa León XIV en actitud de oración, signo de comunión y de acompañamiento pastoral del Pueblo de Dios. En las páginas de la Biblia figura el lema «Que tous soient un / May they all be one» (Jn 17,21), que evoca el tema de la unidad en Cristo y se relaciona con el lema episcopal del Papa, «In Illo uno unum».

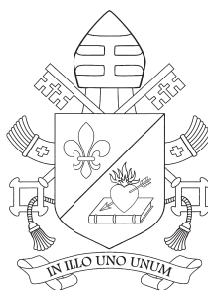
En tonos rojos, en cambio, para recordar la sangre derramada en la historia de esta tierra, el logotipo de Angola, con el mapa coronado por una línea negra en forma de onda, que evoca la bendición y, al mismo tiempo, la identidad africana, evocando la protección divina que acompaña a la nación. En el centro, un semicírculo amarillo

contorneado como por pétalos alude a la rueda dentada, alegoría del trabajo y de la bandera nacional, mientras que, unida a la cruz, representa la Eucaristía. Los pétalos evocan la mulemba, árbol símbolo del país, y las líneas azules, los ríos e es del país. En su conjunto, el logotipo presenta una Angola que, bendecida por Dios y bajo la guía del Papa, camina hacia un futuro de paz, dignidad y esperanza renovada, tal y como afirma el lema, abajo a la derecha: «El Papa León XIV, peregrino de la esperanza, la reconciliación y la paz, bendice a Angola».

Una cruz dorada, símbolo de Cristo Resucitado y de la fe cristiana, es, por su parte, el primer detalle que llama la atención en el logotipo de Guinea Ecuatorial, donde en el centro se representan, por un lado, el mapa y la bandera del país, y por otro, la familia, a través de las siluetas de un hombre, una mujer y un niño. Debajo, un hombre en una barca con un libro en las manos evoca la llegada de los primeros evangelizadores por mar hace 170 años. Los colores dorado, verde, blanco y rojo evocan, respectivamente, la luz de Cristo, la tierra, la paz y la lucha por la libertad. El lema «Cristo, luz de Guinea Ecuatorial, hacia un futuro de esperanza» evoca la memoria del pasado y la confianza en un camino de fe y esperanza hacia el futuro.



Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 1 de marzo de 2026

Detener la espiral de violencia antes de que se convierta en un abismo irreparable

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de la liturgia de hoy compone para todos nosotros un icono lleno de luz, narrando la Transfiguración del Señor (cf. *Mt 17,1-9*). Para representarlo, el evangelista sumerge su pluma en la memoria de los apóstoles, pintando a Cristo entre Moisés y Elías. El Verbo hecho hombre se encuentra entre la Ley y la Profecía; él es la Sabiduría viviente, que lleva a cumplimiento cada palabra divina. Todo lo que Dios ha mandado e inspirado a los hombres encuentra en Jesús su manifestación plena y definitiva.

Como en el día del bautismo en el Jordán, también hoy escuchamos la voz del Padre en el monte, que proclama: «Este es mi Hijo muy querido», mientras el Espíritu Santo cubre a Jesús con una «nube luminosa» (*Mt 17,5*). Con esta expresión, realmente singular, el Evangelio describe el estilo de la revelación de Dios. El Señor, cuando se manifiesta, nos revela su magnificencia; frente a Jesús, cuyo rostro brilla «como el sol» y cuyas vestiduras se vuelven «blancas como la luz» (cf. v. 2), los discípulos admirarán el esplendor humano de Dios. Pedro, Santiago y Juan contemplan una gloria humilde,

que no se exhibe como un espectáculo para las multitudes, sino como una confidencia solemne.

La Transfiguración anticipa la luz de la Pascua, acontecimiento de muerte y de resurrección, de tinieblas y de luz nueva que Cristo irradia sobre todos los cuerpos flagelados por la violencia, sobre los cuerpos crucificados por el dolor, sobre los cuerpos abandonados en la miseria. En efecto, mientras el mal reduce nuestra carne a una mercancía o a una masa anónima, precisamente esta misma carne resplandece con la gloria de Dios. El Redentor transfigura así las llagas de la historia, iluminando nuestra mente y nuestro corazón. ¡Su revelación es una sorpresa de salvación! ¿Aún nos atrae? El verdadero rostro de Dios, ¿encuentra en nosotros una mirada de admiración y de amor?

El Padre responde a la desesperación del ateísmo con el don del Hijo Salvador; el Espíritu Santo nos rescata de la soledad agnóstica ofreciéndonos una comunión eterna de vida y de gracia; frente a nuestra fe débil, se encuentra el anuncio de la resurrección futura. Esto es lo que los discípulos habían visto en el fulgor de Cristo, pero para comprenderlo se necesita tiempo (cf. *Mt 17,9*). Tiempo de silencio para escuchar la Palabra, tiempo de conversión para gustar de la compañía del Señor.

Mientras experimentamos todo esto durante la Cuaresma, pidamos a María, Maestra de oración y Estrella de la mañana, que custodie nuestros pasos en la fe.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo con profunda preocupación lo que está sucediendo en Oriente Medio y en Irán en estas horas dramáticas. La estabilidad y la paz no se construyen con amenazas mutuas, ni con armas, que siembran destrucción, dolor y muerte, sino solo a través de un diálogo razonable, auténtico y responsable.

Ante la posibilidad de una tragedia de enormes proporciones, hago un llamamiento encarecido a las partes implicadas para que asuman la responsabilidad moral de detener la espiral de violencia antes de que se convierta en un abismo irreparable. Que la diplomacia recupere su papel y se promueva el bien de los pueblos, que anhelan una convivencia pacífica, basada en la justicia. Y continuemos rezando por la paz.

En estos días llegan además noticias preocupantes de enfrentamientos entre Pakistán y Afganistán. Elevo mi súplica por un urgente retorno al diálogo. Recemos juntos para que prevalezca la concordia en todos los conflictos del mundo. Solo la paz, don de Dios, puede sanar las heridas entre los pueblos.

Estoy cerca de la población del estado brasileño de Minas Gerais, afectada por violentas inundaciones. Rezo por las víctimas, por las familias que han perdido sus hogares y por todos los que participan en las operaciones de socorro.

Saludo con afecto a todos ustedes, romanos y peregrinos de diversos países, en particular al grupo de cameruneses que viven en Roma, acompañados por el presidente de la Conferencia Episcopal de ese país, que, si Dios quiere, tendré la alegría de visitar en el mes de abril.

Doy la bienvenida a los fieles de la diócesis de Iași, en Rumanía; a los de Budimir cerca de Košice, en Eslovaquia; a los de Massachusetts, en Estados Unidos; y a la Cofradía del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, de Jaén, en España.

Saludo a los fieles de Nápoles, Torre del Greco y Afragola, de Caraglio y Valle Grana, de Comitini, Crotone, Silvi Marina y de la parroquia de San Luigi Gonzaga en Roma; así como a los jefes scouts del grupo “Val d’Illasi”, cerca de Verona, y a los jóvenes de Faenza que han re-

cibido la Confirmación.

¡A todos les deseo un buen domingo!

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS MIEMBROS DE LA FACULTAD TEOLÓGICA PUGLIESE Y A LOS MIEMBROS DEL INSTITUTO TEOLÓGICO DE CALABRIA

Sala Clementina, lunes 2 de marzo de 2026

Una navegación valiente para hacer juntos contra toda resignación

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos, ¡bienvenidos!

Me alegra encontrarme con ustedes esta mañana y compartir algunas reflexiones sobre el camino de formación que ofrecen sus respectivas instituciones, la Facultad Teológica de Apulia y el Instituto Teológico de Calabria.

Pensando en las dos regiones de las que proceden, bañadas por la belleza y la inmensidad del mar, me vienen a la mente las palabras que el Papa Francisco dirigió a la comunidad de escritores de *La Civiltà Cattolica*, que también pueden ser útiles para ustedes: «Permanezcan en mar abierto. El católico no debe tener miedo al mar abierto, no debe buscar el refugio de puertos seguros» (*Encuentro con los escritores de «La Civiltà Cattolica»*, 9 de febrero de 2017).

Esta actitud es muy necesaria, especialmente en los contextos en los que hoy se debe anunciar e incultural la fe. No se trata de adquirir nociones para cumplir con obligaciones académicas, sino de emprender una navegación valiente, una travesía en alta mar. Este viaje se mueve en una doble dirección: por un lado, es un camino para descender a las profundidades, escrutando los abismos del misterio de Dios y las diferentes dimensiones de la fe cristiana; por otro lado, es zarpar para air más allá, para escrutar otros horizontes y encontrar así nuevas formas y nuevos

lenguajes en los que anunciar el Evangelio en las diferentes situaciones de la historia.

Este es un punto importante que me gustaría reiterar: *la teología sirve para el anuncio del Evangelio*, por lo que es parte integrante y fundamental de la misión de la Iglesia. La formación teológica no es un destino para unos pocos especialistas, sino una llamada dirigida a todos, para que cada uno pueda profundizar en el misterio de la fe y recibir los instrumentos útiles para llevar adelante con pasión el «esfuerzo perseverante de mediación cultural y social del Evangelio» (Const. ap. *Veritatis gaudium*, Proemio, 3).

En esta perspectiva, deseo recordar el valioso camino de unidad que han iniciado en sus regiones, unificando también realidades, institutos e itinerarios formativos que antes procedían de forma autónoma. Se trata de una sinergia realmente importante: un auténtico paso histórico del que ustedes están siendo protagonistas, que promueve la comunión entre las diócesis, favorece la superación de antiguos localismos y, sobre todo, anima a un camino eclesial bajo el signo de la unidad y de la fraternidad. En este camino es posible construir un horizonte común de pensamiento y una convergencia sobre los desafíos pastorales y las exigencias de la evangelización.

He aquí, pues, la invitación: ¡*hacer teología juntos!* Una formación que sirva al anuncio del Evangelio solo es posible juntos, navegando «en mar abierto», pero no como navegantes solitarios. Y hacerlo, como decíamos, dejando su puerto seguro, yendo más allá de sus fronteras territoriales y eclesiales, en el encuentro y el confronto, en la escucha recíproca y en el diálogo, en esa comunión entre las Iglesias que conecta los recursos, las competencias y los carismas.

Haciendo teología juntos, los horizontes intelectuales, espirituales y pastorales se amplían y se mezclan, generando perspectivas comunes y un compromiso eclesial más encarnado en el territorio, ofreciéndoles la posibilidad de renovar los estilos y los lenguajes de la fe en el contexto real en el que se encuentran.

Haciendo teología juntos, descubrirán que son

un laboratorio que prepara a los futuros presbíteros y agentes pastorales para vivir las relaciones eclesiales al estilo sinodal, en el que los diferentes sujetos, ministerios y carismas eclesiales se complementan mutuamente superando cualquier cerrazón.

Por último, haciendo teología juntos, serán más capaces de acoger las preguntas y los retos del contexto social y cultural. De hecho, la riqueza de la historia de la que proceden y la religiosidad difundida de su pueblo no borran los numerosos problemas sociales, la crisis del trabajo, el fenómeno de la emigración y todas aquellas formas de opresión, esclavitud e injusticia que invocan una nueva conciencia y un compromiso audaz por parte de todos. La formación teológica contribuye a generar un pensamiento crítico y profético, representando una inversión cultural para el futuro capaz de desactivar las lógicas de la resignación y la indiferencia.

Los animo a llevar adelante este proyecto con entusiasmo, con determinación y sin dejarse seducir por la tentación de dar marcha atrás. Los invito a soñar con una comunidad académica en la que los candidatos al ministerio ordenado, los consagrados y las consagradas, los laicos y las laicas se formen juntos y ayuden a las comunidades cristianas a convertirse en signo del Evangelio y en obras en construcción de esperanza. Gracias, queridos amigos, por su compromiso, por su generoso servicio, por la paciencia y la laboriosidad con la que están construyendo este mosaico de unidad y comunión: esto nos ayuda a habitar el mundo entre la fidelidad y la creatividad, la tradición y la novedad, la unidad y la diversidad, siempre atentos a lo que, también hoy, el Espíritu del Señor quiere decir a la Iglesia.

Que San Francisco de Paula y María Santísima *Regina Apuliae* los guarden e intercedan por ustedes. ¡Gracias!

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro. Miércoles, 4 de marzo de 2026

Cristo habita la Iglesia a través de la fragilidad de los hombres

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Hoy seguimos profundizando en la Constitución conciliar *Lumen gentium*, constitución dogmática sobre la Iglesia.

En el primer capítulo, en el que se procura principalmente responder a la pregunta sobre qué es la Iglesia, ésta es descrita como «una realidad compleja» (n. 8). Ahora nos preguntamos: ¿en qué consiste tal complejidad? Alguien podría responder que la Iglesia es compleja en cuanto que es “complicada” y, por tanto, difícil de explicar; algún otro podría pensar que su complejidad deriva del hecho de que es una institución que cuenta con dos mil años de historia y con características diversas respecto a cualquier otra agrupación social o religiosa. Sin embargo, en latín la palabra “compleja” indica más bien la unión ordenada de aspectos o dimensiones diversos dentro de una misma realidad. Por eso, la *Lumen gentium* puede afirmar que la Iglesia es un organismo bien compaginado, en el que conviven la dimensión humana y la divina sin separación y sin confusión.

La primera dimensión se percibe inmediatamente, ya que la Iglesia es una comunidad de hombres y mujeres, con sus virtudes y sus defectos, que comparten la alegría y el esfuerzo de ser cristianos que anuncian el Evangelio y se hacen signo de la presencia de Cristo que nos acompaña en el camino de la vida. Pero este aspecto -que se manifiesta asimismo en la organización institucional- no basta para describir la verdadera naturaleza de la Iglesia, porque ésta posee también una dimensión divina. Esta última no consiste en una perfección ideal o en una superioridad espiritual de sus miembros, sino en el hecho de que la Iglesia es fruto del plan de amor de Dios por la humanidad, realizado en Cristo. Por eso, la Iglesia es al mismo tiempo comunidad terrena y cuerpo místico de Cristo, asamblea visible y misterio espiritual, realidad

presente en la historia y pueblo que peregrina hacia el cielo (*LG*, 8; *CCC*, 771).

La dimensión humana y la divina se integran armoniosamente, sin que la una se superponga a la otra; así, la Iglesia vive en esta paradoja: es una realidad a la vez humana y divina, que acoge al hombre pecador y lo conduce a Dios.

Para iluminar dicha condición eclesial, la *Lumen Gentium* remite a la vida de Cristo. Efectivamente, quien se encontraba con Jesús por los caminos de Palestina experimentaba su humanidad, percibía sus ojos, sus manos, el sonido de su voz. Quien decidía seguirlo se sentía impulsado precisamente por la experiencia de su mirada acogedora, por el toque de sus manos que bendecían, por sus palabras de liberación y sanación. Pero, al mismo tiempo, siguiendo a aquel Hombre, los discípulos se abrían al encuentro con Dios. En efecto, la carne de Cristo, su rostro, sus gestos y sus palabras manifiestan de modo visible al Dios invisible.

A la luz de la realidad de Jesús, podemos ahora retornar a la Iglesia: cuando la miramos de cerca, descubrimos en ella una dimensión humana hecha de personas concretas que unas veces manifiestan la belleza del Evangelio y otras veces se cansan y se equivocan, como todos. Sin embargo, precisamente a través de sus miembros y sus limitados aspectos terrenos, se manifiestan la presencia de Cristo y su acción salvadora. Como decía Benedicto XVI, no existe oposición entre el Evangelio y la institución, es más, las estructuras de la Iglesia sirven precisamente para la «realización y concreción del Evangelio en nuestro tiempo» (*Discurso a los Obispos de Suiza*, 9 de noviembre de 2006). No existe una Iglesia ideal y pura, separada de la tierra, sino solamente la única Iglesia de Cristo, encarnada en la historia.

En esto consiste la santidad de la Iglesia: en el hecho de que Cristo la habita y sigue donándose a través de la pequeñez y la fragilidad de sus miembros. Contemplando este perenne milagro que sucede en ella, comprendemos el “método de Dios”: Él se hace visible en la debilidad de las criaturas, manifestándose y actuando. Por

eso, el Papa Francisco, en la *Evangelii gaudium*, exhorta a todos a que aprendan a «quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro» (cf. *Ex* 3,5, n. 169). Esto nos permite seguir edificando la Iglesia aún hoy en día: no solamente organizando sus formas visibles, sino también construyendo ese edificio espiritual que es el cuerpo de Cristo, mediante la comunión y la caridad entre nosotros.

La caridad, en efecto, genera constantemente la presencia del Resucitado. «Quiera el cielo -decía san Agustín- que todos piensen solo en la caridad: solamente ella vence todo, y sin ella de nada vale todo lo demás; dondequiera que se halle, atrae todo hacia sí» (*Serm.* 354,6,6).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. En este tiempo de Cuaresma, pidamos al Señor que nos ayude a seguir edificando la Iglesia en la vivencia ordinaria de nuestra fe, expresada de manera particular a través de la oración, el ayuno y la caridad. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 8 de marzo de 2026

Espacio al diálogo y a la voz de los pueblos

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El diálogo entre Jesús y la mujer samaritana, la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro, desde los primeros siglos de la historia de la Iglesia, iluminan el camino de quienes, en Pascua, recibirán el Bautismo e iniciarán una vida nueva. Estas grandes páginas del Evangelio, que comenzamos a leer desde este domingo, se ofrecen a los catecúmenos, pero al mismo tiempo son escuchadas nuevamente por toda la comunidad, porque ayudan a convertirse en cristianos o, si ya lo somos, a serlo con mayor autenticidad y alegría.

Jesús, en efecto, es la respuesta de Dios a nuestra sed. El encuentro con Él, como le sugiere a

la Samaritana, activa en lo profundo de cada uno un «manantial que brotará hasta la Vida eterna» (*Jn* 4,14). ¡Cuántas personas, en todo el mundo, buscan todavía hoy esta fuente espiritual! «A veces me es accesible –escribía la joven Etty Hillesum en su diario–. Pero a menudo hay piedras y escombros taponando ese pozo y entonces Dios está enterrado. Hay que desenterrarlo de nuevo». [1] Queridos hermanos, no hay energía mejor empleada que la que dedicamos a liberar el corazón. Por eso, la Cuaresma es un don: entramos en la tercera semana y ya podemos intensificar el camino.

En el Evangelio también está escrito que «llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos al ver [a Jesús] hablar con una mujer». (*Jn* 4,27). Les cuesta tanto apropiarse de la misión, que el Maestro tiene que provocarlos: «Ustedes dicen que aún faltan cuatro meses para la cosecha. Pero yo les digo: Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega» (*Jn* 4,35). El Señor también dice a su Iglesia: “Levanta los ojos y reconoce las sorpresas de Dios”. En los campos, cuatro meses antes de la cosecha, casi no se ve nada. Pero allí donde nosotros no vemos nada, la gracia ya está actuando y los frutos están listos para ser recogidos. La mies es mucha; quizá son pocos los obreros, porque están distraídos con otras actividades. Jesús, en cambio, está atento. Aquella mujer samaritana, según las costumbres, simplemente habría tenido que ser ignorada; sin embargo, Jesús le habla, la escucha, le da confianza sin segundas intenciones y sin desprecio.

¡Cuántas personas buscan en la Iglesia esa misma delicadeza, esa disponibilidad! Y qué hermoso es cuando perdemos la noción del tiempo para prestar atención a quien encontramos, tal como es. Jesús incluso olvidaba comer, porque lo alimentaba la voluntad de Dios de llegar al corazón de todos (cf. *Jn* 4,34). De ese modo, la Samaritana se convierte en la primera de muchas evangelizadoras. Desde su aldea de despreciados y marginados, muchos, gracias a su testimonio, salen al encuentro de Jesús, y también en ellos la fe brota como agua pura.

Hermanas y hermanos, pidamos hoy a María, Madre de la Iglesia, poder servir, con Jesús y como Jesús, a la humanidad sedienta de verdad y de justicia. No es tiempo de oposiciones entre un templo y otro, entre “nosotros” y “los otros”; los adoradores que Dios busca son hombres y mujeres de paz, que lo adoran en Espíritu y en verdad (cf. *Jn* 4,23-24).

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Desde Irán y desde todo el Medio Oriente continúan llegando noticias que suscitan profunda consternación. A los episodios de violencia y devastación, y al difundido clima de odio y miedo, se añade el temor de que el conflicto se amplíe y que otros países de la región, entre ellos el querido Líbano, puedan volver a caer en la inestabilidad.

Elevamos nuestro humilde ruego al Señor para que cese el estruendo de las bombas, callen las armas y se abra un espacio de diálogo en el que se puedan escuchar las voces de los pueblos. Confío esta intención a María, Reina de la paz, para que interceda por cuantos sufren a causa de la guerra y acompañe los corazones a través de senderos de reconciliación y de esperanza.

Hoy, 8 de marzo, se celebra el día de la mujer. Renovemos el compromiso –que para nosotros los cristianos se basa en el Evangelio– de reconocer la igual dignidad del hombre y de la mujer. Lamentablemente muchas mujeres, desde la infancia, siguen siendo discriminadas y sufren diversas formas de violencia. A ellas, de modo especial, van mi solidaridad y mi oración.

Doy la bienvenida a los estudiantes provenientes de College Station, Texas; de Kansas City, Misuri; de Fort Wayne, Indiana, en los Estados Unidos de América y de Jerez y Cádiz, en España; así como a los grupos de peregrinos del Perú, Panamá, Honduras, México y Chile.

Saludo a los fieles de Brescia, Castrolibero, Gravina de Apulia, Perugia y de las parroquias de San Clemente Papa y de San Pío de Pietrelcina, en Roma.

Saludo a la comunidad “Casa de María” de Roma, al grupo de confirmación de la diócesis de

Orvieto-Todi, a los jóvenes de Mantua y al equipo de rugby de Rovigo.

Les deseo a todos un feliz domingo.

[1] Etty Hillesum, *Una vida conmocionada: Diario 1941-1943*, Barcelona 2007, 41.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA
PARROQUIA “SANTA MARÍA DE LA
PRESENTACIÓN”, ROMA

III domingo de Cuaresma, 8 de marzo de 2026

La tarea, urgente y liberadora, de mostrar la cercanía de Jesús,

¡Queridos hermanos y hermanas!

Me alegra estar con ustedes en este tercer domingo de Cuaresma. Es una etapa importante en nuestro seguimiento de Jesús, hasta su Pascua de pasión, muerte y resurrección.

En este itinerario se entrelazan profundamente la cercanía de Dios y nuestra vida de fe: renovando en cada uno la gracia del Bautismo, el Señor nos llama a convertirnos, precisamente mientras purifica nuestro corazón con su amor y con las obras de caridad que nos propone realizar. A este respecto, el encuentro entre Jesús y la mujer samaritana nos involucra con gran intensidad. El Evangelio de hoy, de hecho, además de hablarnos, habla de nosotros y nos ayuda a revisar nuestra relación con Dios.

La sed de vida y de amor de la samaritana es nuestra sed: la de la Iglesia y de toda la humanidad, herida por el pecado, pero aún más íntimamente habitada por el deseo de Dios. Lo buscamos como el agua, incluso cuando no nos damos cuenta, cada vez que nos preguntamos el sentido de los acontecimientos, cada vez que sentimos cuánto nos falta el bien que queremos para nosotros y para quienes nos rodean.

En esta búsqueda, nos encontramos con Jesús. Él ya está allí, junto al pozo, donde la samaritana lo encuentra solo, bajo el sol del mediodía, cansado del viaje. La mujer va al pozo a esa hora inusual, tal vez para evitar las miradas cargadas de prejuicios de las otras mujeres. Jesús lee

en su corazón el motivo de esta marginación: sus matrimonios fallidos y su actual convivencia la hacen indigna acompañarse a las hijas, esposas y madres del pueblo. Sin embargo, Jesús se sienta junto al pozo como esperándola. Este sorprendente encuentro es una de las formas en que, como le gustaba repetir al papa Francisco, Cristo revela al Dios de las sorpresas: las más hermosas, las que cambian la vida, dondequiera que la encuentren y sea cual sea la forma en que se presente ante el Señor.

Este hombre ama a la samaritana como nadie lo había hecho antes. Mientras ella buscaba el agua de cada día, Él quiere darle una nueva, viva, capaz de saciar toda sed y calmar toda inquietud, porque esta agua brota del corazón de Dios, plenitud inagotable de toda espera.

La iniciativa de Jesús inaugura así la búsqueda de un bien mayor que el agua misma: «Si conocieras el don de Dios», le dice el Señor a la mujer. No se trata de una reprimenda, sino de una promesa: «Estoy aquí para darte a conocer a Dios, que se entrega como don para ti». Sí, precisamente para ti, que no lo conocías, que te considerabas lejana y condenada. Este don te transformará: te convertirás tú misma en fuente que brota para la vida eterna. A cambio de la sed anterior, llena de amargura y aridez espiritual, el Hijo de Dios ofrece como don una vida renovada por el agua que brota de la misericordia del Padre. Todo se transforma en el encuentro con el Señor: la mujer sedienta se convierte en fuente, la excluida se convierte en confidente. La mujer llena de vergüenza ahora está llena de alegría; la que permanecía en silencio en el pueblo se convierte en misionera para todos sus habitantes.

Nunca hubiera imaginado que precisamente ella, tan desorientada y derrotada por la vida, podría un día saborear el agua fresca, puro don de Dios, convirtiéndose a su vez en un don para los demás. ¿Cómo sucede esto? Al encontrarse con Jesús, al dialogar con Él, Verbo vivo de Dios hecho hombre para nuestra salvación.

El relato evangélico muestra con precisión el camino de crecimiento de la mujer, que poco a

poco reconoce las características fundamentales de la identidad de Jesús: hombre, profeta, Mesías y Salvador. Al estar junto a Él y disfrutar de su compañía, la samaritana se convierte a su vez en fuente de verdad. El agua nueva del don de Dios ha comenzado a brotar en su corazón, y ella se siente inmediatamente impulsada a correr de regreso a su pueblo, finalmente libre de la vergüenza y deseosa de dar a conocer a todos a su Libertador, Jesús, Aquel que ha permitido toda esa maravilla. Corre precisamente hacia quienes antes la condenaban, mientras que Dios la ha perdonado, y cuenta, anuncia, da testimonio. La necesidad de agua, que la había empujado a ir al pozo, da ahora paso al deseo de comunicar la novedad abrumadora que la ha transformado.

Queridos hermanos, con el Bautismo todos hemos recibido la gracia de un agua nueva, que lava toda culpa y sacia toda sed. Al igual que a la mujer samaritana, así también hoy, en Cuaresma, se nos da un tiempo para redescubrir el don de este Sacramento que, como una puerta, nos ha introducido en la fe y en la vida cristiana. Como buen Pastor y solícito, el Señor nos espera y nos acompaña siempre, allí donde vivimos y tal como somos. Cura con misericordia nuestras heridas y se entrega a nosotros, haciéndonos capaces de convertirnos a nuestra vez en un don para nuestros hermanos.

Sé bien que su comunidad parroquial habita un territorio con diversos desafíos. No faltan situaciones de marginación que preocupan, pobreza material y moral. También los adolescentes y los jóvenes corren el riesgo de crecer engañados por vendedores de muerte o desilusionados con el futuro. Muchos esperan una casa, un trabajo que les asegure una vida digna, ambientes seguros donde poder encontrarse, jugar, proyectar juntos algo hermoso.

Como en el pozo del Evangelio, a esta parroquia llegan hombres y mujeres heridos en el alma, ofendidos en su dignidad y sedientos de esperanza. A ustedes les corresponde la tarea, urgente y liberadora, de mostrar la cercanía de Jesús, su voluntad de redimir nuestra existencia

de los males que la amenazan con una propuesta de vida justa, verdadera y plena. Partiendo de la Eucaristía, corazón palpitante de toda comunidad cristiana, los animo a hacer que las actividades parroquiales sean signo de una Iglesia que, como una madre, cuida de sus hijos, sin condenarlos, sino acogéndolos, escuchándolos y apoyándolos ante el peligro. Que la palabra del Evangelio, que brota en nosotros como fuente de verdad, ayude a cada uno a abrir los ojos para saber evaluar con sabiduría lo que es bueno y lo que es malo, formando así conciencias libres y adultas.

Queridos hermanos y hermanas, ¡sigan adelante con confianza! En cada situación, el Señor camina con nosotros y nos sostiene en el camino. Que la Santísima Virgen acompañe siempre sus pasos en la fe y les conceda la alegría de ser anunciadores humildes y valientes de su Evangelio.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro, miércoles 11 de marzo de 2026

Entre conflictos y guerras la Iglesia es profecía de unidad y esperanza

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos

Continuando en la reflexión sobre la Constitución dogmática *Lumen gentium* (LG) hoy nos detenemos en el segundo capítulo, dedicado al Pueblo de Dios.

Dios, que creó el mundo y la humanidad y que desea salvar a todos los hombres, lleva a cabo su obra de salvación en la historia eligiendo un pueblo concreto y habitando en él. Por eso, Él llama a Abraham y le promete una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y como la arena del mar (cf. *Gen* 22,17-18). Con los hijos de Abraham, después de haberlos liberado de la condición de esclavitud, Dios establece una alianza, los acompaña, los cuida y los recoge ca-

da vez que se pierden. Por ello, la identidad de este pueblo viene dada por la acción de Dios y por la fe en Él. Está llamado a convertirse en luz para las demás naciones, como un faro que atraerá a todos los pueblos, a toda la humanidad (cf. *Is* 2,1-5).

El Concilio afirma que «todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne» (LG, 9). Es, de hecho, Cristo el que, en el don de su Cuerpo de su Sangre reúne en sí mismo y de manera definitiva a este pueblo. Este está compuesto ya por personas procedentes de cualquier nación; está unificado por la fe en Él, por la adhesión a Él, por vivir su misma vida animados por el Espíritu del Resucitado. Esta es la Iglesia: el pueblo de Dios que toma su propia existencia del cuerpo de Cristo [1] y que es él mismo el cuerpo de Cristo; [2] no un pueblo como los demás, sino el pueblo de Dios, convocado por Él y hecho de mujeres y hombres procedentes de todos los pueblos de la Tierra. Su principio unificador no es una lengua, una cultura, una etnia, sino la fe en Cristo: la Iglesia es, por lo tanto, – según una espléndida expresión del Concilio – «una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz» (LG, 9).

Se trata de un pueblo mesiánico, precisamente porque tiene como cabeza a Cristo, el Mesías. Quienes forman parte de él no presumen de méritos ni títulos, sino solo del don de ser, en Cristo o por medio de Él, hijas e hijos de Dios. Antes de cualquier tarea o función, por lo tanto, lo que cuenta realmente en la Iglesia es estar injertados en Cristo, ser por gracia hijos de Dios. Este es también el único título honorífico que deberíamos buscar como cristianos. Estamos en la Iglesia para recibir incesantemente la vida del Padre y para vivir como sus hijos y hermanos entre nosotros. En consecuencia, la ley que anima las relaciones en la Iglesia es el amor, así como lo recibimos y lo experimentamos en Jesús;

y su meta es el Reino de Dios, hacia el cual camina junto a toda la humanidad.

Unificada en Cristo, Señor y Salvador de todos los hombres y las mujeres, la Iglesia no puede nunca estar replegada en sí misma, sino que está abierta a todos y es para todos. Si pertenecen a ella los creyentes en Cristo, el Concilio nos recuerda que «todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos» (LG, 13).

Incluso quienes no han recibido todavía el Evangelio están, de alguna manera, orientados al pueblo de Dios y la Iglesia, cooperando a la misión de Cristo, está llamada a difundir el Evangelio en todas partes y a todos (cf. LG, 17), para que cada uno pueda entrar en contacto con Cristo. Esto significa que en la Iglesia hay y debe haber sitio para todos, y que cada cristiano está llamado a anunciar el Evangelio y a dar testimonio en todos los ambientes en los que vive y obra. Así es como este pueblo muestra su catolicidad, acogiendo las riquezas y los recursos de las diversas culturas y, al mismo tiempo, ofreciéndoles la novedad del Evangelio para purificarlas y elevarlas (cf. LG, 13).

En este sentido, la Iglesia es una, pero incluye a todos. Así la ha descrito un gran teólogo: «Arca única de la Salvación, debe acoger en su amplia nave todas las diversidades humanas. Única sala del Banquete, los manjares que distribuye proceden de toda la creación. Vestimenta sin costuras de Cristo, es también – y es lo mismo – la vestimenta de José, de muchos colores». [3]

Es un gran signo de esperanza – sobre todo en nuestros días, atravesados por tantos conflictos y guerras – saber que la Iglesia es un pueblo en el que conviven, en la fuerza de la fe, mujeres y hombres de distinta nacionalidad, lengua o cultura: es un signo puesto en el corazón mismo de la humanidad, llamada y profecía de esa unidad y de esa paz a la que Dios Padre llama a

todos sus hijos.

[1] Cf. J. Ratzinger, *Il nuovo popolo di Dio*, Brescia 1992, 97.

[2] Cf. Y. M.-J. Congar, *Un popolo messianico*, Brescia 1976, 75.

[3] Cf. H. de Lubac, *Cattolicesimo. Aspetti sociali del dogma*, Milán 1992, 222.

Llamamiento

Hoy se celebra en Qlayaa, Líbano, el funeral del Padre Pierre El Raii, párroco maronita de uno de los pueblos cristianos en el sur del Líbano que estos días están viviendo, una vez más, el drama de la guerra. Estoy cerca de todo el pueblo libanés, en este momento de grave prueba.

En árabe “El Raii” significa “el Pastor”. El Padre Pierre fue un auténtico pastor, que permaneció siempre junto a su pueblo, con el amor y el sacrificio de Jesús, el Buen Pastor. En cuanto se enteró de que algunos feligreses habían resultado heridos en un bombardeo, sin pensarlo corrió a ayudarlos.

Que el Señor quiera que su sangre derramada sea semilla de paz para el amado Líbano.

Queridos hermanos y hermanas, continuemos rezando por la paz en Irán y en todo Oriente Medio, en particular por las numerosas víctimas civiles, entre las que hay muchos niños inocentes. Que nuestra oración pueda ser consuelo para los que sufren y semilla de esperanza para el futuro.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a la Santísima Virgen María que no nos cansemos de orar, esperar y trabajar, dispuestos a la purificación y a la renovación interior, a fin de que la luz de Cristo resplandezca siempre en el Pueblo de Dios. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO “CÁTEDRA DE
LA ACOGIDA”

Sala Clementina, 12 de marzo de 2026

Presencia y custodia para responder a las preguntas y las inquietudes de los jóvenes

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Excelencias, queridos hermanos y hermanas:

Me complace encontrarme con ustedes y compartir algunas reflexiones sobre el tema que están abordando como «Cátedra de la Acogida», nacida de la experiencia espiritual de la Asociación *Fraterna Domus* con el apoyo concreto de otras realidades eclesiales y sociales.

Sus jornadas están animadas por la conciencia de que la vocación cristiana está orientada a generar comunión entre las personas, y la comunión nace de la capacidad de acoger a los demás, ofreciéndoles escucha, hospitalidad y asistencia. Una posible etimología de la palabra «acoger» —centro de toda su actividad— se remonta al latín *accipere*, que significa «recibir», «tomar consigo».

En el centro de toda acogida auténtica hay, de hecho, una relación que nace de la gracia de un encuentro. Experimentamos muchos tipos de encuentro y, por lo tanto, de acogida: el encuentro con las personas que nos aman, con los familiares, con los compañeros de trabajo, e incluso con personas desconocidas, a veces hostiles. Cuando un encuentro es verdadero, a partir de la experiencia personal puede transformarse y, progresivamente, llegar a involucrar a los demás, dando vida a una experiencia comunitaria.

Precisamente en esta dinámica de encuentro se inscribe su decisión de dedicar la cuarta edición de la «Cátedra» a los jóvenes. En una época marcada por profundas transformaciones culturales y sociales, los jóvenes, que son naturalmente el futuro de la sociedad y de la Iglesia, constituyen en realidad ya su presente vivo y generativo. Sus preguntas y sus inquietudes, de hecho, nos invitan a renovar el estilo de nuestras relaciones. Acoger a los jóvenes significa,

ante todo, escuchar sus voces, cruzar sus miradas y reconocer que, en sus vidas y en sus lenguajes, el Espíritu sigue actuando y sugiriéndonos caminos renovados de presencia y custodia.

Me gustaría detenerme precisamente en estas dos palabras —*presencia* y *custodia*—, que contribuyen a iluminar el sentido cristiano de la acogida.

Cada uno de nosotros, desde el primer instante de vida, crece en una realidad social. La familia, la parroquia, la escuela, la universidad, el trabajo representan modelos de sociedad en los que se entrelazan diferentes dimensiones: psicológica, jurídica, moral, pedagógica, cultural. Son espacios de elección identitaria cuya tarea principal está definida precisamente por la presencia. Estar presente en la vida de los demás significa compartir tiempo, experiencias, significados, ofreciendo puntos de referencia estables en los que los demás puedan reconocerse y crecer.

Mirando a la Sagrada Familia de Nazaret —en cuyo modelo se inspira la *Fraterna Domus*—, cada comunidad acogedora puede redescubrir su vocación y aprender a orientarse en el camino del servicio. El episodio evangélico de María y José que pierden a Jesús y, angustiados, lo encuentran después de tres días en el Templo (cf. *Lc* 2, 39-52) nos enseña que la presencia del otro no es un automatismo, sino el resultado de una búsqueda constante. Nos ha pasado a cada uno de nosotros perder a alguien o algo a lo que estábamos muy unidos. En ese momento nos dimos cuenta de lo valiosa que era esa presencia.

Lo mismo ocurre en la vida de fe: damos por sentada la presencia de Jesús en nuestra existencia, hasta que de repente parece que ya no está donde lo dejamos. Sentimos una sensación de desorientación. En realidad, no es Él quien se ha perdido, sino nosotros quienes nos hemos alejado. Cuando esto ocurre, estamos llamados a buscarlo con confianza, con el valor de recorrer caminos inexplorados, mirando el mundo con ojos nuevos, llenos de esperanza. De este modo, se dejará de buscar un Dios a propia me-

dida para encontrarlo donde Él habita. Buscar a Jesús significa, por tanto, pasar de la seguridad de nuestras convicciones a la responsabilidad del encuentro, aprendiendo a ver y a acoger la presencia de Dios que siempre está «más allá».

Es precisamente lo que hizo San José al custodiar la familia que le había sido confiada por el Señor. En él reconocemos que acoger, además de presencia, es también custodia. Custodiar significa estar al lado del otro con atención, respetar sus elecciones y cuidar de él. Esta actitud pertenece ante todo a Dios, a quien la Biblia muestra como el guardián de su pueblo. Recordemos el salmo que dice:

«No duerme ni dormita el guardián de Israel. El Señor es tu guardián» (*Sal* 121,4-5). Desde esta perspectiva, comprendemos que también la familia humana está llamada a preservar lo que se le ha confiado: las relaciones, la creación, la vida de las hermanas y los hermanos, sobre todo de los que sufren y son más frágiles. Así, José nos muestra que la presencia y la custodia son dimensiones inseparables: no se cuida sin estar presente, y no se está presente sin asumir la responsabilidad del otro.

Estas dos palabras pueden representar dos lámparas en su camino hacia una acogida capaz de abrir caminos de santidad, en una perspectiva nunca autorreferencial, siempre relacional y fraterna, como nos recuerda la encíclica *Fratelli tutti*, donde afirma: «Sólo una cultura social y política que incorpore la acogida gratuita podrá tener futuro» (n. 141) para las nuevas generaciones.

Queridísimos, les agradezco su compromiso silencioso y discreto. Los animo a ser educadores y educadoras de la acogida. Cultiven el carisma de la acogida escuchando al Espíritu Santo, cuyo fruto, nos dice San Pablo, «es amor, alegría, paz, magnanimidad, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí mismo» (*Gal* 5,22). Así podrán seguir generando juntos ambientes capaces de promover el bien y la fraternidad en la comunidad cristiana y en la sociedad. Que María Santísima y San José los

custodien e intercedan por ustedes. Los bendigo de corazón. ¡Gracias!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo 15 de marzo de 2026

Se abran caminos de diálogo para detener la terrible violencia de la guerra

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de este cuarto domingo de Cuaresma nos relata la curación de un hombre ciego de nacimiento (cf. *Jn* 9,1-41). Por medio de la simbología de este episodio, el evangelista Juan nos habla del misterio de la salvación: mientras estábamos en la oscuridad, mientras la humanidad caminaba en las tinieblas (cf. *Is* 9,1), Dios envió a su Hijo como luz del mundo, para abrir los ojos de los ciegos e iluminar nuestra vida. Los profetas habían anunciado que el Mesías abriría los ojos de los ciegos (cf. *Is* 29,18; 35,5; *Sal* 146,8). Jesús mismo acredita su misión mostrando que «los ciegos ven» (*Mt* 11,4); y se presenta diciendo: «Yo soy la luz del mundo» (*Jn* 8,12). En efecto, podemos decir que todos nosotros somos “ciegos de nacimiento”, porque solos no podemos ver en profundidad el misterio de la vida. Por eso Dios se hizo carne en Jesús, para que el barro de nuestra humanidad, amasado con el aliento de su gracia, pudiera recibir una luz nueva, que nos hace capaces de ver finalmente a Dios, a los demás y a nosotros mismos en la verdad.

Llama la atención el hecho de que durante siglos se haya difundido la opinión, presente aún hoy, según la cual la fe sería una especie de “salto en la oscuridad”, una renuncia a pensar, por lo que tener fe significaría creer “ciegamente”. El Evangelio, en cambio, nos dice que en contacto con Cristo los ojos se abren, hasta el punto de que las autoridades religiosas piden con insistencia al ciego sanado: «¿Cómo se te han abierto los ojos?» (*Jn* 9,10); y también:

«¿Cómo te abrió los ojos?» (v. 26).

Hermanos y hermanas, también nosotros, sanados por el amor de Cristo, estamos llamados a vivir un cristianismo “de ojos abiertos”. La fe no es un acto ciego, un renunciar a la razón, una disposición de cierta convicción religiosa que nos lleva a alejar la mirada del mundo. Por el contrario, la fe nos ayuda a mirar «desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver» (Carta enc. *Lumen fidei*, 18) y, por eso, nos pide que “abramos los ojos”, como hacía Él, sobre todo a los sufrimientos de los demás y a las heridas del mundo.

Hoy, en particular, frente a las numerosas preguntas del corazón humano y a las dramáticas situaciones de injusticia, violencia y sufrimiento que marcan nuestro tiempo, es necesaria una fe despierta, atenta y profética, que abra los ojos ante las oscuridades del mundo y lleve allí la luz del Evangelio por medio de un compromiso de paz, de justicia y de solidaridad.

Pidamos a la Virgen María que interceda por nosotros, para que la luz de Cristo abra los ojos de nuestro corazón y podamos dar testimonio de Él con sencillez y valentía.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace dos semanas, los pueblos de Oriente Medio sufren la terrible violencia de la guerra. Miles de personas inocentes han perdido la vida y muchas otras se han visto obligadas a abandonar sus hogares. Reitero mi cercanía en la oración a todos aquellos que han perdido a sus seres queridos en los ataques que han golpeado escuelas, hospitales y zonas pobladas.

La situación en el Líbano es motivo de gran preocupación. Espero que se abran caminos de diálogo que puedan ayudar a las autoridades del país a implementar soluciones duraderas a la grave crisis actual, para el bien común de todos los libaneses.

En nombre de los cristianos de Oriente Medio y de todas las mujeres y hombres de buena voluntad, me dirijo a los responsables de este conflicto: ¡cesen las hostilidades! ¡Que se reanuden

caminos de diálogo! La violencia nunca podrá llevar a la justicia, la estabilidad y la paz que los pueblos esperan.

Les doy la bienvenida a todos los que se encuentran hoy en la Plaza de San Pedro.

Saludo a los fieles venidos de Valencia y Barcelona, en España, así como a los de Palermo.

Doy la bienvenida con alegría a varios grupos de jóvenes que se preparan para recibir el sacramento de la Confirmación: de Berceto, diócesis de Parma; de Tuto, diócesis de Florencia; de Torre Maina y Gorzano, diócesis de Módena-Nonantola. Saludo también a los jóvenes de la parroquia de San Gregorio Magno, en Roma, y a los jóvenes de Capriano del Colle y Azzano Mella, de la diócesis de Brescia.

Les deseo un feliz domingo a todos.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV PARA LA COMISIÓN PONTIFICIA PARA LA PROTECCIÓN DE MENORES

Sala del Consistorio, lunes 16 de marzo de 2026

La prevención de los abusos no es una tarea opcional sino una misión de la Iglesia

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Sean bienvenidos, queridos hermanos y hermanas:

Me complace saludarlos a todos en este día, mientras se reúnen para su Asamblea Plenaria. Agradezco al nuevo Presidente –todavía nuevo– S.E. Mons. Thibault Verny, presidente de la **Comisión**, por su liderazgo y dedicación. Y agradezco al secretario, S.E. Mons. Luis Manuel Alí Herrera, por su ferviente servicio, así como a la secretaria adjunta, la Dra. Teresa Morris Kettelkamp, por sus valiosas contribuciones al trabajo de la Comisión. Asimismo, expreso mi gratitud a todos ustedes, miembros y colaboradores, por su servicio a la Iglesia protegiendo a los niños, adolescentes y personas en situaciones de

vulnerabilidad. Es un servicio exigente, a veces silencioso y a menudo oneroso, pero esencial para la vida de la Iglesia y para la construcción de una auténtica cultura del cuidado.

Mi predecesor, el Papa Francisco, de venerada memoria, quiso situar permanentemente el servicio de ustedes al interno de la Curia Romana para recordar a toda la Iglesia que la prevención de los abusos no es una tarea opcional, sino una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia. Desde mi elección, me ha animado mucho el diálogo que ustedes han fomentado con la Sección Disciplinaria del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, porque, de este modo, están logrando el objetivo deseado: que la prevención —una de las responsabilidades de ustedes— y la vigilancia disciplinaria ejercida por ese Dicasterio, se unan de manera verdaderamente sinérgica y eficaz.

La misión de ustedes es ayudar a garantizar que se prevenga el abuso. Sin embargo, la prevención nunca es solamente un conjunto de protocolos o procedimientos. Se trata de ayudar a formar, en toda la Iglesia, una cultura del cuidado, en la que la protección de los menores y las personas en situaciones de vulnerabilidad no se considere una obligación impuesta desde fuera, sino una expresión natural de la fe. Por lo tanto, exige un proceso de conversión en el que los sufrimientos de los demás sean escuchados y nos muevan a actuar. En este sentido, las experiencias de las víctimas y de los sobrevivientes son puntos de referencia esenciales. Aunque ciertamente son dolorosas y difíciles de escuchar, estas experiencias sacan poderosamente a la luz la verdad y nos enseñan humildad mientras nos esforzamos por ayudar a las víctimas y a los sobrevivientes. Al mismo tiempo, es precisamente mediante el reconocimiento del dolor que se ha causado como se abre un camino creíble de esperanza y renovación.

Otro elemento importante de su servicio es la incorporación de un enfoque multidisciplinario y sistemático. Como parte de la Curia Romana, dentro del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, ustedes tienen un papel claro que los sitúa en

diálogo con los Dicasterios y otras instituciones que ejercen su responsabilidad en los distintos ámbitos relacionados con la protección. Espero que sigan logrando una cooperación aún mayor con ellos, de modo que ellos enriquezcan con sus conocimientos el trabajo que ustedes hacen. Al mismo tiempo, ellos también pueden enriquecerse con la experiencia que la Comisión ha adquirido en estos once años de servicio, particularmente a través de la escucha atenta y sincera que ustedes ofrecen a las víctimas, a los sobrevivientes y a sus familias. En este sentido, el Informe Anual de la Comisión es una herramienta de gran importancia. Este representa un ejercicio de verdad y responsabilidad, así como de esperanza y de prudencia, que deben ir de la mano por el bien de la Iglesia. La esperanza nos impide caer en el desánimo; la prudencia nos preserva de la improvisación y de la superficialidad a la hora de abordar la prevención del abuso.

Los ordinarios y los superiores mayores también tienen una responsabilidad propia que no puede delegarse. Escuchar a las víctimas y acompañarlas debe hallar una expresión concreta en cada institución y comunidad eclesial. Los animo a que sigan siendo un instrumento para ellas, de modo que ninguna comunidad dentro de la Iglesia se sienta sola en esta tarea. De hecho, la ayuda que ustedes ofrecen a través de la iniciativa *Memorare* es invaluable. Apoyar a las iglesias locales, especialmente allí donde faltan recursos o experiencia, significa dar una expresión concreta a la solidaridad eclesial. Espero recibir información adicional en su tercer Informe Anual sobre los alentadores progresos ya realizados, así como sobre las áreas en las que aún se requiere un mayor desarrollo.

El compromiso de la Comisión con la Iglesia a todos los niveles, con las víctimas, los sobrevivientes y sus familias, así como con los colaboradores de la sociedad civil, los ha impulsado a profundizar su estudio en dos áreas de protección que están experimentando un rápido desarrollo: el concepto de vulnerabilidad en relación con el abuso y la prevención del abuso de me-

nores facilitado por la tecnología en el espacio digital. Al leer estos “signos de los tiempos”, ayudan a la Iglesia a afrontar con valentía los retos de la protección y a responder con claridad pastoral y renovación estructural. Esto ya está tomando forma concreta en el desarrollo de un marco de líneas-guía universales. Espero recibir la propuesta final para que, tras el estudio y el discernimiento adecuados, pueda ser publicada.

Queridos amigos, todos sus esfuerzos demuestran que su misión no es simplemente el establecimiento de un proceso formal, sino un signo de comunión y responsabilidad compartida. Antes de concluir, permítanme reiterar que la protección de los menores y de las personas en situaciones de vulnerabilidad no es un ámbito aislado de la vida eclesial, sino una dimensión que atraviesa la pastoral, la formación, el gobierno y la disciplina. Cada paso hacia adelante en este camino es un paso hacia Cristo y hacia una Iglesia más evangélica y auténtica.

Encomiendo su servicio a la amorosa intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, y les imparto de corazón la Bendición Apostólica, como prenda de sabiduría y paz en nuestro Señor Jesucristo. Muchas gracias.

[Padre Nuestro, Bendición]

Muchas gracias por su servicio, y que tengan, durante estos días en Roma, un encuentro lleno de bendición. Y gracias por todo lo que están haciendo para ayudar a la Iglesia en nuestra misión. Gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS MIEMBROS
DE LA REDACCIÓN DEL TG2 DE LA RAI-RADIO
TELEVISIÓN ITALIANA, CON MOTIVO DEL 50º
ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN
Sala Clementina, lunes 16 de marzo de 2026

Contar la guerra con los ojos de las víctimas para no transformarla en un videojuego

¡Buenos días a todos y bienvenidos!

Saludo a los consejeros de administración, al director y a la Redacción del TG2, formulando mis felicitaciones porque este Telediario ha alcanzado la meta de los 50 años.

Este “cumpleaños” invita a reflexionar sobre el camino que han recorrido, como paradigma de los desafíos que el periodismo televisivo ha atravesado y sobre aquellos que tiene aún por delante. Pienso en el pasaje del sistema analógico a aquel digital, que los ha visto protagonistas en el captar las oportunidades y comprender que no existe novedad tecnológica que pueda sustituir a la creatividad, el discernimiento crítico, la libertad de pensamiento. Y si el desafío de nuestro tiempo es aquel de la inteligencia artificial, pienso en la necesidad de reglamentar la comunicación según el paradigma humano y no según el tecnológico. Que quiere decir, en última instancia, saber distinguir entre medios y finalidades.

Los rasgos distintivos que desde el inicio los han caracterizado son la laicidad y el pluralismo de las fuentes informativas, también en la televisión de Estado. Laicidad entendida como rechazo de los a priori ideológicos y como mirada abierta sobre la realidad. Todos sabemos cuánto sea difícil dejarse sorprender por los hechos, por los encuentros, por las miradas y por las voces de los demás; cuanto sea fuerte la tentación de buscar, ver y escuchar solo aquello que confirma las propias opiniones. Pero no puede existir buena comunicación, ni verdadera libertad y un sano pluralismo sin esta apertura.

En la historia del Tg2 han convivido diversas posiciones culturales. Esta diversidad, especialmente cuando ha sido animada por un espíritu de amistad, ha sido un valor agregado de vuestra identidad, una riqueza, un ejemplo de diálogo, que también hoy puede decirnos mucho, en un tiempo dominado por las polarizaciones, por las cerrazones ideológicas, por los eslóganes, que impiden ver y comprender la complejidad de la realidad.

Siempre, pero de manera especial en las circunstancias dramáticas de guerras, como aquellas

que estamos viviendo, la información debe preservarse del riesgo de transformarse en propaganda. Y la tarea de los periodistas, verificar las noticias, para no convertirse en megáfono del poder, se hace aún más urgente y delicada, diría esencial.

A ustedes corresponde mostrar los sufrimientos que la guerra acarrea siempre a las poblaciones; mostrar el rostro de la guerra y contarla con los ojos de las víctimas para no transformarla en un *videojuego*. No es fácil en los pocos minutos de un telediario y de sus espacios de profundización. Pero he aquí el desafío.

Les agradezco por su visita, les manifiesto mis mejores deseos y bendigo a todos y a vuestro trabajo.

VIDEOMENSAJE DEL PAPA LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES EN LA VI ASAMBLEA DE LA CONFERENCIA ECLESIAL DE LA AMAZONÍA (CEAMA)

Bogotá, 16-20 de marzo de 2026

Signo de unidad en la diversidad y refugio seguro, que genera y protege la vida

¡La paz del Señor esté con ustedes!

Con alegría me dirijo a todos ustedes queridos pastores, consagrados y consagradas, fieles laicos y laicas, participantes de la VI Conferencia Eclesial de la Amazonia, reunidos en Bogotá. Están viviendo un tiempo privilegiado de escucha al Espíritu Santo para discernir el camino de las comunidades enraizadas en esa región. Como parte de la preparación, que ha sido acompañada por la oración, han querido compartir conmigo algunos de los pasos que han dado, así como los desafíos a los que se enfrentan. Me han hecho partícipe de los sufrimientos y las esperanzas de los habitantes de la región, así como del creciente deterioro de su entorno natural. A todas las personas que padecen esa situación, quisiera expresarles mi cercanía.

Por esta razón, me alegra que la Asamblea tenga entre sus objetivos la formulación de los Horizontes Pastorales Sinodales, que podrían ser un instrumento útil para orientar la proclamación «de un Dios que ama infinitamente a cada ser humano, que ha manifestado plenamente ese amor en Cristo» (Francisco, Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia*, 64).

También sé que llevarán a cabo la elección de la presidencia para el período 2026 a 2030, cuya tarea, entre otras, será seguir animando la implementación del Sínodo para la Amazonia y preparar asimismo las contribuciones de su experiencia para la Asamblea Eclesial en Roma, prevista para el año 2028. Tengan la seguridad de que los acompaño a través de mi oración en este importante paso.

Con el deseo de abrir nuevos caminos en la misión de la Iglesia en esa amada tierra, han elegido un texto bíblico para inspirar sus reflexiones: «Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?» (Is 43,19). Es verdad, algo nuevo está naciendo, todavía es frágil, pero ya está en proceso, quizá imperceptible, pero como el germen del árbol shihuahuaco, el “gigante de la selva”, que crece notablemente lento, pero se vuelve capaz de vivir más de mil años, un coloso de decenas de metros de altura y copa amplia, que equivale a ser un lugar seguro para águilas, tucanes, guacamayos, titíes, sakis y ardillas, convirtiéndose en un ecosistema en sí mismo. Esto puede ayudar a entender, queridos hermanos, lo que la Iglesia desea, ser un signo de unidad en la diversidad y refugio seguro, que genera y protege la vida.

El futuro prometedor y esperanzador anunciado por el profeta Isaías alcanza su plenitud en el pasaje del Apocalipsis, que nos habla de un cielo y una tierra nuevos, porque Dios “hace nuevas todas las cosas” (cf. Ap 21,5). Los invito, por tanto, a trabajar con la confianza de una fe radicada en Cristo que nos repite: «Yo te he amado» (Ap 3,9), porque es precisamente ese amor divino-humano de Jesús el que nos transforma en hombres y mujeres nuevos. Este amor, contemplado en la oración, nos envía a respon-

der con generosidad y valentía en la misión. En este sentido, si queremos ser de Cristo el auténtico “gigante de la selva” y «Primogénito de toda la creación» (Col 1,15), estamos llamados a ser «la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres» (Exhort. ap. Dillexi te, 21).

Ciertamente, el contexto actual exige una respuesta adecuada ante los numerosos desafíos sociales, ambientales, culturales y eclesiales que persisten en la Amazonia, amenazada por situaciones de abuso y de explotación. En este contexto, la flor de la pasión, cuya peculiar forma alude impresionantemente a la Pasión de Cristo y que ustedes han elegido como símbolo de la Asamblea, representa el papel profético de la Iglesia y de todos sus miembros, cada uno según su misión: proclamar el kerygma y la vida nueva en Cristo, acompañar a los que sufren, custodiar la creación y el respeto a la vida en todas sus formas, especialmente a la vida humana.

Otro de los objetivos de la Conferencia Eclesial, que cumple su quinto aniversario, es delinear una Iglesia con “rostro amazónico”, anhelo del Sínodo de los Obispos en la Asamblea Especial para la Región Panamazónica. Esta tarea se lleva a cabo con la convicción de que, «con la inculturación de la fe, la Iglesia se enriquece con nuevas expresiones y valores, manifestando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo, logrando unir más estrechamente la fe con la vida y contribuyendo así a una catolicidad más plena, no sólo geográfica sino también cultural» (Documento de Aparecida, 479).

Queridos hermanos, queridas hermanas, la inculturación es un camino difícil, pero necesario. «Hace falta aceptar con valentía la novedad del Espíritu capaz de crear siempre algo nuevo con el tesoro inagotable de Jesucristo» (cf. Querida Amazonia, 69). Por eso, los animo a proseguir juntos, pastores y fieles, en el fortalecimiento de la identidad de los discípulos misioneros en la Amazonia. Sigam sembrando en el surco que ha sido regado incluso con la sangre de tantos

hombres y mujeres que les han precedido, y que unidos a la pasión de Cristo se han convertido en la raíz de un “árbol gigante” que crece en la Amazonia.

Confianto los frutos de esta Asamblea Eclesial a la especial intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Madre del Creador, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y les acompañe siempre. Amén.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro, miércoles 18 de marzo de 2026

La verdadera paz prevalezca entre todos los pueblos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Hoy quisiera detenerme de nuevo en el segundo capítulo de la Constitución conciliar *Lumen gentium* (LG), dedicado a la Iglesia como pueblo de Dios.

El pueblo mesiánico (LG, 9) recibe de Cristo la participación a la obra sacerdotal, profética y real en la que se lleva a cabo su misión salvífica. Los Padres conciliares enseñan que el Señor Jesús ha instituido mediante la nueva y eterna Alianza un reino de sacerdotes, constituyendo a sus discípulos en un «sacerdocio real» (1Pt 2,9; cfr 1Pt 2,5; Ap 1,6). Este sacerdocio común de los fieles es donado con el Bautismo, que nos habilita para rendir culto a Dios en espíritu y en verdad y a «confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia» (LG, 11). Además, a través del sacramento de la Confirmación, todos los bautizados «se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras» (ibid.). Esta consagración está en la raíz de la misión común que une a los ministros

ordenados y a los fieles laicos.

A propósito, el Papa Francisco observaba así: «Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. Por él y con la unción del Espíritu Santo, (los fieles) “quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo” (LG 10), entonces todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios» (Carta al Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, 19 de marzo 2016).

El ejercicio del sacerdocio real tiene lugar de muchas maneras, todas ellas encaminadas a nuestra santificación, sobre todo participando en la ofrenda de la Eucaristía. Mediante la oración, el ascetismo y la caridad activa dan testimonio de una vida renovada por la gracia de Dios (cfr LG, 10). Como sintetiza el Concilio, «el carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes» (LG, 11).

Los padres conciliares enseñan además que el pueblo santo de Dios participa también en la misión profética de Cristo (cfr LG, 12). En este contexto introduce el tema importante del sentido de la fe y del consenso de los fieles. La Comisión Doctrinal del Concilio precisaba que este *sensus fidei* «es como una facultad de toda la Iglesia, gracias a la cual en su fe reconoce la revelación transmitida, distinguiendo entre lo verdadero y lo falso en las cuestiones de fe, y al mismo tiempo penetra más profundamente en ella y la aplica más plenamente en la vida» (cfr Acta Synodalia, III/I, 199). El sentido de la fe pertenece por tanto a cada fiel no a título individual, sino como miembros del pueblo de Dios en su conjunto.

Lumen gentium concentra la atención sobre este último aspecto y lo relaciona con la infalibilidad de la Iglesia, a la cual pertenece la infalibilidad del Romano Pontífice, al servirla. La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (cf. 1 Jn 2,20 y 27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la mani-

fiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres (cfr. LG, 12). La Iglesia, por tanto, como comunión de los fieles que incluye obviamente a los pastores, no puede errar en la fe: el órgano de esta propiedad suya, fundado en la unción del Espíritu Santo, es el sobrenatural sentido de la fe de todo el pueblo de Dios, que se manifiesta en el consenso de los fieles. De esta unidad, que el Magisterio eclesial custodia, se deduce que cada persona bautizada es un sujeto activo de evangelización, llamado a dar un testimonio coherente de Cristo según el don profético que el Señor infunde en toda su Iglesia. El Espíritu Santo, que nos viene de Jesús Resucitado, dispensa de hecho «entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (1 Co 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia» (LG, 12). Una demostración peculiar de tal vitalidad carismática es ofrecida por la vida consagrada, que continuamente brota y florece por obra de la gracia. También las formas asociativas eclesiales son ejemplo luminoso de la variedad y de la fecundidad de los frutos espirituales para la edificación del Pueblo de Dios.

Queridos, despertemos en nosotros la conciencia y la gratitud de haber recibido el don de formar parte del pueblo de Dios; y también la responsabilidad que esto conlleva.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Demos gracias a Dios por los dones y carismas con los que enriquece, edifica y embellece a su Pueblo, y pidámosle que no cese de acompañarlo y guiarlo por sendas de paz. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

MENSAJE DEL PAPA CON OCASIÓN DEL DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL “AMORIS LAETITIA”

19 de marzo de 2026

Los presidentes de todos los episcopados de todo el mundo convocados para un encuentro sobre las familias

Queridos hermanos y hermanas:

El 19 de marzo de 2016, el Papa Francisco ofreció a la Iglesia universal un luminoso mensaje de esperanza sobre el amor conyugal y familiar: la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, fruto de tres años de discernimiento sinodal sostenidos por el Año Santo de la Misericordia. En este décimo aniversario, queremos dar gracias al Señor por el impulso dado al estudio y a la conversión pastoral de la Iglesia, y pedirle el valor para continuar el camino, acogiendo siempre de nuevo el Evangelio, con la alegría de poder anunciarlo a todos.

Como enseña el Concilio Vaticano II, la familia es «el fundamento de la sociedad»,^[1] un don de Dios y «escuela del más rico humanismo».

^[2] Mediante el sacramento del matrimonio, los esposos cristianos constituyen una especie de «Iglesia doméstica»^[3], cuyo papel es esencial para la educación y la transmisión de la fe. Siguiendo el impulso conciliar, las dos Exhortaciones apostólicas *Familiaris consortio* publicada por san Juan Pablo II en 1981– y *Amoris laetitia* (AL) han estimulado el compromiso doctrinal y pastoral de la Iglesia al servicio de los jóvenes, los cónyuges y de las familias.

Tomando nota de «los cambios antropológico-culturales» (AL 32), que se han acentuado a lo largo de treinta y cinco años, el Papa Francisco quiso comprometer aún más a la Iglesia en el camino del discernimiento sinodal. Su discurso, pronunciado durante la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la familia, el 17 de octubre de 2015, invita a una «escucha recíproca» dentro del Pueblo de Dios, «todos en escucha del Espíritu Santo, el ‘Espíritu de verdad’ (Jn 14,17), para conocer lo que Él ‘dice a las Iglesias’ (Ap 2,7)”. Y precisa que

no es posible “hablar de la familia sin interpelar a las familias, escuchar sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias”.^[4]

Recogiendo los frutos del discernimiento sinodal, *Amoris laetitia* ofrece una enseñanza valiosa que debemos seguir profundizando hoy: la esperanza bíblica de la presencia amorosa y misericordiosa de Dios, que permite vivir “historias de amor” incluso cuando se atraviesan “crisis familiares” (cf. n. 8); la invitación a adoptar “la mirada de Jesús” (cf. n. 60) y a estimular sin descanso «el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar» (n. 89); el llamamiento a descubrir que el amor en el matrimonio “siempre da vida” (cf. n. 165) y que es “real” precisamente en su modo “limitado y terreno” (cf. n. 113), como nos enseña el misterio de la Encarnación. El Papa Francisco afirma «la necesidad de desarrollar nuevos caminos pastorales» (n. 199) y de “fortalecer la educación de los hijos” (cf. cap. VII), al tiempo que invita a la Iglesia a “acompañar, discernir e integrar la fragilidad” (cf. cap. VIII), superando una concepción reductiva de la norma, y a promover «la espiritualidad que brota de la vida familiar» (n. 313).

Como tuve ocasión de decir a los jóvenes reunidos en Tor Vergata durante el Jubileo de la Esperanza, «la fragilidad [...], forma parte de la maravilla que somos». No fuimos hechos «para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor». ^[5] Para cumplir con la misión de anunciar el Evangelio de la familia a las jóvenes generaciones, debemos aprender a evocar la belleza de la vocación al matrimonio precisamente en el reconocimiento de su fragilidad, a fin de despertar «la confianza en la gracia» (AL 36) y el deseo cristiano de santidad. También debemos sostener a las familias, particularmente a aquellas que sufren tantas formas de pobreza y violencia presentes en la sociedad contemporánea.

Damos gracias al Señor por las familias que, a pesar de las dificultades y los desafíos, viven «la espiritualidad del amor familiar [...] hecha de

miles de gestos reales y concretos» (n. 315). Expreso en este sentido mi gratitud a los pastores, a los agentes de pastoral, a las asociaciones de fieles y a los movimientos eclesiales comprometidos con la pastoral familiar.

Nuestra época está marcada por rápidas transformaciones que, incluso hoy más que hace diez años, hacen necesaria una especial atención pastoral a las familias, a las que el Señor confía la tarea de participar en la misión de la Iglesia de anunciar y dar testimonio del Evangelio. [6] De hecho, hay lugares y circunstancias en los que la Iglesia «sólo puede llegar a ser sal de la tierra» [7] a través de los fieles laicos y, en particular, de las familias. Por eso, el compromiso de la Iglesia en este ámbito debe renovarse y profundizarse, para que aquellos a quienes el Señor llama al matrimonio y a la familia puedan vivir su amor conyugal en Cristo y los jóvenes se sientan atraídos por la intensidad de la vocación matrimonial en la Iglesia.

Reconociendo los cambios que siguen afectando a las familias, he decidido convocar en octubre de 2026 a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de todo el mundo, con el fin de proceder, en un clima de escucha recíproca, a un discernimiento sinodal sobre los pasos a dar para anunciar el Evangelio a las familias de hoy, a la luz de *Amoris laetitia* y teniendo en cuenta lo que se está realizando en las Iglesias locales.

Encomiendo este camino a la intercesión de san José, Custodio de la Sagrada Familia de Nazaret.

Vaticano, 19 de marzo de 2026, solemnidad de san José.

LEÓN PP. XIV

[1] Conc. Ecum. Vat. II, Const. Past. *Gaudium et spes*, 52.

[2] *Ibid.*

[3] *Id.*, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11.

[4] Cf. Francisco, Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos (17 octubre 2015).

[5] Homilía en la Misa del Jubileo de los jóve-

nes (3 agosto 2025).

[6] Cf. Exhort. ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 17.

[7] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 33.

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA GENERAL DE MOVIMIENTO DE LOS FOCOLARES

Sala Clementina, Sábado 21 de marzo de 2026

El pueblo de la paz dique para los sembradores de odio y barbarie

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Me alegra encontrarme esta tarde con todos ustedes, que han participado en la Asamblea General del Movimiento de los Focolares. Saludo a la presidenta, Margaret Karram, reelegida para un segundo mandato, y al nuevo Copresidente, don Roberto Eulogio Almada. ¡Que el Señor bendiga su servicio!

A todos ustedes les ha atraído el carisma de la Sierva de Dios Chiara Lubich, que ha moldeado su existencia personal y el estilo de su vida comunitaria. Cada carisma en la Iglesia expresa un aspecto del Evangelio que el Espíritu Santo pone de relieve en un determinado período histórico, por el bien de la propia Iglesia y por el bien del mundo entero. Para ustedes se trata del mensaje de la unidad: unidad entre los seres humanos que es fruto y reflejo de la unidad de Cristo con el Padre: «Que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti» (Jn 17,21).

Este espíritu de unidad lo viven ante todo entre ustedes, y lo dan a conocer por todas partes como una nueva posibilidad de vida fraterna, reconciliada y alegre, entre personas de diferentes edades, culturas, lenguas y creencias religiosas. Es una semilla, sencilla pero poderosa, que atrae a miles de mujeres y hombres, suscita vocaciones, genera un impulso de evangelización, pero

también obras sociales, culturales, artísticas y económicas, que son fermento de diálogo ecuménico e interreligioso. Hoy se necesita mucho este fermento de unidad, porque el veneno de la división y la conflictividad tiende a contaminar los corazones y las relaciones sociales, y debe ser contrarrestado con el testimonio evangélico de la unidad, el diálogo, el perdón y la paz. También a través de ustedes, Dios ha preparado, en las últimas décadas, un gran pueblo de paz, que precisamente en este momento histórico está llamado a actuar como contrapeso y dique de contención frente a tantos sembradores de odio que hacen retroceder a la humanidad hacia formas de barbarie y violencia.

Además de este importante testimonio de unidad y paz, a ustedes se les ha confiado también la responsabilidad de mantener vivo el carisma de su Movimiento en la etapa post fundacional, una etapa que no se agota con el primer relevo generacional tras el fallecimiento de la fundadora, sino que se prolonga más allá. En este tiempo, están llamados a discernir juntos cuáles son los aspectos de su vida en común y de su apostolado que son esenciales, y por lo tanto deben mantenerse, y cuáles son, en cambio, los instrumentos y las prácticas que, aunque se utilicen desde hace tiempo, no son esenciales para el carisma, o que han presentado aspectos problemáticos y que, por lo tanto, deben abandonarse.

Esta fase exige también un fuerte compromiso con la transparencia por parte de quienes ocupan puestos de responsabilidad, a todos los niveles. La transparencia, de hecho, por un lado, es condición de credibilidad, y por otro es necesaria porque el carisma es un don del Espíritu Santo del que todos los miembros son responsables. Por lo tanto, tienen el derecho y el deber de sentirse partícipes de la Obra a la que se han adherido con total dedicación. Recuerden, además, que la implicación de los miembros es siempre un valor añadido: estimula el crecimiento, tanto de las personas como de la Obra, hace aflorar los recursos latentes y el potencial de cada uno, responsabiliza y promueve la contribución de todos.

La responsabilidad del discernimiento común, que se les ha confiado a todos ustedes, abarca también la forma en que el carisma de la unidad debe traducirse en estilos de vida comunitaria que hagan resplandecer la belleza de la novedad evangélica y, al mismo tiempo, respeten la libertad y la conciencia de cada uno, valorizando los dones y la singularidad de cada persona. Podemos reflexionar sobre el hecho de que Jesús, en su oración sacerdotal, después de decir «que sean uno», añadió «que también ellos estén en nosotros» (Jn 17,21), refiriendo así la unidad entre los discípulos a una unidad superior, la que existe entre el Padre y el Hijo. Esto significa que la unidad que buscan vivir y testimoniar se realiza principalmente «en Dios», en el cumplimiento de su santa voluntad, y, por consiguiente, en el compromiso compartido de la comunión y de la vida comunitaria, sostenido y guiado por quienes están encargados de ese servicio. La unidad es un don y, al mismo tiempo, una tarea y una llamada que interpela a cada uno. Todos están llamados a discernir cuál es la voluntad de Dios y cómo se puede realizar la verdad del Evangelio en las diversas situaciones de la vida comunitaria o apostólica. Y todos, en este camino de discernimiento, deben ejercer la fraternidad, la sinceridad, la franqueza y, sobre todo, la humildad, la libertad respecto a sí mismos y a su propio punto de vista. La unidad de todos en Dios es un signo evangélico que constituye una fuerza profética para el mundo.

Por eso, la unidad no debe entenderse como una uniformidad de pensamiento, de opinión y de estilo de vida, lo que, por el contrario, podría llevar a menospreciar las propias convicciones, en detrimento de la libertad personal y de la escucha de la propia conciencia. Chiara Lubich afirmaba que la premisa de toda norma es la caridad (cf. Preámbulo de los Estatutos). Por eso es necesario que la unidad se alimente y se sostenga siempre de la caridad recíproca, que exige magnanimidad, benevolencia y respeto; esa caridad que no se jacta, no se envanece, no busca su propio interés, ni tiene en cuenta el mal recibido, sino que se regocija únicamente

en la verdad (cf. 1 Cor 13,4-6).

Queridos hermanos, demos juntos gracias al Señor por la gran familia espiritual que ha surgido del carisma de Chiara Lubich. Por los jóvenes presentes en sus grupos, que ven con ojos claros la belleza de la llamada a ser instrumentos de unidad y de paz en el mundo. Por las familias, que han sido renovadas y fortalecidas por la presencia de Jesús en medio de su vida familiar. Por los obispos, los sacerdotes y los consagrados que han visto renovarse el don de su ministerio y de su vida religiosa a través del contacto con su Movimiento y su espiritualidad. Por las muchas focolarinas y focolarinos que, a menudo con dedicación heroica, siguen viviendo en todas partes del mundo una vida de oración, de trabajo, de diálogo y de evangelización, siguiendo el modelo de vida apostólica de las primeras generaciones cristianas. Y damos gracias por los innumerables frutos de santidad, conocidos o desconocidos, que el retorno al Evangelio, promovido por ustedes, ha aportado a la Iglesia en todos estos años.

Los animo a continuar en su camino y los bendigo de corazón, invocando para todos ustedes la intercesión de la Virgen María, para que los proteja y los acompañe siempre con su ayuda maternal. ¡Gracias!

He sabido que les gusta cantar: entonces cantemos juntos la oración que Jesús nos ha enseñado: “Pater noster” ...

Bendición

¡Gracias!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, V Domingo de Cuaresma, 22 de marzo de 2026

La muerte y el dolor causados por los conflictos son un escándalo para toda la familia humana

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este quinto domingo de Cuaresma, en la li-

turgia se proclama el Evangelio de la Resurrección de Lázaro (cf. *Jn 11,1-45*).

En el itinerario cuaresmal, este es un signo que habla de la victoria de Cristo sobre la muerte y del don de la vida eterna que recibimos en el Bautismo (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica, 1265*). Hoy, Jesús nos dice también a nosotros, al igual que a Marta, la hermana de Lázaro: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (*Jn 11,25-26*).

La liturgia nos invita así a revivir, a la luz de la inminente celebración de la Semana Santa, los acontecimientos de la Pasión del Señor —la entrada en Jerusalén, la última cena, el juicio, la crucifixión, el entierro— para percibir su sentido más auténtico y abrirnos al don de la gracia que contienen.

De hecho, es en Cristo Resucitado, que vence a la muerte y que vive en nosotros por la gracia del Bautismo, en quien estos acontecimientos encuentran su culmen, para nuestra salvación y plenitud de vida.

Su gracia ilumina este mundo, que parece estar en una búsqueda constante de novedades y cambios, incluso a expensas de sacrificar cosas importantes —tiempo, energías, valores, afectos— como si la fama, los bienes materiales, el entretenimiento o las relaciones pasajeras pudieran satisfacer nuestro corazón o hacernos inmortales. Es el síntoma de una necesidad de infinito que cada uno de nosotros lleva dentro, pero cuya respuesta no puede depositarse en lo efímero. Nada de lo creado puede saciar nuestra sed interior, porque estamos hechos para Dios, y no encontramos paz hasta que descansamos en Él (cf. *Las Confesiones, I,1.1*).

El relato de la resurrección de Lázaro nos invita, entonces, a ponernos a la escucha de esa profunda necesidad y, con la fuerza del Espíritu Santo, liberar nuestros corazones de hábitos, condicionamientos y formas de pensar que, como grandes piedras, nos encierran en el sepulcro del egoísmo, el materialismo, la violencia y de la superficialidad. En estos lugares no hay vida, sino sólo desorientación, insatisfacción y

soledad.

Jesús también a nosotros nos grita: «¡Ven afuera!» (Jn 11,43), animándonos a salir, renovados por su gracia, de esos espacios angostos, para caminar en la luz del amor, como mujeres y hombres nuevos, capaces de esperar y amar según el modelo de su caridad infinita, sin cálculos y sin límites.

Que la Virgen María nos ayude a vivir así estos días santos: con su fe, con su confianza, con su fidelidad, para que también en nosotros se renueve cada día la experiencia luminosa del encuentro con su Hijo resucitado.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo con tristeza la situación en Oriente Medio, así como en otras regiones del mundo devastadas por la guerra y la violencia. No podemos permanecer en silencio ante el sufrimiento de tantas personas indefensas, víctimas de estos conflictos. Lo que las hiere a ellas, lacera a toda la humanidad. La muerte y el dolor provocados por estas guerras ¡son un escándalo para toda la familia humana y un grito ante Dios! Renuevo mi vehemente llamamiento a perseverar en la oración, para que cesen las hostilidades y se abran finalmente caminos de paz basados en el diálogo sincero y en el respeto a la dignidad de cada persona humana.

Hoy se celebra en Roma la gran maratón, con innumerables atletas procedentes de todo el mundo. ¡Esto es un signo de esperanza! Que el deporte trace caminos de paz, inclusión social y de espiritualidad.

Saludo cordialmente a todos ustedes, romanos y peregrinos de diversos países, en particular a los que han venido de la Diócesis de Córdoba, en España.

Recibo con alegría a los fieles de *Belluno* y *Portofino*, de *Crotone* y de la parroquia de *Santa Maria delle Grazie*, en Roma. Saludo a los jóvenes de *Nave*, de la Diócesis de *Brescia*, al grupo de confirmandos de la Diócesis de *Florenza* y a los representantes de la Asociación de Directores de Hotel.

¡Les deseo a todos un feliz domingo!

MENSAJE QUE EL SANTO PADRE LEÓN XIV
ENVÍA CON OCASIÓN DE LA LXIII JORNADA
MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
25 de marzo de 2026

El descubrimiento interior del don de Dios

Queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes:

Guiados y custodiados por Jesús Resucitado, en el IV domingo de Pascua, llamado “domingo del buen Pastor”, celebramos la LXIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Es un momento de gracia para compartir algunas reflexiones sobre la dimensión interior de la vocación, entendida como descubrimiento del don gratuito de Dios que florece en lo profundo del corazón de cada uno de nosotros. Recorramos pues juntos el camino de una vida verdaderamente hermosa, que el Pastor nos muestra.

El camino de la belleza

En el Evangelio de Juan, Jesús se define literalmente el «pastor bello» (Jn 10,11). La expresión hace referencia a un pastor perfecto, auténtico, ejemplar, en cuanto está dispuesto a dar la vida por sus ovejas, manifestando de ese modo el amor de Dios. Es el Pastor que cautiva; quien lo mira descubre que la vida es realmente hermosa si lo sigue. Para conocer esta belleza no son suficientes los ojos del cuerpo o criterios estéticos; se necesita contemplación e interioridad. Sólo quien se detiene, escucha, reza y acoge su mirada puede decir con confianza: “Me fío, con Él la vida puede ser verdaderamente hermosa, quiero recorrer el camino de esta belleza”. Y lo más extraordinario es que, convirtiéndonos en sus discípulos, a su vez nos volvemos “bellos”; su belleza nos transfigura. Como escribe el teólogo Pável Florenski, la ascética no hace al hombre “bueno”, sino al hombre “bello”. [1] El rasgo que distingue a los santos, además de la bondad, es la belleza espiritual deslumbrante que irradia quien vive en Cristo. Así, la vocación cristiana se revela en toda su profundidad: participar de su vida, compartir su misión y res-

plandecer de su misma belleza.

Esta comunicación interior de vida, de fe y de sentido fue también la experiencia de san Agustín, el cual, en el libro tercero de las Confesiones, mientras declara y confiesa sus pecados y errores juveniles, reconoce a Dios «más interior que lo más íntimo mío».[2] Más allá de la conciencia de sí mismo, descubre la belleza de la luz divina que lo guía en la oscuridad. Agustín atisba la presencia de Dios en lo más interior de su alma, y eso implica haber comprendido y vivido la importancia del cuidado de la interioridad como espacio de relación con Jesús, como camino para experimentar la belleza y la bondad de Dios en su propia vida.

Dicha relación se construye en la oración y en el silencio y, si se cultiva, nos abre a la posibilidad de acoger y vivir el don de la vocación, que nunca es una imposición o un esquema prefijado al que simplemente hay que adherir, sino un proyecto de amor y de felicidad. En la pastoral vocacional y en el compromiso siempre nuevo de la evangelización es urgente volver a partir del cuidado de la interioridad.

En este espíritu, invito a todos –familias, parroquias, comunidades religiosas, obispos, sacerdotes, diáconos, catequistas, educadores y fieles laicos– a comprometerse cada vez más a crear contextos favorables con el fin de que este don pueda ser acogido, alimentado, custodiado y acompañado para dar fruto abundante. Sólo si nuestros ambientes brillan por la fe viva, la oración constante y el acompañamiento fraterno, la llamada de Dios podrá surgir y madurar, convirtiéndose en camino de felicidad y salvación para cada uno de nosotros y para el mundo. Recorriendo el camino que Jesús, el Pastor bello, nos indica, aprendemos entonces a conocernos mejor a nosotros mismos y a conocer más de cerca a Dios que nos ha llamado.

Conocimiento mutuo

«El Señor de la vida nos conoce e ilumina nuestro corazón con su mirada de amor».[3] Toda vocación, en efecto, surge de la conciencia y la experiencia de un Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4,16). Él nos conoce profundamente, ha contado

los cabellos de nuestra cabeza (cf. Mt 10,30) y ha pensado un camino único de santidad y de servicio para cada uno. Pero este conocimiento debe ser siempre mutuo; estamos llamados a conocer a Dios por medio de la oración, de la escucha de la Palabra, de los sacramentos, de la vida de la Iglesia y de la entrega a los hermanos y a las hermanas. Como el joven Samuel que, durante la noche, quizá de manera inesperada, oyó la voz del Señor y aprendió a reconocerla con la ayuda de Elí (cf. 1 Sam 3,1-10), así también nosotros debemos crear espacios de silencio interior para intuir lo que el Señor tiene en su corazón para nuestra felicidad. No se trata de un saber intelectual abstracto o de un conocimiento académico, sino de un encuentro personal que transforma la vida.[4] Dios habita en nuestro corazón; la vocación es un diálogo íntimo con Él, que nos llama –a pesar del ruido en ocasiones ensordecedor del mundo– y nos invita a responder con verdadera alegría y generosidad.

«Noli foras ire, in te ipsum redi, in interiore homine habitat veritas – No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad».[5] Una vez más, san Agustín nos recuerda lo importante que es aprender a detenerse y a construir espacios de silencio interior para poder escuchar la voz de Jesucristo.

Queridos jóvenes, ¡escuchen esa voz! Escuchen la voz del Señor que los invita a vivir una vida plena, realizada, haciendo fructificar los propios talentos (cf. Mt 25,14-30) y clavando en la cruz gloriosa de Cristo los propios límites y debilidades. Por lo tanto, dediquen tiempo a la adoración eucarística, mediten asiduamente la Palabra de Dios para vivirla cada día, participen activa y plenamente en la vida sacramental y eclesial. De este modo conocerán al Señor y, en la intimidad propia de la amistad, descubrirán cómo entregarse a los demás, en el camino del matrimonio, o del sacerdocio, o del diaconado permanente, o en la vida consagrada, religiosa o seglar: toda vocación es un don inmenso para la Iglesia y para quien la acoge con alegría. Conocer al Se-

ñor significa sobre todo aprender a confiar en Él y en su Providencia, que sobreabunda en toda vocación.

Confianza

Del conocimiento nace la confianza, actitud que es hija de la fe, esencial tanto para acoger la vocación como para perseverar en ella. La vida, en efecto, se revela como un continuo confiar y encomendarse al Señor, aun cuando sus planes cambien los nuestros.

Pensemos en san José, que, a pesar del inesperado misterio de la maternidad de la Virgen, confió en el sueño divino y acogió a María y al Niño con corazón obediente (cf. Mt 1,18-25; 2,13-15). José de Nazaret es un icono de confianza total en el designio de Dios: confió incluso cuando todo a su alrededor parecía ser tiniebla y negatividad, cuando las cosas parecían andar en dirección opuesta a lo previsto. Él se fío y confió, seguro de la bondad y la fidelidad del Señor. «En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní».[6]

Como nos ha enseñado el Jubileo de la Esperanza, es necesario cultivar una confianza firme y estable en las promesas de Dios, sin ceder nunca a la desesperación, superando miedos e incertidumbres, con la certeza de que el Resucitado es Señor de la historia del mundo y de nuestra historia personal. Él no nos abandona en las horas más oscuras, sino que viene a disipar todas nuestras tinieblas con su luz. Y precisamente gracias a la luz y a la fuerza de su Espíritu, también atravesando pruebas y crisis, podemos ver madurar nuestra vocación, reflejar cada vez más la belleza de Aquel que nos ha llamado, una belleza hecha de fidelidad y confianza, a pesar de las heridas y las caídas.

Maduración

La vocación, en efecto, no es una meta estática, sino un proceso dinámico de maduración, favorecido por la intimidad con el Señor. Estar con Jesús, dejar actuar al Espíritu Santo en los corazones y en las situaciones de la vida y releer todo a la luz del don recibido significa crecer en la vocación.

Como la vid y los sarmientos (cf. Jn 15,1-8), así toda nuestra existencia debe constituirse como un vínculo fuerte y esencial con el Señor, para convertirse en una respuesta cada vez más plena a su llamada, a través de las pruebas y las podas necesarias. Los “lugares” donde se manifiesta mayormente la voluntad de Dios y se hace experiencia de su amor infinito son a menudo los vínculos auténticos y fraternos que somos capaces de instaurar durante nuestra vida. Qué valioso es tener un buen guía espiritual que acompañe el descubrimiento y el desarrollo de nuestra vocación. Qué importantes son el discernimiento y el seguimiento a la luz del Espíritu Santo, para que una vocación pueda realizarse en toda su belleza.

La vocación, por tanto, no es una posesión inmediata, algo “dado” de una vez por todas; es más bien un camino que se desarrolla análogamente a la vida humana, en el cual el don recibido, además de ser cuidado, debe alimentarse de una relación cotidiana con Dios para poder crecer y dar fruto. «Esto es valioso, porque sitúa toda nuestra vida de cara al Dios que nos ama, y nos permite entender que nada es fruto de un caos sin sentido, sino que todo puede integrarse en un camino de respuesta al Señor, que tiene un precioso plan para nosotros».[7]

Queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes, los animo a cultivar su relación personal con Dios a través de la oración cotidiana y la meditación de la Palabra. Deténganse, escuchen, confíen; de ese modo, el don de su vocación madurará, los hará felices y dará frutos abundantes para la Iglesia y para el mundo.

Que la Virgen María, modelo de acogida interior del don divino y maestra de la escucha orante, los acompañe siempre en este camino.
Vaticano, 16 de marzo de 2026

LEÓN PP. XIV

[1] «Y de hecho la ascética no está dirigida a formar un hombre “bueno”, sino bello; el rasgo característico de los santos ascetas no es en modo alguno la “bondad”, que se encuentra también en hombres carnales, incluso en pecadores

habituales: es la belleza espiritual, la belleza deslumbradora de una persona resplandeciente, portadora de luz. Esta belleza es inaccesible para la inercia del hombre carnal» (P. Florenski, *La columna y el fundamento de la verdad*, Salamanca 2010, 113).

[2] S. Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11: CSEL 33, 53.

[3] Carta ap. Una fidelidad que genera futuro (8 diciembre 2025), 5.

[4] Cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1.

[5] S. Agustín, *De la verdadera religión*, XXXIX, 72: CCSL 32, 234.

[6] Francisco, Carta ap. *Patris corde* (8 diciembre 2020), 3.

[7] Francisco, Exhort. ap. *postsin. Christus vivit* (25 marzo 2019), 248.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro, miércoles 25 de marzo de 2026

En la locura de la guerra tutelar siempre la vida

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Continuamos con las catequesis sobre los documentos del Concilio Vaticano II, comentando la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (*LG*). Después de haberla presentado como pueblo de Dios, hoy consideraremos su forma jerárquica.

La Iglesia Católica encuentra su fundamento en los apóstoles, que Cristo quiso como columnas vivas de su Cuerpo místico; y posee una dimensión jerárquica que obra al servicio de la unidad, de la misión y de la santificación de todos sus miembros. Este Orden sacro está permanentemente fundado sobre los apóstoles (cfr. *Ef* 2,20; *Ap* 21,14) en cuanto testigos autorizados de la resurrección de Jesús (cfr. *At* 1,22; *1Cor* 15,7) y enviados por el Señor mismo en misión al mundo (cfr. *Mc* 16,15; *Mt* 28,19). Como los apóstoles están llamados a custodiar fielmente las ense-

ñanzas salvíficas del Maestro (cfr. *2Tm* 1,13-14), transmiten su ministerio a hombres que, hasta el retorno de Cristo, siguen santificando, guiando e instruyendo la Iglesia «gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral» (*CIC*, n. 857).

El capítulo III de la *Lumen Gentium*, titulado *Constitución jerárquica de la Iglesia, y particularmente del episcopado*, profundiza en esta sucesión apostólica fundada en el Evangelio y en la Tradición. El Concilio enseña que la estructura jerárquica no es una construcción humana que sirve para la organización interna de la Iglesia como cuerpo social (cfr. *LG*, 8), sino que es una institución divina que tiene como finalidad perpetuar hasta el final de los tiempos la misión que Cristo dio a los apóstoles.

El hecho de que esta temática se afronte en el capítulo III, después de que en los dos primeros se ha contemplado la esencia verdadera y propia de la Iglesia (cfr. *Acta Synodalia* III/1, 209-210), no implica que la constitución jerárquica sea un elemento sucesivo respecto al pueblo de Dios: como afirma el Decreto *Ad gentes*, «los Apóstoles fueron los gérmenes del nuevo Israel y, al mismo tiempo, origen de la sagrada Jerarquía» (n. 5), en cuanto comunidad de los redimidos por la Pascua de Cristo, establecida como medio de salvación para el mundo.

A fin de captar la intención del Concilio, es oportuno leer bien el título del capítulo III de *Lumen Gentium*, que explicita la estructura fundamental de la Iglesia, recibida de Dios Padre mediante el Hijo y llevada a cumplimiento con la efusión del Espíritu Santo. Los Padres conciliares no quisieron presentar los elementos institucionales de la Iglesia, como podría dar a entender el sustantivo “constitución” si se entiende en el sentido moderno. El documento se concentra, en cambio, en el «sacerdocio ministerial o jerárquico», que difiere «esencialmente y no sólo en grado» del sacerdocio común de los fieles, y recuerda que «se ordenan el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo» (*LG*, 10). Así, el Concilio trata el ministerio que se transmite a hombres que son in-

vestidos de *sacra potestas* (cfr. *LG*, 18) para el servicio en la Iglesia: se detiene, especialmente, en el episcopado (*LG*, 18-27), y luego en el presbiterado (*LG*, 28) y el diaconado (*LG*, 29) como grados del único sacramento del Orden.

Con el adjetivo “jerárquica”, por tanto, el Concilio quiere indicar el origen sacro del ministerio apostólico en la acción de Jesús, Buen Pastor, así como sus relaciones internas. Los obispos, ante todo, y, a través de ellos, los presbíteros y los diáconos, han recibido encargos (en latín, *munera*) que los llevan a estar al servicio de «todos cuantos pertenecen al Pueblo de Dios» para que «tendiendo libre y ordenadamente a un mismo fin, alcancen la salvación» (*LG*, 18).

La *Lumen Gentium* recuerda varias veces y de manera eficaz el carácter colegial y de comunión de esta misión apostólica, reafirmando que «el encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se llama con toda propiedad diaconía, o sea ministerio» (*LG*, 24). Se comprende entonces por qué San Pablo VI presentó la jerarquía como realidad «nacida de la caridad de Cristo para realizar, difundir y garantizar la transmisión intacta y fecunda del tesoro de fe, del ejemplo, de preceptos, de carismas, dejado por Cristo a su Iglesia» (*Disc.* 14 de sept. de 1964, en *Acta Synodalia* III/1, 147).

Queridas hermanas, queridos hermanos, pidamos al Señor que mande a su Iglesia ministros ardientes en la caridad evangélica, entregados al bien de todos los bautizados y misioneros valientes en todos los lugares del mundo.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a Cristo, Buen Pastor, que suscite en la Iglesia pastores dispuestos a dar la vida por la grey a ellos confiada; que sean ardientes en la caridad, disponibles en la misión y valientes en el anuncio del Evangelio. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

POR EL CENTRO NACIONAL ITALIANO DE
TRASPLANTES

Sala Clementina, jueves 26 de marzo de 2026

Por una ciencia respetuosa con la dignidad humana

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Excelencia,

Señor Ministro,

Señoras y señores, ¡bienvenidos y gracias por su paciencia!

Estoy contento de recibirlos con motivo de los Estados Generales de la Red Nacional de Trasplantes, y agradezco a la Pontificia Academia para la Vida que acompaña este importante sector. Su presencia da testimonio del compromiso de tantos trabajadores de la salud, profesionales y voluntarios, que, con competencia y dedicación, están al servicio de la vida humana en los momentos de mayor fragilidad.

Ustedes conmemoran un aniversario importante: hace setenta años tuvo lugar la primera donación en Italia, cuando el Beato don Carlo Gnocchi pidió que sus córneas fueran extraídas tras su muerte y trasplantadas a dos jóvenes a quienes asistía en su Obra, quienes pudieron volver a ver. Ese gesto, realizado en un contexto aún carente de una normativa específica, suscitó una amplia reflexión en la sociedad italiana y contribuyó a iniciar un proceso de definición legislativa.

Justo unas semanas después de ese gesto del don Gnocchi, el papa Pío XII ofreció una primera orientación moral sobre estos temas, reconociendo la licitud de la extracción con fines terapéuticos, respetando la dignidad del cuerpo humano y los derechos de las personas involucradas. [1] Desde el principio, por lo tanto, la reflexión de la Iglesia ha acompañado el desarrollo de la medicina de los trasplantes, reconociendo su valor e indicando, al mismo tiempo, los criterios éticos necesarios.

Desde entonces, un gran avance en la investiga-

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS
PARTICIPANTES EN EL ENCUENTRO PROMOVIDO

ción científica y la dedicación humana ha llevado a la Red de Trasplantes de Italia a resultados de gran relevancia grande, reconocidos a nivel internacional. Detrás de estos resultados hay un patrimonio de competencias y también una cultura de responsabilidad y confianza que pide ser cuidada y apoyada.

San Juan Pablo II, en la Encíclica *Evangelium vitae*, recordó que entre los gestos que alimentan la cultura de la vida «merece especial reconocimiento la donación de órganos realizada de manera éticamente aceptable» (n. 86). Se trata, de hecho, de una acción que une la generosidad del don a la responsabilidad moral que lo acompaña. El *Catequismo de la Iglesia Católica* afirma, a su vez, que «la donación de órganos después de la muerte es un acto noble y meritorio, que debe ser alentado como manifestación de solidaridad generosa» (n. 2296), recordando al mismo tiempo la necesidad del consentimiento y el respeto a la dignidad de la persona. Hay que estar siempre atentos para evitar cualquier forma de mercantilización del cuerpo humano y garantizar criterios justos y transparentes en los trasplantes. [2]

La medicina de los trasplantes nos recuerda que la relación de cuidado, de confianza y de responsabilidad mutua constituye una condición indispensable para que el trasplante pueda realizarse. La posibilidad misma de salvar vidas a través de los trasplantes depende, de hecho, de la generosidad de los donantes. [3]

El Papa Francisco ha subrayado que la donación no se agota en su utilidad social, por muy importante que sea, sino que se configura como expresión de la fraternidad universal. Además, ha reiterado que debe seguir siendo un acto gratuito, capaz de dar testimonio de una cultura de la ayuda, del don, de la esperanza y de la vida. [4] Es un llamado más que valioso en una época en la que todo corre el riesgo de ser evaluado según la lógica del precio, de la eficiencia o del interés.

Aprovecho a mi vez esta ocasión para alentar la investigación científica, que sigue abriendo perspectivas importantes para la medicina de los

trasplantes. Esta está llamada a desarrollar soluciones cada vez más eficaces para responder a la necesidad de órganos y a las necesidades de los pacientes, en un contexto en el que la demanda sigue superando con creces la disponibilidad. Es necesario que ese compromiso vaya siempre acompañado de una reflexión responsable, para que el progreso científico siga orientado al bien integral de la persona y al respeto de su dignidad.

A todos ustedes les expreso mi gratitud. Su trabajo es exigente y a menudo escondido, y requiere competencia y rigor y, al mismo tiempo, conciencia, equilibrio y un vivo sentido de la humanidad. En él se entrelazan responsabilidades clínicas, decisiones delicadas y relaciones que tocan la vida de las personas en los momentos más difíciles. Sigán desempeñándolo con fidelidad y dedicación, teniendo siempre como referencia el bien del paciente.

Por último, animo a las instituciones y al mundo del voluntariado a continuar con la labor de información y sensibilización, para que pueda crecer una cultura de la donación cada vez más consciente, libre y compartida, capaz de reconocer en este gesto un signo de solidaridad, de fraternidad y de esperanza.

Les deseo todo lo mejor por su compromiso asociativo e invoco sobre ustedes y sobre sus seres queridos la bendición del Señor. Gracias.

[bendición]

¡Gracias otra vez y mucha suerte en el trabajo!

[1] Pio XII, *Discorso all'Associazione dei donatori di cornea e all'Unione Italiana Ciechi* (14 maggio 1956).

[2] Cfr. S. Juan Pablo II, *Discurso al XVIII Congreso Internacional de la Sociedad de Trasplantes* (29 de agosto de 2000).

[3] Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso internacional sobre el tema: "Un don para la vida. Reflexiones sobre la donación de órganos"*, promovido por la Pontificia Academia para la Vida (7 de noviembre de 2008).

[4] Cfr. Francisco, *Discurso a la Asociación Italiana para la Donación de Órganos, Tejidos y Células* (13 de abril de 2019).





PIUS IX PONT MAX
1846-1878